

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 20 - 26 Junio 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 290

DE LENINGRADO AL TEATRO MADRID

LA GUERRA FRIA NUEVO TALON DE AQUILES DE LA POLITICA MUNDIAL

Un arma de los tiempos modernos para aniquilar al enemigo. Por Díaz de Villegas (Pág. 52)

EL MITO DE LA UNION FRANCESA

Un Gobierno para cada minuto y un problema para cada Gobierno. (Pág. 13)

LOS POMBO: ACROBATAS Y MILLONARIOS DE LAS NUBES

Historia de una generación de aeronautas. (Pág. 9)

MARTE, EL OBJETIVO SONADO

Una guía turística interplanetaria. Por Francisco Carantofia (Pág. 61)

Carta del director a don Juan March. (Pág. 6) ● Moralismo y Política, por Adolfo Muñoz Alonso (pág. 18) ● Cartagena, ciudad amurallada entre el mar y la sierra. (De nuestro enviado especial Jaime Campmany.) (Pág. 19) ●

Clima de terror en Marruecos Francés, por Manuel Moreno Román. (Pág. 23) ● Todo un hombre, por el obispo de Sigüenza. (Pág. 27) ● Entrevista con Carmen Conde (Pág. 29). Berga y las fiestas de la «Patum», por V. Mallas Coras (Pág. 32) ● El Papa, por el príncipe Constantino de Baviera. (Pág. 58)

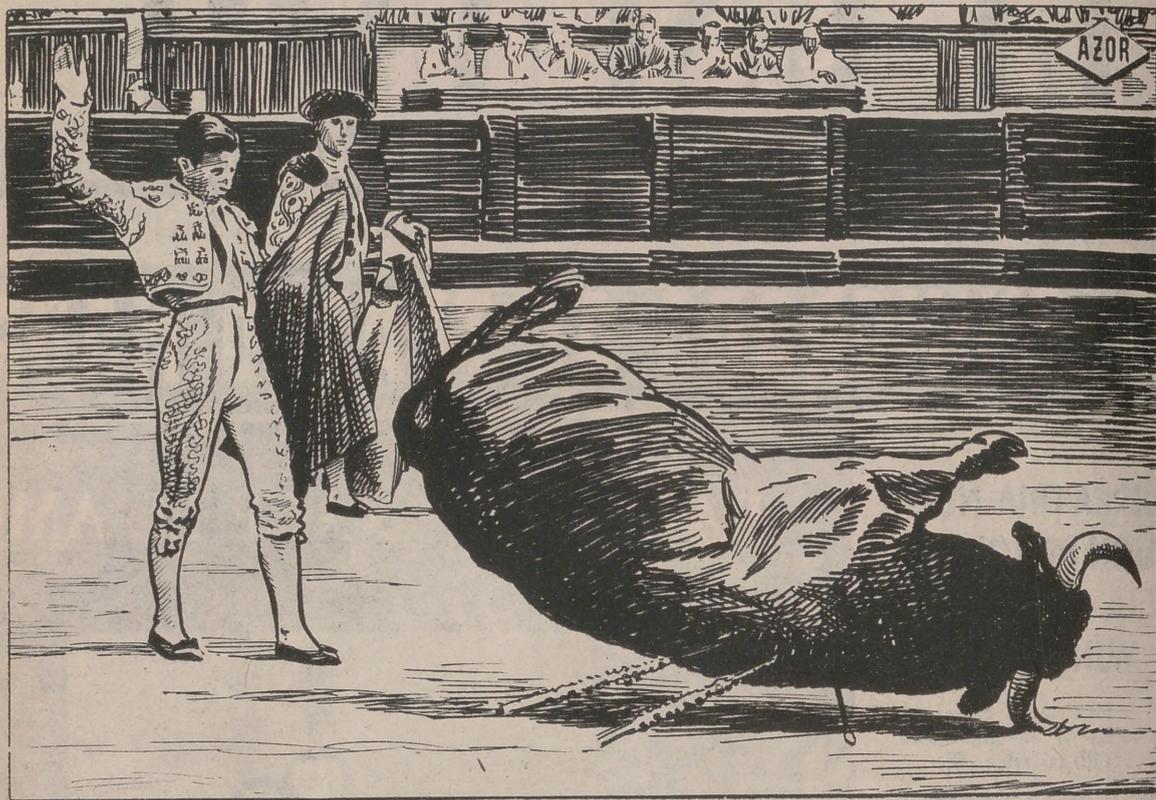
Una novela completa: TERESA Y LA SANGRE Por Darío Vejo

BAILANDO NACE EL AMOR



BALLET Y FANTASIA PARA ATRAVESAR EL TELON DE ACERO

Acertar...



Acertar es también vencer, llegar; es como vulgarmente se dice, dar en el clavo.

De ahí la alegría que sentimos

cuando acertamos en cualquier cosa.

Elija **VETERANO** y tendrá la

satisfacción de haber

acertado plenamente



BRANDY VIEJO

VETERANO

OSBORNE

PUERTO DE SANTA MARIA

DE LENINGRADO AL TEATRO MADRID



BALLET Y FANTASIA PARA ATRAVESAR EL TELON DE ACERO

BAILANDO NACE EL AMOR

EN el mes de mayo de 1952, una joven pareja tomaba el Metro en la estación de Alexanderplatz, en plena zona rusa de Berlín, y se apeaba poco después en una estación de la zona norteamericana. Asombrosamente arriesgado.

Los dos jóvenes iban vestidos con sencillez y acababan de abandonar el hotel donde se hospedaban, con el pretexto de dar un paseo estimulante antes de dirigirse al teatro donde debían tomar parte en una representación de «ballet» especial para los funcionarios del Gobierno de la Alemania oriental.

Ella—veintiún años, esbelta la figura, risueña la expresión, ardientes los ojos oscuros—, era

Nora Kovach. El—veintidós años en su cuerpo de atleta—era Istvan Rabovsky. Habían dejado atrás el famoso telón de acero; habían dicho adiós para siempre al país infinito del silencio, a la opresión permanente del temor, de la denuncia, de la N. K. W. D. y de los planes quinquenales; habían renunciado a ser la primera pareja de «ballet» de la Unión Soviética.

Mientras la joven pareja llevaba a cabo su trascendental viaje subterráneo, en el teatro estaba todo preparado para la función. En el patio de butacas, los «camaradas» del partido; en los palcos, Grotewohl, Walter Ulbricht y Rote Benjamin, la Pasionaria alemana, «herede-

ra» de Rosa Luxemburgo. Pero momentos antes de alzarse el telón, cuando ya la orquesta atacaba la obertura, comenzó a circular rápidamente una noticia inquietante que dejó a todo el mundo perplejo: los bailarines húngaros Nora Kovach e Istvan Rabovsky habían desaparecido. No se suspendió la representación del «ballet», pero las famosas «estrellas» húngaras no tomaron parte en ella. Las febriles gestiones llevadas a cabo para localizarlos no dieron resultado.

Al día siguiente, los periódicos del mundo entero publicaban la sensacional noticia: «Nora Kovach e Istvan Rabovsky, célebres bailarines del teatro Marinski de Leningrado, cruzaron anoche el telón de acero por el sector norteamericano de Berlín». Otros dos que habían escogido la libertad.

Todos los empresarios del «ballet del mundo sintieron la tentación de trasladarse a Berlín para contratar a los fugitivos. Y, en efecto, estos recibieron numerosos telegramas con ofertas tentadoras. Pero sólo un empresario, el norteamericano Hurok, organizador de grandes espectáculos, se decidió a tomar el avión con rumbo a Alemania. Nora e Istvan se habían ido a Munich, donde estaban a salvo de cualquier «raid» sorpresa de la policía comunista. Y en Munich se entrevistaron con mister Hurok, bailaron ante él lo me-



Arriba: Una escena del «ballet» «Las danzas del Principe Igor», con la intervención de los bailarines Nora Kovach e Istrán Rabovsky, que huyeron de Rusia a través del telón de acero. Abajo: Un pasaje de «Scheherazade», interpretado por la misma pareja de danzarines

jor de su repertorio y mister Hurok los contrató en el acto. No se arrepintió de su largo y precipitado viaje, porque la gracia y la belleza de Nora y las portentosas facultades físicas de Istvan le convencieron plenamente. Se firmó un contrato para que la pareja actuara en el Festival Ballet, de Londres, y con el Ballet Ronland Petit, de París.

BAILANDO NACE EL AMOR

La historia comenzó hace años, en Budapest; en ese Budapest donde transcurren las novelas de Lajos Zilahy, gobernado a la sazón por el regente Horthy, que ahora pasa solitariamente, en Estoril, los últimos años de su vida.

En el año 1941, Istvan tenía once años. Trabajadaba como botones en una casa comercial de Budapest. Un día vio bailar en la pantalla a Fred Astaire, con su inevitable «partenaire» Gin-



El «ballet» no es solo música y coreografía, necesita de la eficaz colaboración de decorados, figurinistas, técnicos de luminotécnica, etcétera, para que sea un espectáculo de calidad



ger Rogers, ambos ya en el ocaso de su gloria fulgurante de los años treinta—como dicen los norteamericanos—y a partir de aquel momento Istvan ya no pensó más que en el baile.

Cuando se convenció de que poseía facultades físicas suficientes para soportar la terrible disciplina que exige el «ballet» opusó a la Escuela de Baile del Teatro del Estado de Budapest, que hilaba muy delgado y estaba orgullosa de su espléndida tradición. Istvan fué examinado juntamente con varios centenares de jóvenes—jovencísimos—candidatos y resultó admitido. Seis años más tarde, a los diecisiete, cuando apenas había completado su formación, fué elevado a la categoría de solista del Teatro del Estado.

En la misma Escuela había ingresado a los ocho años Nora Kovach, hija de una acomodada familia del norte de Hungría, apasionada por el «ballet» como toda la alta burguesía centro-europea de antes de la guerra. Un año más joven que Istvan, llevaba ya cuatro en la Escuela cuando éste ingresó.

Fueron creciendo juntos. Ist-

van, como ya hemos dicho, era solista a los diecisiete años. Nora contaba dieciséis y destacaba también entre todas las futuras estrellas. Bailaron juntos muchas veces—ella todavía en el conjunto—y poco a poco se fueron enamorando, al son de la música de Tchaikovsky, de Borodín y de Strawinsky. Este amor incipiente estuvo a punto de frustrarse cuando la gran bailarina rusa Galina Ulanova, estrella máxima del «ballet» de la U. R. S. S., casada con un general del Ejército rojo, llegó a Budapest. Era el año 1948. En el Teatro del Estado vió bailar a Istvan Rabovsky y, seducida por su arte inimitable, expresó el deseo de llevárselo a Rusia. Había que encontrar una pareja para él y por delante de la Ulanova desfilaron todas las jóvenes promesas húngaras. Es fácil imaginar la impaciencia de Istvan y de Nora. Si ella no resultaba elegida, tendrían que separarse, tal vez para siempre. Pero Galina Ulanova tenía una excelente pupila y una gran experiencia y cuando vió bailar a Nora Kovach, no vació un instante. Nora era la pareja ideal para Rabovsky.

PLANES DE EVASION

Comenzó la gran oportunidad para la joven pareja. Bailaron en el teatro Bolchoi, de Moscú, donde jamás se ha visto una butaca vacía desde que se fundó, y entusiasmaron al público y a la crítica. El mismo éxito obtuvieron en el Marinski de San Petersburgo, de cuya compañía titular entraron a formar parte como primeras figuras. No les escatimaron, ciertamente, su valía artística, ni los privilegios económicos y sociales que se dispensan en Rusia a los artistas, siempre y cuando, naturalmente, que no cometan el menor desliz reaccionario. Les ofrecieron todo, absolutamente todo, menos una cosa: la libertad. La libertad, no ya para hacer la vida que quisieran, sino incluso para bailar. Todo en Rusia, por las

buenas o por las malas, ha de tender a la exaltación del régimen comunista, y el «ballet» no escapa a estas limitaciones políticas.

Nora Kovach e Istvan Rabovsky no podían representar con entusiasmo «ballets» en los que se heroicaba al conductor de un tractor en una granja colectivizada, al stajnovista de una fábrica de camiones de aceite pesado. Encadenado su arte, comenzaron a pensar secretamente, cautelosamente, en la evasión, en un salto al otro lado del telón de acero, donde les esperaban los teatros que han consagrado universalmente a las grandes figuras del «ballet»: el Covent Garden Londinense, el Palacio Garnier, de París; el Metropolitan Opera House, de Nueva York.

Nora e Istvan soñaban con una oportunidad.

ALEXANDERPLATZ

Y la oportunidad se presentó. Cuando supieron que, por encargo del Gobierno húngaro tenían que bailar en la Opera del Estado berlinesa planearon su fuga al otro lado del telón. Llegaron a Berlín con varios días de anticipación y asistieron puntualmente a los ensayos de la mañana y de la tarde. Sabían, por la experiencia adquirida en Rusia, que eran constantemente vigilados, que la Policía secreta seguía todos sus pasos por la ciudad e incluso dentro del hotel. El día señalado para el debut estuvieron ensayando por la mañana el programa que habían de ejecutar por la noche. Durante el resto de la jornada hicieron vida normal para no despertar la menor sospecha. Al llegar la noche, poco antes de la hora señalada para la función, salieron del hotel, en traje de calle, y se dirigieron a la estación del metro de Alexanderplatz.

Mientras, en el teatro de la Opera se alzaba el telón y comenzaba sin Nora y sin Istvan, el «ballet»; para los dos bailarines húngaros acababa de alzarse otro telón mucho más denso: el telón de acero.

ROMANCE COREOGRAFICO

Entre los buenos aficionados al «ballet» se cuentan los barceloneses y los madrileños. En el teatro Madrid ha actuado durante unos días la compañía del Festival Ballet. Y con ella, Nora Kovach e Istvan Rabovsky. Debutaron con el «Don Quijote», de Munkis, con coreografía de Obukhoff, y tuvieron un éxito extraordinario. Las fantásticas acrobacias de Istvan y la gracia impulsiva de Nora arrebataron al público.

Nora es una bailarina extraordinaria, temperamental, vehemente. No tiene quizá la depurada técnica de Natalia Krassovska, a la que hemos visto actuar con la misma compañía; la supera, en cambio en fogosidad; se entrega al baile de una manera total, casi salvaje, arrastrada por un temperamento que, en algunos momentos, parece latino.

Istvan Rabovsky es un hombre de extraordinarias facultades físicas; un formidable atleta. Cuando Romola Pulsky, la viuda de Nijinsky, vió bailar a Rabovsky,



Una escena de conjunto del «ballet» oriental en un acto, música de Rimsky-Korsakoff, «Scheherzade».

aseguró que sólo él podía interpretar la película de la vida de su esposo y que a él únicamente autorizaría a filmarla.

Hay en Nora una gracia espontánea, una simpatía natural que se derrama en su vida privada a raudales. En el hotel Rex donde se alojaba, Nora sonreía constantemente a las camareras, decía «gracias»—la única palabra castellana que conocía—y dejaba tras ella una estela de simpatía y de elegancia.

El día 13, estando en Madrid, ha cumplido los veintitrés años. En su honor, la profesora de «ballet», Valentina Cashuba que reside en nuestra capital hace cinco años, organizó una comida. Valentina Cashuba aseguraba firmemente que dentro de un par de años, cuando haya terminado de depurar ese arte espontáneo, vehementemente, salvaje, Nora Kovach será una de las primeras bailarinas del mundo.

Durante su estancia entre nosotros se quejaba de que no podían practicar la «barra»—su ejercicio de entrenamiento—porque asistían a demasiadas fiestas. Pero eran fiestas tan simpáticas que, por una vez la joven pareja prescindió del entrenamiento.

El «ballet» es una actividad que requiere constante vigilancia, una práctica diaria, una entrega permanente. Por lo general solo llegan a destacar aquellos que comienzan sus estudios desde muy jóvenes, aunque existen excepciones, que son, en definitiva, el fruto de una irrenunciable vocación. Igor Iushkevitz por ejemplo, empezó su aprendizaje a los veintitres años y actualmente es el primer bailarín del Metropolitan Opera House. Kaliujni, primer bailarín de la Opera de París, comenzó a los veinte años. Alejandro Swain se lanzó por el camino del «ballet» a los veinticuatro años y a los treinta y cinco era un auténtico fenómeno. Pero esto es la excepción. Normalmente hay que empezar a los ocho o diez años, y con mucha paciencia, día a día—un exceso de entrenamiento, sobre todo en las mujeres, resulta perjudicial cuando son muy jóvenes—, irse formando en ese arte tan difícil que, además de

la vocación, requiere unas extraordinarias facultades físicas. En Nora Kovach e Istvan Rabovsky se unen ambas cosas: vocación y el trabajo emprendido cuando eran niños. Han conocido el triunfo a una edad que les permite abrigar fundadas esperanzas de un futuro deslumbrante. Y están libres.

FLAMENCO Y CLAVELES

Nora e Istvan fueron el viernes pasado a visitar al «Estampio», famoso profesor de baile flamenco. Ensayaron algunos pasos, trataron de imitar a los profesionales de este ritmo, tan distinto al suyo y acabaron confesando que el baile flamenco les parecía muy difícil.

En Madrid han vivido unos días febriles, agitados, entre las representaciones en el teatro y los constantes agasajos. A las diez de la mañana Nora desayunaba en su habitación del hotel un café con tostadas y se marchaba para no regresar hasta la madrugada. Estuvo una tarde en los toros.

—¡Oh, los toros!

Su gesto expresaba bien claramente el entusiasmo que no podía expresar con palabras.

Comían a todas horas pimientos crudos con sal, un plato extraño, pero que a ellos les traía quizá la nostalgia de Hungría, donde, por lo visto, es frecuente comerlo. Al hablar de Rusia se ensombrecían sus pupilas. En francés explicaba:

—Ganábamos mucho; el público es muy entendido en «ballet». Pero siempre estábamos vigilados, siempre sometidos a mandatos autoritarios, siempre con miedo. Y el dinero... ¡bah! No se puede gastar como aquí en lo que uno quiere. Todo está controlado, sometido a absurdas limitaciones.

Nora asegura que sólo piensa bailar diez años más. Después se dedicará por entero a su marido. Se han marchado a Bruselas, y en el mes de agosto irán a los Estados Unidos, donde Istvan in-



Nora Kovach e Istvan Rabovsky, la primera pareja de bailarines del «ballet» de Leningrado, en un pasaje de «Scheherzade».

terpretará la película de la vida de Nijinsky.

—¿Y España, Nora?

—¡Oh, España!

Nora Kovach, en el aeropuerto de Barajas, cuando ya trepidan los motores del avión especial que los llevará a Bruselas, agita en la mano un clavel.

—¡Oh España! Yo siento mucha pena de irme sin ver el Sur. Málaga, Sevilla, Granada. El sol. Pero volveremos algún día.

Clavel en mano. Nora Kovach asciende las escaleras del avión con la misma agilidad alada con que interpreta el «Don Quijote», de Munkias.

—Buen viaje, Nora. Y hasta la vuelta. Málaga, Sevilla, Granada y el sol siempre están aquí.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON JUAN MARCH

ES usted un hombre llamado Juan, cuyo nombre participa de la gracia sacramental de los Juanes incorporada durante el bautismo. Hubo un jesuita en la residencia canaria de Las Palmas, el padre Otazu, que extremó el valor esotérico del sanjuanismo, en una época coetánea a la desvalorización del donjuanismo por don Gregorio Marañón mediante sus análisis de endocrinólogo. Para usted, don Juan, hay que modificar el principio del soneto de Quevedo, cuando definía: «Erase un hombre a una nariz pegado...», cambiándolo por esta otra más adecuada definición: Erase un hombre pegado a un cigarro de La Habana..., porque el ininterrumpido puro pendiente de sus labios impone a su fisonomía un perfil más característico que la silueta de Churchill. Ahora bien, la nariz potente y aguileña, que ya era signo de audacia entre los persas, tampoco le estorba, sino más bien le acusa la fortaleza del tipo. Hubiera podido escribir del prototipo y hasta del arquetipo, pero cuando su prudencia y su modestia impidió que los escritores de su intimidad lo alabasen literariamente, poco puedo añadir a lo que no han dicho Víctor Ruiz Albéniz, Mariano Daranas o Julio Camba. Sólo una vez existió diálogo entre nosotros, y entonces pude comprobar dos méritos: que era usted un caballero con las reglas de la urbanidad en la sangre y que estaba informado como nadie en el mundo.

Camba ha ganado muchas horas jugando al póker con usted en Lisboa; pero Camba, al redactar para su periódico el artículo de colaboración sobre los millonarios que se publicó el mismo día que la reseña de su fiesta familiar, no utilizó ninguna confidencia y ni siquiera le aludía. Acaso Camba halla la diferencia entre un millonario y un multimillonario, colocando al multimillonario, como gallego discreto, fuera de serie. Sin embargo, esta distinción entre los que prosperaron antes y después de las guerras no es obstáculo para que usted se merezca un elogio desinteresado, aunque esta carta no sea un panegírico. Cierta similitud hay entre usted y Aquiles Lauro, el alcalde de Nápoles, porque los une la semejanza de poseer una flota marítima y el haber nacido en el mar Mediterráneo, que es un mar que produce no sólo boquerones. No obstante, hay la disparidad de que mientras Lauro se ha puesto en la vanguardia de la política y aspira a ser el eje público del Gobierno italiano, usted, don Juan March, se mete con más ahínco diario en el recinto privadísimo de su hogar. Mientras Lauro costea sin disimulo dos periódicos, usted casi regaló los suyos, insatisfecho de la concepción que atribuía a la Prensa un cuarto poder aparte de los tres poderes del Estado. Su madurez humana y su sabiduría psicológica están exentas de resabios y de ilusiones baldías para conceder al periodismo la fuerza de una palanca o de una palanqueta que abre cofres ocultos. El periodismo es una institución social que sólo debe favorecer al bien común, del que se beneficia los humildes y los débiles bajo la garantía de la autoridad, ya que no es lícito que el monopolio de la Prensa lo ejerza un oligarca, y estos señores tampoco necesitan del instrumento periodístico para desarrollar su oficio.

No asistí a la gran verbena de San Antonio que instaló usted, cual un auténtico nabab, en los jardines de su palacio para celebrar esa cosa hogareña y parecida, en tono menor, a las ceremonias retumbantes en que un romano adquiría la toga de la virilidad y un cristiano medieval era armado caballero. La cosa hogareña era poner de largo a su nieta e introducirla en sociedad como si fuese una orden de caballería. Mi falta de asistencia no implica falta de respeto a su espíritu de cálculo y de fantasía, a su facultad de exacta y matemática conjetura y de elástica imaginación. Los mi-

llonarios pueden enriquecerse de cualquier modo; pero los multimillonarios han de poseer con anterioridad y paralelamente a su fortuna la cábala y la poesía, la precisión y hasta el disparate, puesto que el disparate es un género noble interpretado por Goya. Los mejores golpes de los multimillonarios son golpes de efecto, golpes de teatro, según dicen los franceses; golpes más allá de la vista habitual y que son análogos a las intuiciones del vate y a las vicendencias del inventor. Cuando Carlos de Beiztegui organizaba en Venecia de 1951 su festival del medio siglo y el marqués de Cuevas repetía la carnavalada en el Biarritz veraniego del año pasado, ambos, a pesar de presumir de prosapia, eran unos recién venidos del snobismo y que iban al snobismo entre la gente más sospechosa de Europa y de América. Sin embargo, la fiesta de usted no se salió de los límites de la civilización española, que es algo más respetable que la civilización occidental o que el mundo libre. Era una fiesta que hubieran podido reseñarla los antiguos cronistas de salones Mascarilla o Asmodeo, a falta de los nuevos. Salvo Fernando Velasco y Pilar Narviñón, que asiste a todos los sitios de reunión con el prejuicio de informar luego a su tía doña Petra, no existe ese periodista que ha de figar honorablemente en las fiestas de sociedad y ha de contribuir de esa manera para que el pueblo, el menestral, la clase media, a través de su relato, asistan también a estos espectáculos que son privilegio de unos pocos. Porque don Eugenio d'Ors («El Ingenio de esta Corte») se haya retirado de su función mundana, que transcribía con tanta desenvoltura y cifra en las páginas de papel couché del «Blanco y Negro», y porque falleció «Gil de Escalante» (el cuñado de don José Ortega y Gasset, a quien prestaba algunos coruscantes adjetivos), el cronista de sociedad de «A B C», hubo personas de la aristocracia, ávidas de conocer lo que después no les describirían, que organizaron veladas simultáneas en terrazas y azoteas que dominaban desde lo alto sus jardines.

El palacio de los Caserta, adquirido por usted, es un ejemplo más entre los muchos rescates de cuanto es capaz de reivindicar un mallorquín de luengo alcance. La agudeza de Ernesto Giménez Caballero ha contrapuesto a usted frente a frente con don Francisco Cambó a lo largo y lo ancho de España: Cataluña, a veces, ha sentido la veleidad de reconquistar las Islas Baleares, aunque saliese con el rabo entre las piernas, como en 1936; pero la verdad es que los isleños se han apoderado de Barcelona y de las otras provincias catalanas, en el ámbito periodístico, político y financiero, desde don Miguel de los Santos Oliver a don Juan Estelrich, a don Juan March, etc., etc. En tanto que Cambó, el pueblerino de Besalú, fué cada año de su existencia más extrapeninsular todavía, más entregado a una técnica universal de los grandes israelitas; el insular se ha hecho y se hace constantemente más peninsular, más enquistado en el centro, en el cogollo de España, confiando su dinero, ganado en los tráficos y en las combinaciones internacionales, a las costumbres españolas. Al mismo tiempo que usted, un médico de Totana rumbeaba al cristianar a su nieto; porque aquí, en este país, alternamos todos. Esta carta sería interminable si quisiera ser un ditirambo o un panfleto; porque, pese a su serenidad, le atosigan los hombres con sus loas y con sus dentelladas, esperando sacarle más miga o más carne de la que usted da; pero como esta carta es sólo el reconocimiento de sus dotes de mago en cuanto inventa lo que no hay, y sus dones de limosnero, pero no de dilapidador, cultivando algo más superior que la elegancia social del regalo, o sea la virtud benéfica de la caridad, ya pongo fin a esta carta y, tal es mi hábito, no firmo, aunque ya saben quién soy.

NUEVAS REFLEXIONES PARA DON 'JESUS IRIBARREN'

IV y último

SEÑALAMOS en nuestro último editorial algunos de los aspectos que había silenciado el señor Iribarren y demostrábamos cómo su artículo constituía una grave deformación de la realidad. Estimamos conveniente analizar estas omisiones y silencios. Ni por un momento siquiera llama la atención de sus lectores sobre las presiones a que estuvo y está sometida la Prensa en aquellos países en los que se dice que la actividad del periodista no está sometida a control alguno que coarte su «espíritu de iniciativa y decisión personal». No hemos negado que nuestro sistema, de cuya legitimidad, elasticidad y flexibilidad ya hemos hablado suficientemente, puede tener defectos, ni negaremos que pueda ofrecer algunos inconvenientes. Pero afirmamos, sin empacho y sin temor a ser desautorizados con pruebas aceptables, que el sistema que el articulista parece desear—ni libertinaje ni censura previa—no ha existido ni existe en el mundo, y que la «vía media», a que alude nuestro Cardenal Primado, es precisamente la perfección a que tiende positivamente el Estado español mediante las disposiciones en vigor y las que tiene en estudio. Atacar mientras tanto el sistema que, dadas las circunstancias, presenta menos inconvenientes y más ventajas, no parece legítimo ni es juego limpio.

Sobre los mayores inconvenientes que entrañan los sistemas «liberales» de Prensa, conviene recordar que cuando la técnica del control de las empresas periodísticas por los grupos políticos y financieros y locales estaba aún en mantillas, en un banquete de la New York Press Association, decía John Swinton en 1895, ante lo más representativo del periodismo estadounidense: No hay Prensa independiente en Norteamérica, salvo en los pueblos pequeños, lo saben ustedes y lo sé yo. Ninguno de nosotros se atreve a escribir la verdad honrada y ustedes saben que si lo hiciéramos no se publicaría. El oficio de periodista en Nueva York consiste en adulterar la verdad, en mentir, en calumniar y rodar a los pies de Mammon, vender a su pueblo y a su país para ganar el pan de cada día... ¡Qué insensatez brindar por la Prensa independiente! Somos instrumentos vasallos de los ricos que están detrás de la cortina. Somos simples marionetas. Ellos tiran de la cuerda y nosotros bailamos.

El control de la Prensa por las grandes empresas y coaliciones capitalistas determinan juicios como el de J. F. Stone: La libertad de conciencia y de palabra—escribe el que fué redactor de «P. M.»—no cumple una función social en Estados Unidos y ha sido convertida en un negocio que merece el repudio. O Williard, que fué director del «New York Post» y de la revista «Nation», en su libro «El periodismo en declive», escribe: El periodismo ha dejado de ser el vehículo de las vocaciones y las inteligencias moralmente inspiradas; se ha convertido en un negocio, y los propietarios de la gran Prensa consideran todos los problemas políticos y económicos desde el punto de vista de los miembros de la Cámara de Comercio y de la Asociación Nacional de Industrias. El célebre escritor Jon Dos Passos satirizaba esta situación en las siguientes frases: Cuando un industrial se dispone a fabricar automóviles, antes que la fábrica, funda un diario; es decir, prepara al individuo como futuro comprador de sus artículos y de paso sirve a los intereses económicos y políticos de sus iguales en Wall Street. James Creamer, en su libro «El verdadero Mr. Hearts», cuenta cómo éste envió a Cuba al dibujante Remilton para que le enviara «trabajos sensacionales» sobre la situación existente en aquel país. Cuando llega a La Habana, Remilton telegrafía: Todo tranquilo. No hay aquí desórdenes. No habrá guerra. Quiero volver. Hearts contestó: Haga el favor de quedarse. Usted suministra los dibujos y yo suministraré la guerra.

En la monografía número 26 del informe de una Comisión del Senado norteamericano, que

investigó la acción de los monopolios, leemos: Desde un principio los grandes intereses se han esforzado para ejercer dominio económico y en caso necesario dominio político para facilitar el logro de sus fines. Utilizan todos los medios de discusión para modelar la opinión del pueblo en forma que permita la consecución de sus propósitos... Por intermedio de la Prensa actúan sobre el proceso político... Los diarios son empleados por todos los contendientes en la lucha por el Poder, pero reflejan el punto de vista de los grandes negocios con más exactitud que el de los demás grupos... Tanto la Prensa como la radio son parte integrante de los grandes consorcios, y aunque sus directores posean el más alto grado de integridad, quedan prisioneros de sus opiniones.

Un ex corresponsal de las publicaciones «Luce», en su reciente obra «Death of Kings», cuenta, entre otras cosas, que «Luce pone del revés (haciéndoles decir no donde dicen sí) los artículos de sus corresponsales sin la más mínima consideración.

Esta realidad no se registra únicamente en Estados Unidos. Se da en Inglaterra, en Francia, en Italia, en la totalidad de aquellos países que tienen libertad de Prensa reconocida en sus Constituciones y disponen de su «Ley de Prensa», de «Código de Delitos» y de «Ley del Libelo». Pio XII se hace también eco de las dificultades que esta realidad descarga sobre el periodista, cuando al hablarles del amor que han de sentir por la verdad, les dice: Sin embargo, ¡cuántas tentaciones tratan de apartaros de ella! Tentaciones provenientes de los intereses de partido y acaso de la empresa misma por cuenta de la cual trabajáis. Y añade: ¡Qué difícil puede ser el resistir y respetar los límites que la veracidad prohíbe en absoluto franquear! Sin olvidar tampoco que la conspiración del silencio puede también ofender gravemente la verdad y la justicia.

Es evidente que en el sistema liberal la estricta neutralidad del poder público frente al uso que se haga de estos instrumentos de difusión puede quizás ser un acto de impotencia y grave abandono del Estado o cualquier otra cosa; pero nunca será la defensa de la auténtica y recta libertad de información. Por eso ya el mismo Roosevelt se vio forzado a proclamar, tratando de estas cuestiones: La libertad no está segura si el pueblo tolera el crecimiento del poder privado hasta que llega a ser más fuerte que el propio Estado democrático. Bajo la presidencia del senador O'Mahoney trabajó en aquella ocasión una Comisión integrada por demócratas y republicanos. En el dictamen se afirmó rotundamente que la Prensa americana no es más que el instrumento utilizado por los poderes ocultos que dirigen el país.

¿Quiere el articulista que sean estos poderes ocultos los que controlen, orienten e impongan su mandato inapelable a los órganos periodísticos en nombre de la falsa y anacrónica libertad de Prensa que jamás existió en el sistema liberal? ¿En qué manos está la iniciativa en este caso? ¿Quién dicta la consigna, quién determina y ordena lo que ha de ser publicado y lo que ha de ser silenciado en la Prensa? Desde luego no siempre el periodista ni la sociedad. Tampoco el Estado. ¿Por qué sus reflexiones y meditaciones por los pasillos del Congreso de París no se adentraron también por estos caminos? ¿Por qué no explicó aquello a que en su artículo no quiere dar importancia, como si se tratara de algo que no merece el más mínimo comentario y que tira alegremente por el escotillón con estas frases casi despectivas: «Ya sé las respuestas obvias: los periodistas que se creen libres están sometidos a la tiranía de las agencias, a las argollas del capital de la empresa, a las influencias ocultas de la política, a tantas cosas que dejan en teórica su pregonada libertad.»

El articulista debió explicar a sus lectores cómo hoy son las «Agencias informativas» y no los periódicos, las que dominan, controlan y administran despóticamente la noticia, el

mercado de la noticia; en cuántas manos y en qué manos están actualmente estos poderosos trusts, y como representaría por parte del Estado un verdadero desamparo de la Prensa y de los intereses de la comunidad que le están confiados, no habilitar los procedimientos lícitos más adecuados que estuvieran a su alcance para controlar la acción de estos fabulosos instrumentos de penetración y poder que son dichas agencias. Ante tal poder de amplitud internacional ¿puede el Estado mantenerse inerte y abandonar a la Prensa de su país a un posible coloniaje? La información, hoy, no sólo influye en el bien común, sino que es parte integrante del bien común desde el momento que, muchas veces no es ya reflejo de lo que sucede, sino clave y causa de los acontecimientos. Precisamente los enemigos de nuestra Patria han utilizado el artículo del señor Iribarren—nos dicen de de Washington—sacándole todo el partido que pueden para renovar sus ataques contra España.

La utilización que del mismo han hecho queda reflejada en estas frases: Importantes personalidades católicas han dicho que los puntos de vista expresados por don Jesús Iribarren reflejan las del Episcopado español... Existe una seria tensión entre la Iglesia y el Régimen franquista. Miembros del clero han sugerido últimamente al Episcopado la conveniencia de hacer una declaración en la cual la Iglesia de España exprese que ni individual ni colectivamente es solidaria con la política del Régimen, etc., etc.

Con esto entramos en otro aspecto que corrobora plenamente cuanto hemos expuesto en estos comentarios. El ideal para el articulista está, no en los procedimientos preventivos, sino en una ley de Prensa que tenga previstas las sanciones para los delitos que se puedan cometer. Prescindiendo que los delitos políticos contra el bien común no tienen fácil catalogación previa posible, supongamos que la sanción «a posteriori» sea tan justa que pueda en todos los casos restaurar equitativa y completamente—cosa muchas veces absolutamente imposible dado el carácter social y político que pueden tener muchos delitos de Prensa—la justicia, el orden quebrantado por lo que al área interior se refiere. Ahora bien, ¿tendrán esta ley y estas sanciones fuerza y eficacia para reparar el daño que en el área internacional cabe inferir a la comunidad o a una persona particular desde las columnas de un periódico? Desgraciadamente casi ningún pueblo dispone de medios adecuados para que la verdad sea restaurada en el ámbito exterior.

En el caso que nos ocupa pudo y debió prever el señor Iribarren las repercusiones de su artículo, cosa que no quiso tener o, por lo menos, no tuvo en cuenta, y a lo que la responsabilidad de su cargo le obligaba muy seriamente. Pudo y debió preverlo, pues conocida es la actitud de muchos sectores de la Prensa extranjera, particularmente de la dominada por la masonería, el judaísmo anticristiano y otros enemigos del catolicismo. Por otra parte ¿es éste el apeso y el prestigio que podemos desear para la Prensa española? ¿Significa esto acaso que así es como debe cumplir la Prensa su misión en los pueblos mayores de edad? ¿Es esto lo que levanta «el nivel profesional del periodista y el colectivo de la Prensa»? ¿Radica en esto precisamente «el estímulo para la información y el valor para el comentario»? ¿Contribuye esto a la sinceridad y puede hablarse de que la opinión pública resulta así verdaderamente informada? ¿Es esto preferible a que las Encíclicas y las Pastorales sean recogidas amplia y dignamente por toda la Prensa de un país? ¿Es éste aquel enorme caudal de información política, religiosa, económica, social y científica que debemos buscar en la Prensa y radios extranjeras para conocer la verdadera historia española de estos quince años? Las leyes en estos países pueden ser hasta claras y honrosas y, sin embargo, no creemos que a la vista de la conducta observada con relación al catolicismo español, a la vida española y al Estado español, pueda hablarse de su «espíritu de responsabilidad» ni del acierto en la observación de los problemas que en aquellos periodistas admira el señor Iribarren.

Nos resta un último punto: el articulista pro-

race dar a entender que la Prensa católica en otros países, «con la libre competencia y las corrientes ideológicas en juego»—como dice refiriéndose a Alemania—marcha a «paño triunfal» y que «su influencia es creciente».

Por lo que a Francia se refiere—la Francia en la que «se sintió arrullado por el champagne, las sonrisas y la bella literatura»—el único periódico nacional confesionalmente católico es «La Croix», frente a más de doscientos diarios de gran difusión y entre los cuales son mayoría los positivamente laicos o anticatólicos. En la Italia de De Gasperi es prácticamente sólo el «Quotidiano» el que se bate a la desesperada frente a la potente Prensa comunista, socialista o neutra. En la misma Alemania occidental, formada en gran parte por los antiguos Estados de raíz católica, el total de la tirada de todos los periódicos católicos sólo representa el 40 por 100 frente al 60 por 100 restante integrado por órganos totalmente agnósticos desde el punto de vista religioso. ¿Puede preferirse, desde un plano ortodoxo, esta situación de la Prensa católica europea a la que existe hoy en España?

Por otra parte, invocar la ejemplaridad del inaudable gran esfuerzo de los católicos alemanes y tratar de apoyar sus propios criterios en la bondad de la «libre competencia» y el juego de las distintas corrientes ideológicas equivale a ver con buenos ojos que éste sea el régimen ideal de Prensa para la Iglesia en cualquier circunstancia, lo cual es doctrinalmente improcedente. Porque creemos que se pueden y se deben aplicar en estas materias los principios mantenidos por la Iglesia en los problemas relativos a la enseñanza. Donde la comunidad católica no representa la totalidad moral del país—como en el caso de la multiplicidad de confesiones—pueden y deben los católicos defender, como mal menor, la «libertad de enseñanza». Cuando se trata de un país íntegramente católico, máximo si el Estado es confesionalmente católico, la Iglesia exige, con pleno derecho, que la enseñanza sea únicamente católica. ¿No entiendo el articulista que es ésta también la norma a cuya luz ha de plantearse igualmente el régimen de Prensa en una nación, como España, católica en su totalidad y representada por un Estado, como el español, doctrinal y prácticamente católico? ¿Puede ni siquiera insinuarse en nuestro caso concreto serían útiles la «libre competencia» en este terreno y el libre juego de distintas corrientes ideológicas? ¿Qué dice el Derecho público eclesiástico sobre el particular? Estimamos que cualquier postura no totalmente coincidente con el planteamiento que, en esquema, acabamos de esbozar podría suponer una cierta inclinación hacia la tesis «separacionista», tesis que ni siquiera tal y como querían presentar la los llamados «liberals católicos» es admisible en recta doctrina.

Estos y otros peligros encontraron en los equívocos, expresiones y razonamientos poco precisos del articulista muchos de los sacerdotes y religiosos que se han dirigido a nuestra Redacción. Un profesor de Facultades Eclesiásticas Superiores termina así su severísimo enjuiciamiento: Aunque poco o nada valga nuestra opinión, nos atrevemos a decirle que con estas «Reflexiones» ha hecho usted un servicio muy menguado a España; que si el lápiz rojo de un censor estatal o no estatal lo hubiera suprimido, nada hubieran perdido sus lectores, antes les hubiera usted ahorrado la desagradable impresión que dan sus líneas, que pudieran parecer escritas por uno de tantos resentidos que desfogan su aversión a la cosa actual aprovechando toda inoportunidad, con mucho daño para la causa de la Patria y de la Religión; de la Religión también, señor director de «Ecclesia», que también usted sabrá cómo se frota las manos tras del «telón de acero» ante ciertos desahogos imprudentes.

Omitimos generosamente otros muchos testimonios de insignes teólogos y canonistas formados en centros eclesiásticos romanos, favorables a las tesis mantenidas por EL ESPANOL. Y aunque podríamos hacer todavía otras consideraciones damos por concluidos estos comentarios y ponemos por ahora punto final a nuestras reflexiones.

UNA FAMILIA QUE NACIO PARA EL AIRE

LOS POMBO: ACROBATAS Y MILLONA-

RIOS DE LAS NUBES

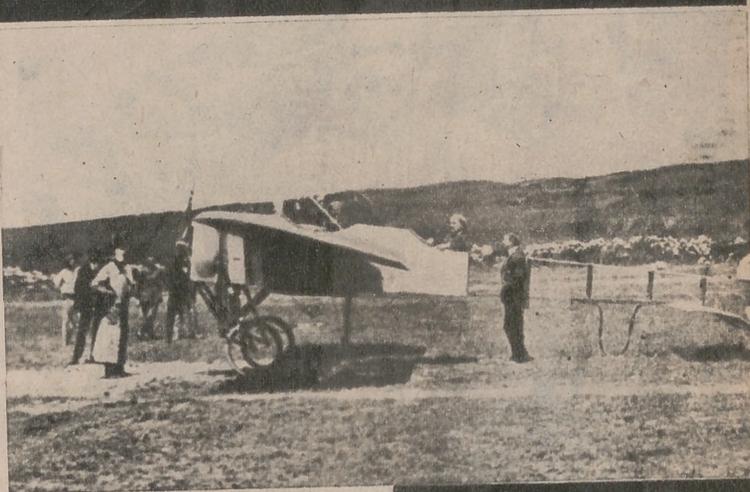
AERONAUTAS DE LA HAZAÑA A LA CONQUISTA DE LOS CIELOS

HAY pocas familias en el mundo cuya vida transcurra en el aire. Sin embargo, en España tenemos una: la familia de los Pombo. Cuando amanece el día y desde los aeródromos españoles despegan incesantemente los aviones de las líneas aéreas, con seguridad que en uno de ellos viaja como piloto un Pombo: Teodosio. Si los aviones que cruzan el Atlántico dejasen escrito con persistentes letras de humo el nombre de los pilotos que los dirigen habría aparecido el apellido Pombo más de 250 veces bajo las nubes y sobre las olas.

La familia Pombo—abuelo, padres e hijos—vive en el aire. Su historia aérea es rápida y moderna como la misma aviación. Pero, dentro de la proximidad del origen, la esencia es tan fuerte y tan pura que la aviación española los puede tomar como modelo. Modelo de compañerismo y de profesión histórica. Aunque de cada piloto español, pasados los años, haya de decirse lo mismo.

LA MAYOR FORTUNA DE LA MONTAÑA

La familia Pombo, allá por el origen inmediato, llega a Santander. Santander era, tras el reinado de Fernando VII, una provincia cuyas villas ribereñas



Don Juan Pombo pilotando un aparato prehistórico en 1913, cuando la navegación aérea era la mayor temeridad



Don Juan Pombo, su hijo Teodosio y su nieto Juanito, que el mismo día recibió el bautismo cristiano y el del aire

habían tenido intenso comercio con Flandes, Gran Bretaña y Francia. Esas mismas villas poseían arsenales y astilleros que lanzaban a la mar sus pequeñas o crecidas naves marineras. La tradición y la historia de Santander es tan antigua que fueron naves montañesas las que en los días de San Fernando rompieron las cadenas del Guadalquivir a la altura de Sevilla. Por eso en el escudo santanderino figura la sevillana Torre del Oro junto al Guadalquivir, el río de los andaluces.

No era, pues, Santander una provincia industrial, sino una provincia mercantil y náutica. Con la libertad de comercio decretada por Carlos III en 1778 se habilitó el puerto de Santander para traficar con la mayoría de los puertos americanos. Ya antes —1529— había tenido Laredo autorización para comerciar con América, pero fue derogada.

A esta Santander marinera llega la primera familia Pombo. Los Pombo proceden de tierra castellana y se dedican principalmente al comercio de harinas, que

eran transportadas en el primer trayecto por el Canal de Castilla y luego salvaban la cordillera cántabrica por medio de carromatos capaces de resistir los más empujados senderos. El negocio de los Pombo se ensancha: buques para el tráfico con Ultramar, con las Antillas y con las costas de Centroamérica, navegan bajo la propiedad de esta familia castellana que llegó a Santander. Una de las fragatas más bellas del litoral fué la llamada «Don Juan», nombre propio del jefe de la familia comerciante.

Los buenos vientos soplan sin agotarse lo mismo para las naves que para los hombres. En aquel Santander que robaba terrenos al mar para construir un puerto amplio, los Pombo edificaron suntuosas casas de sillar y adquirieron y practicaron señoriales hábitos de elegancia. Ya se susurra en la Montaña del dinero de los Pombo; si no te



Teodosio Pombo, acompañado de su señora y su hermana, al tomar tierra en Valencia durante una competición de la Vuelta a España

nían la mayor fortuna de la provincia, por lo menos lo aparentaban. En el Santander de fines del siglo XIX y primeros años del XX la gente del pueblo habla de los Pombo como de los Fúcar en Sevilla.

DOS HERMANOS DIFERENTES: JUAN Y GABRIEL

Sin embargo, nada es eterno. El esplendor comercial de aquella familia castellana injertada en montañesa va poco a poco empaldecido. El viejo castellano Pombo da a sus hijos una educación refinada: los mejores colegios y los mejores profesores enseñan a los Pombo que conquistarían el aire. De esta forma el hábito comercial del abuelo se apaga en los hijos. No se sabe si los negocios se alejan de los muchachos o los muchachos de los negocios. Por otra parte, un gran competidor, el primer marqués de Comillas, con la navegación a vapor da un golpe casi de gracia a la entidad comercial de los Pombo.

La familia, ante todos estos acontecimientos, se desvía del comercio. Cuando se separaron las Antillas, el tráfico harinero y textil se esfuma y desaparece. La familia Pombo, en su aspecto comercial, se esfuma también.

Hay que pasar ahora a contar la historia de los Pombo que van a navegar. Pero no por la tierra, sino por arriba, por el aire y junto a las nubes.

Los hijos destacados del viejo Pombo fueron Gabriel María—que aún vive, octogenario—y Juan. De esta pareja, dispar en gustos y aficiones, saldría un



Teodosio Pombo condecorado con la Medalla Aérea

aficionado impertérrito a los motores de explosión. Este aficionado tenaz fue Juan. Juan era un hombre vigoroso, un gran deportista. En aquella su pasión por la velocidad tuvo uno de los primeros coches de carreras: un

torpedo rojo que se lanzaba a casi cien kilómetros por hora, con gran susto y temor de los espectadores que se atrevían a presenciar tamañas locuras.

Por el contrario, Gabriel fué siempre lo que se llama un «dandy». Presidió las sociedades aristocráticas de Santander y durante muchos años el Ateneo. Los criados de su casa usaron siempre calzón corto para servir a un señor delgadísimo, buido, de maneras exquisitas, que fué nombrado gentilhombre de cámara del Rey Alfonso XIII.

Estas son las dos principales ramas que crecieron de aquel Pombo castellano que se aposentó en la Montaña.

EL PRIMER AVIADOR SANTANDERINO

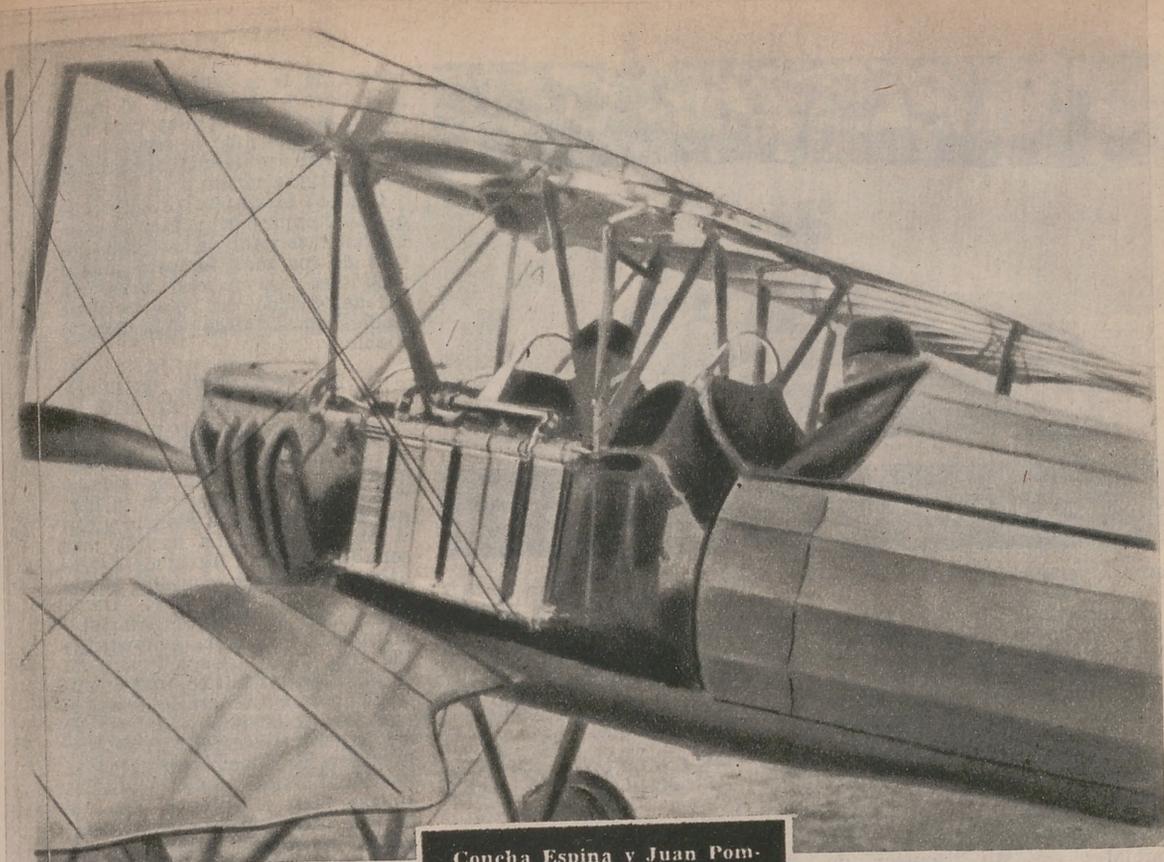
Pero de estos dos hermanos será uno, Juan, el que se sienta dueño del aire. Y la afición de Juan nació así:

A Santander venían los aviadores que fueron pioneros de la navegación aérea. Llegaban Garros y Garnier, que remontaban el vuelo desde un campo improvisado en La Albercía, barrio rural de la ciudad, donde hoy se levanta un moderno aeródromo. A contemplar las evoluciones de aquellos aviadores—casi los primitivos del aire—acudían millares de santanderinos. Mas los aeronautas unas veces volaban y otras no. Dependía de muchos factores, tales como el viento, las horas de vuelo del aparato, el calor o el frío. Empieza a cundir un entusiasmo por la aviación. Entre los espectadores se encuentra un muchacho que más adelante superaría las hazañas de los actores: es Juan Pombo.

Juan Pombo, por entonces, sólo puede ser testigo de las acrobacias de los visitantes y de las piruetas de los santanderinos, que, a falta de otros aparatos de propulsión a gasolina, montan un globo. Hubo dos aeronautas archipopulares, que fueron los «capitanes» Echevarría y «Rigolotto». Subían en los globos, caían al mar o sobre un tejado, en el campo o en plena calle, pero ellos seguían imperturbables asidos a un trapezio y dando volatines, cumpliendo con las normas y los ritos de la aerostación bajo el cielo de Santander.

Mas la línea de aviadores montañeses, de conductores de aeroplanos, la inaugura Juan Pombo. Saca su título de aviador y marca la ruta que luego han de seguir Salvador Hedilla—un muchacho joven que murió en accidente y que estuvo casado con Visitación del Campo, la cual, al enviudar, fué cantante de ópera, contrayendo luego matrimonio con el conde de Sclafani—, Joaquín Cayón—un piloto que sirvió a las Compañías comerciales de aviación—y otros montañeses que siguieron el ejemplo. Entre estos montañeses se contarían más tarde los hijos de Juan: Teodosio y Juan Ignacio.

Juan Pombo hizo diabluras con el avión. No se arredró jamás ante el peligro, que entonces era infinito. Fué un gran acróbata del aire y, ante todo, un caballero del espacio. Mas la aviación por entonces no era un negocio floreciente, hasta el punto de que la ruina, en su total y exacto significado, llegó para el ho-



Concha Espina y Juan Pombo en 1917, disponiéndose a emprender un raid aéreo en la avioneta «San Ignacio III»

gar del primer aviador montañés. Un día desapareció de su casa, dispuesto a trabajar en lo que fuere para sostener a sus hijos. Así estuvo en una explotación minera de Barruelo hasta que montó una escuela de aviación en Madrid. Guardando siempre su condición de hidalgo, Juan, a más de enseñar a volar, daba bautismos del aire, paseos y excursiones en las avionetas y también exhibiciones de peligro. Desde entonces no hay interrupción en el oficio; más que en el oficio, en la afición. Afición que se enlaza como padre, como profesor y como maestro en la historia actual de sus dos hijos: Teodosio y Juan Ignacio.

LAS ACROBACIAS DE TEODOSIO POMBO

Andando, andando por los árboles genealógicos llegamos al más actual de los Pombo, a Teodosio. Teodosio Pombo empezó a volar—ya lo hemos dicho—bajo las enseñanzas de su padre, allá por el año 1926. Durante dos años perteneció como piloto de complemento a la aviación militar. De alumno de su padre pasa a compañero del mismo. Cuando terminó en la aviación militar se incorpora como profesor a la escuela paterna. Allí enseña a volar a su hermano Juan Ignacio. En 1934 ingresa en las líneas aeropostales españolas (L. A. P. E.), ya dibujada y definida su recia personalidad aérea, que luego le daría fama. Es Teodosio Pombo el hombre callado, frío en el aire, sereno, dueño imperturbable de sus nervios, mandando la cabeza sobre el corazón cuando es preciso; teniendo, en fin, toda la maestría y la pericia imaginable, igual que si de verdad fuese un pájaro, bajo la figura humana, sentado en la cabina de mando de los bimotores, de los trimotores y hoy de los gigantes aéreos que señalan las rutas por encima de la tierra

La vida de este Pombo—la vida en el aire, se entiende—está tan llena de anécdotas y de recuerdos que es casi imposible decidir cuáles son y cuáles no son. Tres años después de empezar a volar, los espectadores le confundían con su padre. Por ejemplo, un día de verano estaban unos cuantos jóvenes comiendo en un famoso merendero, «La Vizcaína», de La Albericia, en Santander. Ya era más de mediodía cuando entró en el mismo local el príncipe de Asturias. Algunos de aquellos jóvenes eran periodistas y conocidos, por su misión profesional, del príncipe de Asturias. Omitió el príncipe, como de costumbre, la olla podrida al estílo montañés. Serían las cinco de la tarde cuando se oyó el motor de la avioneta de Juan—la «San Ignacio»— que, tripulada por Teodosio, remontaba el vuelo desde el campo cercano. Miró el príncipe al cielo y vio que Teodosio estaba haciendo todo su repertorio acrobático: rizar el rizo, el viraje imperial, la caída de la hoja, el borracho...

—¡Qué gran aviador!—exclamó el príncipe—. Es Juan Pombo, ¿no es verdad?

—Alteza—se le contestó—, es su hijo, Teodosio Pombo. El padre ya no vuela apenas.

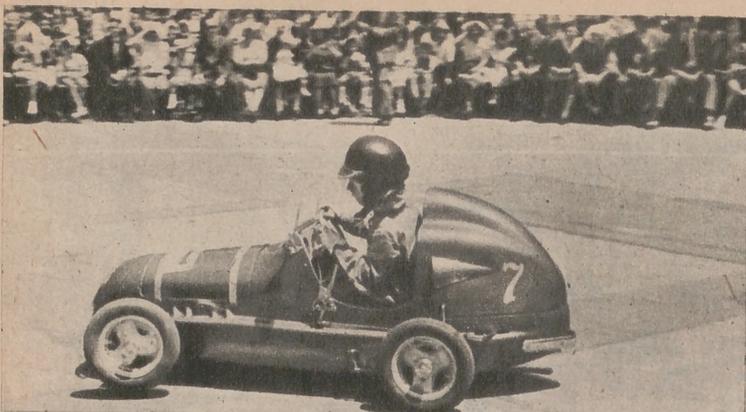
UN NOMBRE CON PODER DE CONJURO

Los aéreos Pombo que quedan —Teodosio y Juan Ignacio—no podían estar ausentes en nuestra guerra de Liberación. En las escuadrillas nacionales, dominando los viejos aparatos con la fuerza y la pericia que dan el convencimiento propio en la suprema razón del ideal, aparecen los dos hermanos.



Juan Ignacio Pombo saluda desde balcón del Ayuntamiento de Santander después de su vuelo a Méjico

Teodosio pertenece al grupo que mandaba el hoy Ministro del Aire, teniente general González Gallarza. Al igual que toda la escuadrilla, combate hasta el fin y es galardonado con la Medalla Militar individual. Pilotando un bombardero fué tocado una vez, en el frente de Teruel, en uno de los motores por un disparo antiaéreo. Gracias a su destreza pudo tomar tierra en las filas nacionales con un solo motor. La suerte, igual que a su hermano Juan Ignacio, le protege. Juan Ignacio pudo salvarse en el mismo período de otro grave accidente. Dos estupendos pilotos es



Luis Ignacio Pombo, hijo de Teodosio, en una prueba infantil de coches, de la que resultó campeón. La tradición familiar es bien patente en el pequeño

pañoles vencieron de esta manera a la muerte.

Terminada la Cruzada, Teodosio se incorpora, con gran nostalgia de aquello que dejaba, a las líneas aéreas. Actualmente hace la ruta de Buenos Aires y la ruta de Guinea, sin que ello quiera decir que cuando las necesidades del servicio lo exijan allá está Teodosio Pombo dispuesto a salir para donde sea. Aun cuando la clase de todos los pilotos españoles de nuestras líneas comerciales sea sin discusión de ningún género la mejor del mundo, ¡qué sé yo!, los viajeros cuando preguntan:

—¿Quién es el piloto?

Y se les contesta simplemente:

—Pombo.

Parece que el pequeño temor que sienten los novatos cuando atraviesan una nube o cuando el avión desciende suavemente en uno de esos baches del aire, ha desaparecido radicalmente. Un nombre tan sólo ha hecho el conjuro.

LA ESTUPENDA MARCA DE MILLONARIO DEL AIRE

Cuatro veces millonario del aire es una marca que pocos hombres pueden presentar. Posiblemente en el mundo no llegarán a la docena. Y con 20.000 horas en el aire de vuelo registrado ya es imposible que no se considere como

parte primaria fundamental de la gran familia que copia a los pájaros a este hombre jovial, bueno, honrado y generoso que tiene una ilusión antes que ninguna, que sus hijos, sus tres hijos varones, sean pilotos, pero pilotos del Ejército del Aire para toda la vida, cosa que él, por circunstancias invencibles, no ha podido ver realizado en su propia persona.

Es raro que un Pombo viaje como pasajero en avión comercial. Pero más raro todavía es lo que le ocurrió a Teodosio en un viaje que hizo a Palma de Mallorca.

Al lado de Teodosio, un pasajero empezó a explicarle lo siguiente:

—¿Ve usted ese ruido que se oye ahora? Es que han elevado el tren de aterrizaje; acabamos de pasar un bache. De-

bemos de ir a tantos kilómetros por hora; parece que el ruido de un motor no es muy regular...

Teodosio Pombo le escuchó pacientemente y le dió las gracias por la información.

Cuando el viajero se enteró de que el hombre delgado y moreno que iba sentado a su lado era uno de los más famosos pilotos españoles se marchó corriendo del aeródromo sin que lo viese nadie, como alma que lleva el diablo.

LA AVIONETA QUE VOLO SOBRE EL MAR

Nos queda todavía otro Pombo: Juan Ignacio. Es el más pequeño de los hermanos aviadores. Aprendió a volar con su hermano, en la misma escuela y con el mismo estajo. La hazaña más sonada de Juan Ignacio la realizó cuando sólo contaba veinte años. Era el año 1934. Desde Santander a Méjico completamente solo con una avioneta de 130 HP., Juan Ignacio Pombo dió el salto del Atlántico. Un salto auténticamente temerario, como si hoy los paracaidistas en vez de utilizar los paracaídas actuales se lanzasen al espacio con paraguas de tamaño natural, y encima les saliese bien el intento. Eso fue lo que hizo Juan Ignacio: atravesar el océano con una avioneta minúscula por la que todos antes de salir no creían en el término del viaje.

Juan Ignacio, a diferencia de su hermano Teodosio, no se ha dedicado a la aviación en plan profesional. Vuela por puro deporte, recordando los días en que, junto con su hermano, volaba en aquellas avionetas en las que el piloto y el pasajero iban con medio cuerpo fuera, atados con correas y con gafas como las que hoy llevan los ciclistas en las carreras de postín. Ellos las utilizaban allá por arriba, a dos o tres mil metros de altura, sin dar importancia al hecho, como quien escribe una carta de felicitación o se bebe un vaso de agua.

Hoy Juan Ignacio, que vive en Méjico, tiene seis hijos. Alguno, desde luego, seguirá sus pasos. Y la tradición aérea de esta familia española en esta rama no habrá por ahora terminado.

La estirpe de la familia de los Pombo, que cuenta el siglo, es una institución en la historia de las alas españolas. Volar es tan hermoso para el hombre que, sin duda, se siente más cerca de los ángeles. Estos Pombo de ahora, Teodosio principalmente, cuando lleven su avión venciendo a la gravedad, a las leyes, y sobrepasando la angustia del corazón, que es mejor que sobrepasar la barrera del sonido, darán la impresión absoluta de un arcángel, emisario en un abrir y cerrar de ojos de una divinidad extraña.

LEA Y VEA
TODOS LOS SABADOS
"EL ESPAÑOL"

FUNCIONA SIN VAPOR SOLO CON AGUA CALIENTE! SIN ALCOHOL — SIN ELECTRICIDAD

CAFETERA EXPRES

"SUPREMA"

RAPIDA
CONTINUA
ECONOMICA
SIN PELIGRO

Con ella se obtiene un café de un sabor inédito



Hasta hoy, la cafetera expés accionaba a base de vapor (más de 115°), lo cual volatilizaba la esencia del café, arrastraba sus alquitranes y cocía la madera de su poso. Su sabor quedaba reducido poco menos que a 0 (cero)

Hoy la cafetera expés SUPREMA extrae sin peligro, y a la presión conveniente, con agua caliente sólo la esencia pura del café. Su sabor queda intacto

CAFETERA
EXPRES

"SUPREMA"

PATENTE ESPAÑOLA MUNDIAL

EL MITO DE LA UNION FRANCESA

UN GOBIERNO PARA CADA MINUTO Y UN PROBLEMA PARA CADA GOBIERNO

EL CASO SORPRENDENTE DE LA "AGENCE FRANCAISE DE PRESS"

Confusiones y contradicciones en la política del Quai d'Orsay

VIVIA sin confianza —naciendo cada día— el Gobierno francés que presidía nominalmente M. Joseph Laniel. A cada paso los ministros ex gaullistas, sobre todo los del auténtico R. P. F., amenazaban con retirarse y para nadie era un secreto la hostilidad entre los tres vicepresidentes: el radical Queuille, el independiente Paul Reynaud y el M. R. P. Teitgen. Imperaba la disconformidad más absoluta en el seno de un ministerio, moderado, que no podía contar más que con una mayoría parlamentaria... también dividida.

La causa aparente de la derrota sufrida en la Asamblea Nacional por el Gobierno reside en la cuestión de Indochina. Muchos elementos se niegan a facilitar la labor diplomática del ministro de Asuntos Exteriores, George Bidault, acusándole de incapacidad notoria frente a sus colegas Edén, Molotov y Chù En Lai, especialmente por sus vacilaciones en obtener, mediante un trato directo con Ho Chi Minh y sus delegados en la Conferencia de Ginebra. Los partidarios de una suspensión rápida de las hostilidades en Indochina no están conformes con la táctica dilatoria de Bidault. Sin excusar a éste último, cabe decir que, desde que se constituyó el Gobierno de Laniel, su vicepresidente, Paul Reynaud, se mostró resueltamente adversario de la dirección del Quai d'Orsay, hasta el punto de que sus dos ministros de Asuntos Exteriores pesaban en el Gobierno, causando los desaciertos, confusiones y contradicciones que se ha observado en la conducta seguida con respecto a la guerra de Indochina e incluso en la política a seguir en Túnez y en el Protectorado marroquí.

TODOS MAL AVENIDOS

La división interna del Gobierno se agravaba con la división de todos los partidos en la cuestión de la Comunidad Europea de Defensa (C. E. D.). El Comité Cen-

tral del partido socialista se pronuncia por la aprobación de los tratados de Bonn y de París, mientras los parlamentarios del partido se dividen en dos, el 40 por 100 enemigo de la C. E. D. y el resto a favor. Acordó el Comité imponer la disciplina de voto... y en la Comisión de Asuntos Exteriores de la Asamblea Nacional no se respetó el acuerdo del Comité y... no se ha adoptado ninguna sanción contra los «rebeldes». En el M. R. P., naturalmente, la unanimidad es completa en favor de la C. E. D., por ser su correligionario Bidault ministro de Asuntos Exteriores. En cuanto a los radicales, el grupo de Delbos, jefe de la minoría, está a favor de él; el de Daladier, en contra. Los independientes, campesinos de levita, etc., se presentan también en desacuerdo. La minoría ortodoxa del R. P. F. gaullista, con Chaban-Delmar, es irreductible contra el tratado, por el rearme alemán que entraña. Y los disidentes, gaullistas de Barrachin (A. R. S.), son parti-

darios, con reservas, de dicho tratado.

EL MITO DE LA UNION FRANCESA

Naturalmente, el desconcierto, la confusión del Parlamento, se refleja en el Gobierno. Ha vivido éste, los últimos meses, con la limosna de dos o treinta votos de mayoría, sólo con objeto de permitir a la Conferencia ginebrina la anhelada suspensión de hostilidades. La derrota de Dien Bien Fu complicó la situación. Francia, en realidad, ya no defendía en aquella parte del sureste asiático más que el mito de la Unión Francesa, obligando al Vietnam, Laos y Camboya a dejarse firmar en el grupo de un fantástico Commonwealth. En Ginebra los llamados buenos oficios de Mr. Eden cerca de Molotov no dieron ningún resultado apreciable para la causa de la paz, a no ser una reanudación de las relaciones comerciales de la Gran Bretaña con la China comunista. Bidault, pese a su discurso de justifica-



Ho Chi Minh, jefe comunista de Indochina, aparece en el centro de esta fotografía



El general Henry Navarre

ción en la Asamblea Nacional, quedaba en mala postura y se veía, a todas luces, que la situación de Francia y los triunfos militares del Vietminh no dejaban entrever la solución pacífica. Por otra parte, Camboya parece abandonada a su suerte, invadida por el comunismo, y la posterior defensa de Laos y del país Thaj se hizo con mala ventura en Dien Bien Fu.

Muchas otras cuestiones de orden interno acuciaban al Gobierno del pobre M. Laniel, deseoso éste de abandonar cuanto antes un poder «sin poder», pero evitando la caída del ministerio por sus inevitables repercusiones internacionales. En cada cuestión de confianza planteada se le «perdonaba» la vida, con harto dolor del indultado. En el último debate la irritación concentrada contra el M. R. P. y Bidault dió al traste con los escrúpulos, pero se tuvo buen cuidado en no juntar en la oposición la mayoría constitucional de 314 votos que, al causar la caída del ministerio, promovía constitucionalmente la disolución del Parlamento y nuevas elecciones generales. Las cuales, a nuestro juicio, no darían una mayoría más gobernable que la actual.

LA CONSTITUCION DE 1946, CAUSA DE TODOS LOS MALES

El mal es hondo. Se encierra en la Constitución de 1946. Caricatura del Senado es el Consejo de la República: ley electoral que no atiende al valor clásico de las consultas y el sufragio; voto para la investidura del jefe del Gobierno. Todos los males vienen de ahí, dicen algunos independientes. La Constitución es obra del M. R. P. y nada puede decirse sin reformarla completamente.

El Gobierno de Laniel ha sido derribado por una mayoría inferior a la constitucional. El Presidente de la República, René Coty, se enfrenta con la primera crisis, y después de las obligadas consultas a Herriot, presidente de honor de la Asamblea, al efectivo y a los demás, se habló de llamada de Mendes France, radical socialista, sin obediencia personal, hombre de izquierdas, que un tiempo disgustó al propio

Leon Blum por sus audacias presupuestarias. «Mendes France» (judío) significa el Frente Popular, se asegura en París. Qué más quisieran los comunistas de Francia: contaban también con la disolución del Parlamento, ya que por prescripción constitucional formarían dos de sus miembros parte del Gobierno interino en el periodo electoral.

El escándalo de «A. F. P.» (Agence Française de Presse) ha enconado el malestar y contribuido a la crisis. Los radicales se oponen al predominio capitalista en la Prensa, que se obtendría si Hava-Publicidad y Hava-Información caen en manos del grupo financiero, que, coaligado, es el más importante que Francia conoció. La actitud del radical Hughes, subsecretario de Información, revela que el partido no se dejará arrebatar esa «compuerta de la liberación». Pero se comenta que el ministro de Hacienda, Edgard Faure, también radical, experimenta menos escrúpulos «democráticos».

UNA DOSIS MORTAL DE AMBICIONES PERSONALES

Animosidades personales, ambiciones poco recatadas, necesidad de disputar el sentimiento patriótico, intrigas y cabildeos, todo ello se mezcla en la caída del Gobierno. Tanto es así que el Presidente de la República no quiso los primeros días dar por consumada. Otros Gobiernos cayeron por los escándalos, que han venido jalonando esta triste IV República. El de ahora se derrumba, con toda su carga, sangriento por la guerra de Indochina, pusulenta por la agresión de los tiburones de las finanzas y agravadores de aquellos postulados que envanece la vecina nación de respeto de la libertad de la Prensa. Y aquí vamos a ver una de las causas del derrumbamiento, probando, hasta la saciedad, que la Agencia Oficial de Prensa, la A. F. P., se encuentra hoy exclusivamente al servicio del Quai d'Orsay, que la subvenciona y mantiene en manos de una coalición financiera.

UNA DE LAS CAUSAS

El subsecretario de Información de Francia ha destituido, sin formación previa de expediente, al redactor-jefe de la Agencia France-Presse (A. F. P.), Gustavo Aucouturier, y a su adjunto Georges Bitar. El descabezamiento de los principales jefes de la agencia oficial francesa se debe, según declara oficialmente su director general, Negre, a necesidades del servicio en una etapa de la reorganización, que se decidió hace seis meses «para acoplar los servicios del interior y del exterior.» A nadie convencieron las palabras de Negre y se dudaba de que fuese cierta la acusación ministerial de que ambos periodistas divulgaron informaciones secretas de carácter militar. Se dijo también por Negre que se quería que los cargos directivos fuesen desempeñados por profesionales que ejercieron corresponsalías en el extranjero, y es raro que no se tenga en cuenta que precisamente Aucouturier fué durante algún tiempo corresponsal en Viena...

A poco de la «liberación» se

afirmó en Francia que una de las metas ya conseguidas había sido sustraer la información a las agencias capitalistas, susceptibles de servir intereses privados. Esto, que se dió como una conquista real, no deja por ahora de ser un buen deseo. En todo el mundo cada día es mayor la preocupación de los hombres sensatos por conseguir una cierta pureza, responsabilidad e independencia en los instrumentos de información. Pero las medidas tomadas en Francia fueron, consciente o inconscientemente, contraproducentes. En teoría, la Agencia France-Presse debería haber servido los intereses nacionales sin interferencias ni mediaciones por parte de los grupos de presión. En teoría también tenía que haber sido dotada de un estatuto de cooperativa, de la que los periódicos se hubieran repartido las acciones. Pero todo esto quedó en buenas palabras. Si en torno a la antigua agencia Havas se montaron turbias manichras políticas y financieras, la France-Presse no se ha quedado atrás. Porque, como por arte de magia, se ha transformado en servidora directa de los intereses y banderías de los hombres que forman en los Gobiernos. Ahora está en marcha una complicada lucha de intereses que interfiere con las intimidades de la misma crisis ministerial. Las peripecias de esta anécdota recuerdan en algún grado aquellas que ocurrían en el patio de Monipodio. Entre nuevas invocaciones a la libertad de información, grupos financieros se preparan para asaltar un reducto que luego se ha de tomar en origen de copiosos beneficios. El hecho, por hoy, es que dos periodistas, Aucouturier y Bitar, han sido suspendidos en sus cargos en la Agencia France-Presse por una simple orden gubernativa y sin formación de expediente. Y, en el naufragio general de la política francesa tampoco se salva aquella intención saludable de poner los instrumentos de información al servicio del bien común.

LA DESTITUCION DE LOS PERIODISTAS

El entonces ministro de Información, Hughes, que no es ministro, sino sencillamente subsecretario, suele analizar muy discretamente los acuerdos del Consejo de Ministros y recibe a los periodistas en el lóbrego edificio de la avenida de Friedland. Es indudable que la combinación para resucitar Havas no es del agrado del subministro, ¡pero qué importa sabiendo la fragilidad de los ministerios franceses! No obstante, entró en el juego de Negre destituyendo al redactor-jefe de la A. F. P., Gustavo Aucouturier, y a su colaborador inmediato en la jefatura, Georges Bitar. El primero será sustituido por un señor que ejerció la corresponsalía en Río de Janeiro. Como es sabido, el Gobierno, reunido en sesión urgente, consideró que la divulgación del informe oral caía bajo la jurisdicción militar con sus correspondientes penalidades. Se ordenó la recogida del periódico «L'Express» a poco de ponerse la venta en público, abriéndose sumario, y dicen los defensores de

los periodistas castigados que éstos se limitaron, en un momento en que se ignoraba la decisión que tomaría el Gobierno, a comunicar a sus abonados de provincias extractos de la información publicada por dicho periódico. Es más, se va diciendo por ahí que todo el mundo conocía el informe que, por precaución, los generales lo dieron únicamente de palabra temiendo, que por escrito transpirara al exterior. No les valió. «Alguien» del mismo Consejo Superior de la Defensa Nacional llevó corriendo las notas a «L'Express». «Eso es lo que queremos saber», dijo monsieur Laniel. La Policía, en el registro efectuado en la Redacción del periódico, encontró lo que se buscaba: una carta del entonces ministro de los Estados Unidos, Gaston Jaquet, que, por sí sola, exigía la dimisión. No sólo quedó, con esta operación malparado lo que ellos entienden por «libertad de Prensa», pues salió también herida de muerte la independencia del poder judicial, la cacareada separación de poderes. En efecto, el juez militar que practicó, con la Policía, el registro domiciliario en la madrugada del 28 de mayo, hizo llegar inmediatamente al presidente del Consejo la carta del «confidente» ministerial. No se unió, pues, al sumario... En definitiva, aun conociéndose los responsables de la divulgación de «secretos militares» sólo se ha castigado a los redactores jefes de A. F. P.

HE AQUÍ EL GRAN SECRETO.

En cualquier periódico, sin esperar a «L'Express» podía leerse el famoso informe, que por lo menos ha servido para levantar el velo de la sospechosa combinación del monopolio periodístico. Podríamos citar bastantes títulos de Prensa extranjera e incluso reproducir el informe del general Ely tomándolo de cualquiera de los «Boletines confidenciales» que cada ministro manda redactar por su cuenta. Los parlamentarios los reciben diariamente y cada boletín es inmediatamente identificado: «Paul Reynaud va a meterse con su colega Bidault», etcétera, etc.

Nos limitaremos a recoger lo que antes de la orden de abrir sumario telegrafió a su periódico—el «News Week», de Nueva York—su corresponsal en París, Benjamin Bradley. «He aquí el informe oral de los inspectores de Indochina:

Primero.—Son de temer muchos otros Dien Bien Fu y de mayor envergadura, no sólo en el delta del río Rojo, sino también en la región sur de Cochinchina, que los franceses consideran en sus manos sin ningún temor. (Esto es, que el peligro que acecha a Hanoi, capital del Norte, es el mismo que amenaza a Saigón.)

Segundo.—Que Dien Bien Fu ha costado la pérdida total de las mejores fuerzas de choque y la muerte de 2.000 oficiales y suboficiales de carrera. En total se sacrificaron 20.000 hombres.

Tercero.—Que en el mismo campo atrincherado se sacrificaron los equipos móviles, más necesarios hoy que nunca para la

defensa del delta del río Rojo. Que tales tropas son insustituibles si no llegan refuerzos de fuerzas aguerridas.

Cuarto.—La moral del restante Cuerpo expedicionario ha decaído mucho desde la derrota de Dien Bien Fu, y la moral del nonnato Ejército vietnamita ha bajado también. Aseguran los generales inspectores que la propaganda roja en siete años de guerra no consiguió lo que en pocas horas la derrota ha ocasionado; esto es, que aumenten los partidarios de Ho Chi Minh, ganando a casi todo el Vietnam.

Quinto.—Se impone la destitución inmediata del general Navarre, comandante jefe.

Sexto.—Debe mantenerse en su mando de la defensa de Hanoi y del delta norteño al general Cogny, robusto y férreo combatiente, que ni un sólo momento dejó de estar en contacto con Castries, mientras Navarre no se movía de Saigón.

Séptimo.—En Norteamérica y en Francia se perdió la esperanza de constituir un Ejército vietnamita que relevase a senegaleses, marroquíes y Legión Extranjera. Los 200.000 hombres de que se compone dicho Ejército autóctono carece de mandos, son menos que seguros en su lealtad, desertan fácilmente o se entregan al enemigo sin combatir.

Octavo.—La defensa francesa en Indochina ha de concentrarse en los deltas de Hanoi y de Saigón, con el mar a su espalda, evitando así verse sitiada por completo, como le ocurrió en Dien Bien Fu. Con tales perímetros de desahogo podría Francia, según le convenga—o decida—efectuar una evacuación completa, ordenada, o lanzarse a una ofensiva.

Noveno.—Se necesita el envío urgente de refuerzos, no menos de cincuenta batallones. En un plazo de treinta días han de llegar reclutas a Indochina. Es cierto que la ley no lo permite y sólo al Parlamento cabe autorizarlo. El Gobierno no ha de esperar ni un minuto más. A los reclutas del contingente puede garantizárseles que se estacionarán en Saigón y sólo en el Sur, donde los combates no tienen la misma amplitud que en el Norte.»

El semanario «L'Express» pregunta en el número donde se suprimió la información incriminada: «¿Dónde está el secreto militar? Hanoi se encuentra virtualmente en manos de una quinta columna... En el momento preciso bastará con salir a la calle, enarbolar la bandera de Ho Chi Minh, aislar la ciudadela con Cogny dentro... y se acabó...»

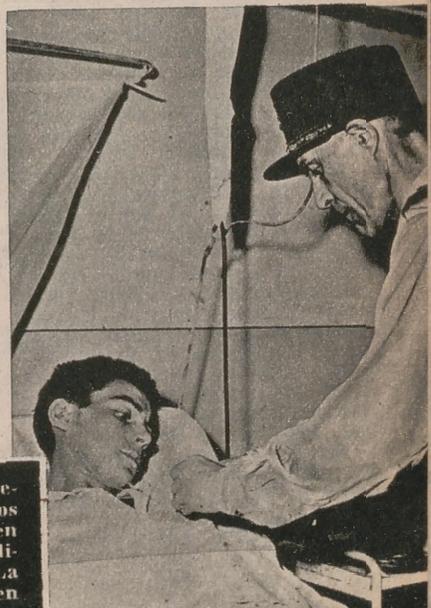
Como en las épocas más tormentosas de la historia, los tiburones, junto a la orilla, acechan...

LOS TIBURONES AL ACECHO DE HAVAS. FRANCE-PRESSE

Ahora hagamos historia, no por pequeña menos interesante. La A. F. P. procede de la agencia Havas, fundada en 1839 por un judío húngaro llamado Havas y que más tarde se dividió

en «Havas-Information» y «Havas-Publicidad», con locales distintos: una, la de noticias, en la plaza de la Bolsa, y la de publicidad, en la calle Vivienne. Fueron entidades autónomas, aunque regidas por el mismo Consejo de Administración. Ningún órgano de Prensa francesa podía resistir a la doble acción publicista e informativa. Si no se daban anuncios, no había telegramas, y viceversa. En 1931-1932 el Quai d'Orsay propuso y fue aceptada una subvención cuantiosa a la agencia Havas a cambio de servir la propaganda francesa y de dejarse intervenir por un tal Leon Rollin, comunicante significado, que en el Frente Popular del 36 realizó la propaganda antiespañola por todos conocida y cuyo hijo se alistó en las Brigadas Internacionales. (Por cierto, que la secretaria de Rollin, Raquel Gayman, es hermana del tristemente célebre en los anales de la Cruzada española, Vital Gayman, jefe vitalicio de los Servicios de Información de los Radiodifusión francesa y conocido en nuestra guerra por «Comisario Vidal».)

En la ocupación alemana se crea por el Gobierno de Vichy la Oficina Francesa de Información (O. F. I.) y la Havas-Publicidad se transforma en sociedad privada germanofrancesa. Termina la guerra y, claro, se consideran nulos los acuerdos y, en vez de Rollin, se presen a a dirigir la agencia el señor Negre, que anteriormente prestó sus servicios al mariscal Pétain al frente de la Oficina Francesa de Información; se reorganizan y fundan los Servicios Informativos de Prensa con la Agencia France Libre, de Londres; la Independiente, de Argel, de la pareja Rollin-Negre. El general De Gaulle crea entonces la A. F. P., nombrando director máximo a Negre; pero con objeto de no desairar a Inglaterra, más tarde el Quai d'Orsay (que prodiga a la Agencia France Presse cien millones de francos anuales) sustituye a Negre por el agente británico Bret. Negre recurre en alzada ante el Consejo de Estado, que subpreside un comunizante y se declara nula la resolución gubernativa y Negre recobra su puesto, considerándolo



El general Ely imponiendo condecoraciones a uno de los soldados heridos y prisioneros en Dien Bien Fu, recientemente puestos en libertad por los vietminhistas. La foto fue hecha el 20 de mayo en

se en el fallo que sólo una ley de la Asamblea Nacional podía separarle legalmente.

Pero «el estatuto prometido para la agencia no se ha formalizado».

Naturalmente, cuando ejerce la presidencia del Consejo un moderado, la A. F. P. no tiene más remedio que servirle, aun procurando arrimar el ascua a su sardina izquierdista. La persistencia de los tópicos, engendrados desde 1945 para disimular la situación exacta de Francia, se debe precisamente a la labor de una agencia de Prensa que se dice nacional, pero ardiente defensora de cualquiera de las formaciones políticas que mandan.

Ya hablaremos del pretexto que ha motivado la destitución de Aucouturier y de Bitar. A Negre le convenía desbrzar el camino, alejando a profesionales poco aptos a inclinarse ante las potencias financieras. Se habla insistentemente de que con Laniel o sin Laniel (si le sustituye un político de izquierdas, mejor) se proyecta invertir una suma fabulosa en la constitución de una empresa mixta, fundiendo Havas-Publicidad con Havas-Information, y en este caso podrían estorbar aquellos a quienes se ha despedido.

LA JAURIA FINANCIERA

En el «ECHO de la Presse» el inculto Blondel prendió la mecha, al servicio de Amaury, formando el frente que asedia al Gobierno para apoderarse de Havas... y de las subvenciones que se obtendrán del Gobierno. Se habla de Chevalier, al mismo tiempo que de Jacquemart (director del «ECHO de la Presse»), de Geingesud, Vagogne y de otros magnates de las finanzas francesas.

Se intentó un proceso contra Marcel Boussac, acusándole de haber adquirido para sus fines comerciales el diario «L'Aurore». Boussac es uno de los hombres más ricos de Francia, propietario de una cuadra de caballos, ganadores de carreras, especialmente en Inglaterra. Perdió el proceso, ya que su éxito resultaba peligroso para la gran empresa Hachette, que poco a poco va recobrando su antiguo dominio en la Prensa francesa. Hachette no tolerará que Havas y «L'Aurore» se lleven la influencia y el dinero del Estado. Otro financiero, Bleustein, forma en las filas de Boussac con su «France-Soir», «Paris-Presse» y «Elle» y, sin embargo, el omnímodo Meunier du Houssois preferiría a Bleustein con su Lazareff director de los órganos periodísticos, que a Boussac, al frente de la Havas rediviva.

¿Hay acuerdo secreto entre Bleustein y Boussac? Las palabras pronunciadas por el primero en el banquete de la Prensa nacional independiente dieron motivo a suponer que los dos mil millones ofrecidos saldrían de las cajas de Hachette y de Boussac, asociados, por lo menos, en dominar la Prensa de provincias.

En definitiva, son amos del cotarro, y cualquier Gobierno de París contará con ellos, los Boussac, Bleustein y Hachette.

En esta última empresa, uno de sus primeros dirigentes, Meunier du Houssois, acaba de reci-

bir nada menos que la encomienda de la Legión de Honor; se le ofrecen banquetes. su retrato figura en todos los periódicos..., pero «L'Aurore» de Marcel Boussac se calla.

El entonces ministro de Hacienda, Edgard Faure, radical, parece tomar partido por Boussac pretendiendo que «L'Aurore» y su director, Robert Lazurik, figuren en la proyectada empresa mixta de Havas. En una palabra, dentro de poco puede caer totalmente en manos de estos financieros aquella «conquista» de la liberación de que habla «Combat».

¿Qué queda? Ya lo ven ustedes. no las doscientas familias que en los tiempos de Leon Blum se señalaban a la vindicta pública, sino tres familias, la muy poderosa de Boussac (millones de millones en libras esterlinas), Bleustein («France-Soir» «Paris-Presse»), «Elle» y otras revistas dominicales y de modas) y Hachette con su Meunier du Houssois y su grupo, invadiendo Europa en la distribución de Prensa extranjera.

MENDES-FRANCE, RADICALSOCIALISTA INDISCIPLINADO

Pierre Mendes-France procede de una familia israelita instalada en Francia desde hace siglo y medio, que adoptó la coletilla de «France» después de su apellido, de origen indudablemente lusitano. Cursó estudios superiores en París, afiliándose al partido radical y radical-socialista, en los tiempos en que era verdaderamente un grupo de izquierdas, irreligioso, jacobino cien por cien. Su condición burguesa no le ha llevado al partido socialista, no obstante contar en el partido que fué de Leon Blum con más afinidades que en cualquier otro. En 1937, como Mendes siente gran afición por los temas económicos, Blum le confió una misión provisional en el ministerio de Hacienda, que desempeñaba a la sazón Vicente Auriol. El proyecto de reforma económica presentado por Mendes asustó al propio Blum. Y el hombre cesó como subsecretario de Hacienda a los pocos días.

Militando en el partido radical-socialista nunca se mantuvo en la disciplina, cada vez más burguesa y acomodaticia, del partido y prefirió coquetear con socialistas y comunistas, que, en el fondo, le consideran uno de los suyos.

En 1939 se alistó en las fuerzas de Aviación terrestre de Siria, alcanzando el grado de teniente. Ya era diputado de Leuviers (Eure), de cuya población es también alcalde. En 1940, sin permiso de sus jefes, se presentó en Francia, tomando parte en las luchas de Burdeos, que culminaron con la retirada de Lebrun y el nombramiento de Pétain como jefe del Estado francés. Mendes embarcó con gran parte de sus colegas para Casablanca en el «Massiglia». En la metrópoli, requerido por sus jefes y no habiéndose presentado, se le consideró desertor, condenándole un Consejo de guerra a cinco años de presidio y a la degradación militar. Esto último se cumplió más tarde. Que nosotros sepamos no se ha revocado la condena de desertión.

Mendes, en un discurso pronunciado en la Asamblea hace dos meses, en el primer debate que pudo celebrarse sobre la guerra de Indochina, abogó por las negociaciones directas e inmediatas con Ho Chi Minh, causando sus palabras gran escándalo. Políticamente el Presidente. Coty habiendo con suma habilidad, designando a Mendes «leader» de la oposición izquierdista para intentar la formación de un Gobierno. Si fracasa, queda expedito el camino para otro candidato que sea moderado. Si acierta... Es adversario de la C. E. D.

COMO SIEMPRE, SURGE LA OBSTRUCCION

Quizá Mendes-France sea poco simpático. Puede que no. Pero el caso es que en el mismo momento en que ha sido invitado a intentar formar Gobierno se ha encontrado con una oposición cerrada. Laniel, Pleven, Bidault, Faure, René Mayer, Queuille, Pinay, Reynand y Andre Marie formaron rápidamente un bloque dispuesto a actuar con unanimidad. Las intenciones, de todas formas, sólo eran negativas: conseguir que Mendes-France no entrase a formar dentro de la cofradía de antiguos presidentes del Consejo. Naturalmente, todos los oponentes lo habían sido ya. Lo cierto es que con la crisis los periódicos franceses han encontrado un tema divertido y escandaloso si se trata con frivolidad. Dien Bien Fu, en particular, y la catastrófica situación de Indochina, en general, han abandonado las primeras planas. Nadie se acuerda de pedir responsabilidades, el tema de las últimas semanas. Ahora se escarba en las entrañas de la crisis, escribiendo cada cual según lo que sus valedores le exigen y aprovechando la ocasión para levantar comedios. Algunos se hacen ilusiones pensando que un pequeño giro hacia la izquierda o hacia la derecha será suficiente para resolver los males que a Francia aquejan. Pero es mucho más honda la causa de la situación actual. Únicamente ayudan a Francia los equipos de técnicos que mantienen en marcha el mecanismo administrativo cuando el país se queda sin Gobierno. Quizá estos hombres trabajen más a gusto y con más eficacia mientras las crisis no se resuelvan. Al menos entonces se ven libres de órdenes contradictorias, confusas y que raras veces coinciden con el interés nacional.

B. CALDERON FONTE

LEA Y VEA
TODOS
LOS SABADOS
EL ESPAÑOL



LA PREOCUPACION

NOS ENCADENA

NUESTRO DESCANSO ES SOLO APARENTE



Es preciso estimular nuestras facultades mentales para liberarlas del agobio que las encadena.

Este estímulo proviene de FOSGLUTEN, el tónico-reconstituyente que integra principios tan esenciales como el **ACIDO GLUTAMICO** la Vitamina B₁ y el fósforo.

FOSGLUTÉN

REANIMA LA ENERGIA MENTAL

INSTITUTO TERAPEUTICO, S.A. - MADRID

C. S. 13.543

MORALISMO Y POLITICA

Por Adolfo MUÑOZ ALONSO

La política, ¿qué es sin una resolución económica? Pero, a su vez, ¿qué es la moral si no es atendida en la vida económica y en la política? Rompe los nervios tanta insistencia de algunos escritores confesionales de ideas en enaltecer la moral, deprimiendo expresamente lo político y despreciando lo económico. No se percatan de que hay posturas doctrinales que no están cubiertas por el espíritu de ninguna letra, aunque encuentren letras para todas sus afirmaciones.

El hombre no se diluye en la actividad política, sino que se recupera con ella; no se desvanece en la política, adquiere conciencia de sí mismo en ella; no se pierde con la política, se plenifica con ella. El hombre no es un ente de naturaleza política, sino que su naturaleza es política. Y aunque las dos afirmaciones suenen en oídos fáciles como semejantes, la intención y el alcance son bien diversos, y el propósito de quienes lanzan la primera con ofensa para la segunda es equivocado. Repasen, si les place, el texto aristotélico que sirve de base y de cita obligada y se avendrán a nuestra opinión.

Sí, ya sabemos que si la política no se concentra en la moral es un alegre—o trágico—juego deportivo, violento o ridículo. Pero la política no es sólo un despliegue evolutivo de la actividad moral, sino que se presenta como una actividad peculiar—para lo cual no todos sirven—; y si bien no puede perder su punto concéntrico con el moral, sí que puede y debe cerrar la curva que le define como círculo, empujado por todos los vientos. Con

otras palabras: la política, que está subordinada a la moral—como lo está la economía a la política—goza de una independencia auténtica y verdadera como arte, como ciencia y como técnica. Es autónoma, con la autonomía que consienta el centro del que está colgando cualquier actividad humana. El centro es idéntico; pero los círculos son distintos y diversos.

Frente al moralismo exclusivista que vemos brotar en la pluma de un sector de la vida literaria española—léase bien: *literaria*—, cabe preguntar qué harán con el triunfo de su doctrina si la política no goza de la actividad que le es peculiar, si la economía no se rige con las leyes que emanan de sus principios. Aquí también es oportuno el dar al César lo que es del César, y no el que los muertos entierren a sus muertos, si no queremos violentar los textos, profanándolos en un alargamiento indebido.

La política no es una actividad que haya que relegar para hombres depauperados espiritualmente del alto sentido moral, no es tampoco función inferior en la actividad humana; es, si cabe, la más sublime. Cuando la Iglesia se considera superior a toda política, no lo hace en desprecio o en depreciación de la política, sino porque cualquier política no puede comprometer la libertad de la Iglesia. Por ello, la actividad de los escritores católicos—de los escritores y de los católicos que no sepan manejar la pluma u ordenar discursos—es servir la política que haga posible y realidad nacional esa verdad de la Iglesia. Hay que tener siempre muy presente que con la política se salva—o se arruina—la moral no sólo en la sociedad, sino también en el hombre. De otra manera: el hombre se reconoce persona cuando ejerce su función política. Antes de intervenir, considérese individuo, pero no se tenga aún como persona.

Ir de lo moral a lo económico sin que la política proyecte su luz y su fuerza sobre esta dimensión social es enterrarnos a gusto sólo porque sean alas de ángeles las que nos depositen en la tumba. No es ya la moral la única ofendida por el economicismo, es también la política. Y acaso la moral tenga que pedir armas defensivas por segunda vez a la política para centrarse en el interior del hombre.

Lamentaría que una lectura precipitada de estas reflexiones sirviera para malentenderlas; pero el temor no debe aligerar la verdad de su peso. Recuérdese que es doctrina kantiana, no enseñanza católica, la que cierra la órbita de la moral sobre la luz de sí misma, reprimiendo cualquier ámbito superior de nuevos círculos. Pero hasta que la actividad moral no se encuentra en toda la expansión que le permiten sus planos económicos, sociales y políticos podemos decir que la moral no ha sido atendida en todas sus exigencias. La moral no sólo tiene fuerza intensiva, sino también extensiva. Esta extensión favorece a la moral en vez de amenguar su influjo.

En trance de resumen, podríamos escribir que la política que sirve al esclarecimiento y fundamentación de los valores humanos está realizando una labor auténticamente moral, sin caer en el moralismo, en el economicismo ni en el politicismo. Tratar de impedir una actividad política exigiendo en cada decisión declaraciones morales, no es resolución que favorezca la moral. Y empeñarse en cargar sobre los hombros de la política el desfallecimiento de la moral individual, familiar, social o económica no es justo, mientras la política no sea la causa o mientras no incite a la caída.

Escribiendo para españoles, nos atrevemos a asegurar que la política actual está servida por hombres y por doctrinas que si pecan de algo es de moralismo. La fidelidad de cada uno a sus propias convicciones es cosa, como comprenderá el lector fácilmente—que no es pertinente rozar siquiera con una pluma cuyo oficio diario es muy otro que el de la investigación policial.

Kexttery

MASAJE - CREMA
PARA ANTES DEL AFEITADO

Especialmente indicado para barbas fuertes, irritadas, enfermas, con granos, hirsutas, «imposibles», delicadas, etc., y con la barba normal se afeitará muchísimo mejor.

Haga un ensayo con un tubo.
¡Es la maravilla cosmética de nuestro tiempo!

El mejor, más completo y más económico de los masajes.

]]'65 (tubo de 40 a 50 aplicaciones)
APARTADO 1185 - BARCELONA

CARTAGENA, SIEMPRE CARTAGENA

LA CIUDAD AMURALLADA ENTRE EL MAR Y LA SIERRA



De nuestro enviado especial
JAIME CAMPANY

ME parece recordar que el cronista se había despedido de sus posibles y amables lectores con un adiós un tanto romántico, casi como uno de esos pañuelos que se agitan desesperados en las estaciones de segundo orden, al mismo tiempo que se despedía también de Valencia, a donde espera que la suerte le lleve de nuevo algún día, porque la ciudad es bonita y las valencianas también, y allá se dejó, además de buenos amigos, algún desgarrón de gloria y de pena, que habrá que remendar y zurcir de la mejor guisa posible. Desde Valencia, donde España se estrecha de cintura y se hace cóncava para la caricia convexa del Mediterráneo, el cronista bajó bordeando el mar, que no es el morir, hasta la fortaleza marinera de Cartagena, en tierras ya de su propia provincia.

El cronista hace gracia a sus posibles y otra vez amables lectores de los pensamientos que le recrearon y acompañaron el viaje; del diálogo que escuchó entre dos obesas matronas alicantinas que hablaban de herencias fabulosas y de crímenes pasionales, alternativamente; de las apasionadas miradas que le dedicó, sabiamente adobadas de suspiros, una buena moza casadera que ya

se le debía estar pasando la edad de merecer; de la amenísima conversación de un notario de pueblo sobre la propiedad de casas por pisos; de las variaciones sobre el tema del teatro moderno en Francia y en Italia, a cargo del pintor murciano Eloy Moreno, compañero de viaje del cronista en el último trayecto, y de otras menudencias más que sería ocioso referir, aunque divertido.

Si dirá el cronista que en una de aquellas playas del Sudeste, todavía solitaria en esa altura del año, alcanzó a ver para fortuna suya, hacia la hora templada del atardecer—que por allá es tibio y benigno, la primera bañista del 1954. La primera bañista del 1954 era joven y tierna como una rama de primavera, y retozaba y jugaba junto a la espuma de la orilla, descalza y alegre, y corría, primero, al mar y huía, después, del mar, recogándose la gracia y el vuelo de la falda sobre la rodilla. A falta de otros propios, el cronista la saludó desde el tren con la memoria de aquellos versos de Gil Polo:

*Jun el agua se ponía
y las ondas aguardaba,
y en verlas llegar huía;
pero a veces no podía
y el blanco pie se mojaba.*



Dos vistas del monumento y jardines de Cavite en el puerto de Cartagena

Ella saludó levantando la mano por encima de la cabeza y agitándola como una grimpola blanca. Lo que el cronista no podría decir, aunque quisiera, es si la niña de Gil Polo le saludó a él o saludó al tren, así, impersonalmente, cosa que sería una lástima, o si saludó al notario que hablaba de la propiedad de casas por pisos, y que era serio, joven y soltero, cosa que hubiera sido más lástima todavía, digo yo.

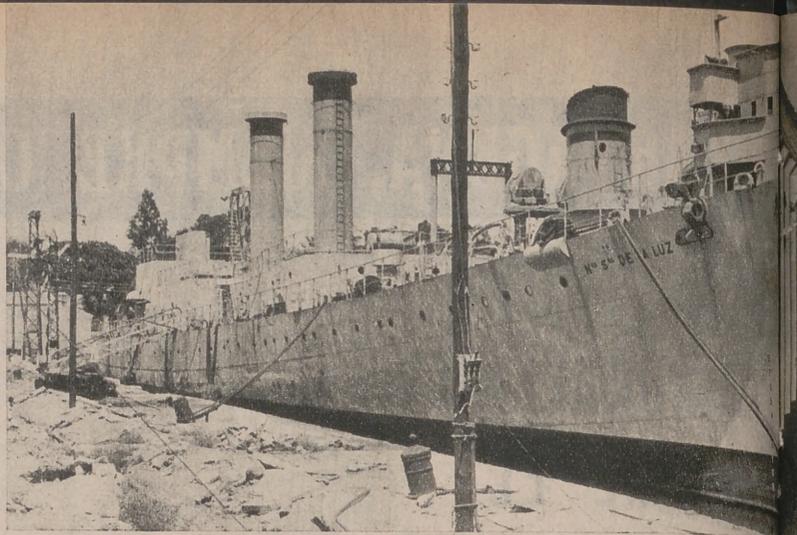
Con estas y otras ternezas, y «como el tren no corría, que volaba», llegó el cronista a Cartagena, lugar y objeto de la crónica, en donde hay estupendas cosas que ver y de donde hay muchas cosas que contar.

PRIMERA POSTAL IMPRESIONISTA

Cartagena, amigos, no es una ciudad como otra ciudad cualquiera, El visitante que se lance a la calle, vagando a la buena de Dios, por calles y plazas, apenas salga de la calle Mayor, don-

de se han refugiado todos los cafés conscientes, recibirá inevitablemente la impresión de encontrarse en un gran cuartel. Edificios macizos, grandes y sobrios, edificios de inconfundible aire castrense; garitas para las centinelas en cada acera y el centinela mismo que pasea arriba y abajo, que guarda la puerta de las casas militares y nos hace dudar un momento entre seguir y retroceder por miedo infantil a que nos pida de pronto el santo y seña, y nosotros no sepamos decir: «San Patricio. Verde». Y nos metan en el cuerpo de guardia.

Cartagena está llena de uniformes; uniformes de todos los cortes, variopintos, diversos, desconocidos algunos, otros que nos parecían olvidados, como si se hubiesen escapado de aquellos cartones de recortables que nos traían siempre los «Reyes pobres» de las criadas. Cartagena está aprisionada entre el mar y la sierra, apretada junto al puerto, amurallada, como ceñida por un fuerte abrazo de piedra que la rodea y la acorrala hacia el mar, sin escapatoria. Cartagena, hostilizada ahora por un campo pobre en la actualidad, parece que se repliega sobre sí misma, que se agrupa, como para defenderse, entre la espada del campo seco y la sierra pelada y la pared del mar. Cartagena no debe ser una ciudad en la que sea demasiado fácil resolver esa serie normal de problemas ciudadanos, el problema de la urbanización, del ensanche, del presupuesto municipal... Cartagena es una ciudad peculiar, fortaleza antes que ciudad, verdadero bastión de España cara al Medite-



Esta es la corbeta donde se halla la central térmica flotante

rráneo, por donde nos vino todo: la columna, el endecasílabo, la filosofía y el evangelio. Quizá uno de los destinos más gloriosos de España sea este de recoger en los litorales brazos del Levante mediterráneo, lo que se nos viene por el mar y hacerlo nuestro, hacerlo ibérico y llevarlo, por la ruta del sol, hacia aquella vertiente atlántica, dejándolo camino de América, como un emigrante generoso.

CARTAGENA, AL VUELO

En el Ayuntamiento de Cartagena, en el antedespacho del señor Alcalde, hay un gran plano fotográfico de la ciudad, a vista de avión, en donde se la ve, pequeña y agrupada, queriéndose escapar y crecer por entre esta tenaza de la muralla y del mar, que la aprisiona. Yo lo he podido ver, mientras aguardaba la audiencia del señor Alcalde.

El señor Alcalde de Cartagena se llama don Miguel Hernández, y es uno de los pocos hombres que se encuentra uno por ahí a los que una gran estatura y una recia compleción no estorban para ser inteligentes, amables y en diablada mente activos. Pierde poco tiempo en preámbulos y prolegómenos, fuma tabaco negro liado, gasta gafas y maneja la moderna arma del teléfono con una eficacia apabullante. Es poco amigo de vanidades, y los pequeños halagos que yo le pueda ofrecer con la promesa de mi crónica los abdica pronto, con un cierto aire de sencillez y de estar por encima de las vanaglorias personales. Se ve en segui-

da que es hombre práctico, que gusta acompañarse de realidades y de claridad.

—La vida cartagenera hoy se desenvuelve esencialmente hacia tres direcciones: la moderna industria, el problema antiguo del campo y la resurrección de la minería—me dice.

La vida industrial cartagenera ha adquirido últimamente una gran importancia con la refinería de petróleo de Escombreras, la Empresa Nacional «Bazán» y otras industrias privadas o semiprivadas, dependientes o colaboradoras del Instituto Nacional de Industria, como es la Empresa Nacional de Electricidad, propietaria de la Central Térmica Flotante, primera que funciona en España, instalada en Cartagena, y de la que el cronista espera dar detallada noticia a los lectores de EL ESPAÑOL.

—¿Y los problemas de Cartagena como ciudad?

Don Miguel hace un ademán amplio como adelantándose que el problema urbano de Cartagena es grave y hondo.

—El carácter estatal que debe atribuirse a Cartagena, en razón a la función que desempeñó desde antiguo por su situación estratégica, ha sido el signo característico del desenvolvimiento de su hacienda municipal. Si usted se da una vuelta por la ciudad, podrá observar su crecimiento en núcleos urbanos distanciados del casco antiguo, brotados en forma de cinturón más allá del recinto amurallado de la ciudad, como son Dolores, los barrios de Peral y de la Concepción, San Antonio Abad y Santa Lucía. Las características de estos núcleos urbanos de crecimiento dificultan la labor fiscalizadora municipal y la encarecen en proporción exagerada a su rendimiento. El carácter agrícola de estas Diputaciones de nuestro alrededor, la penuria secular de nuestra agricultura por las constantes sequías y, por tanto, la ruina de los labriegos, plantean un grave problema a la economía municipal. Sin embargo, el abolengo de la ciudad, su historia y las obligaciones emanadas de su condición de plaza militar de primer orden, sede de la Capitanía General del Departamento Marítimo, la fuerzan a mantenerse en un decoro urbanístico que se compadezca con su



¡Ha perdido su rastro!

Aplicuese

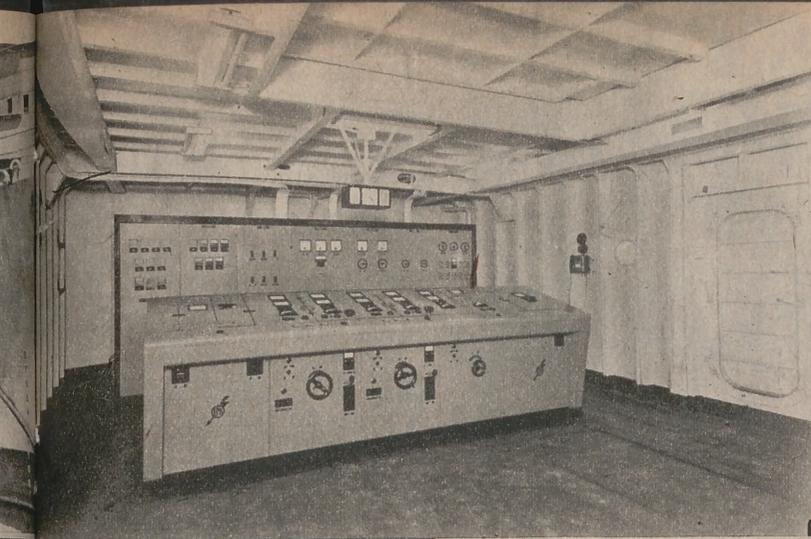
D-ten

el desodorante mágico!
con clorofila



PRECIOS
SÓLIDO EN BARRA 25 PTAS.
LÍQUIDO (FRASCO VAPORIZADOR) 34-95 PTAS.
"PETALOS" 20 PTAS.
RECAMBIO: 17 PTAS. RECAMBIO: 15 PTAS.

Dana
EN EL MUNDO ENTERO



la cabina de mando de la central térmica flotante

categoria castrense e histórica. Ha sido desde siempre éste un problema agobiante, el primero y principal del Ayuntamiento de Cartagena, agravado y agudizado con nuestra guerra, puesto que la ciudad sufrió nuevas devastaciones, llegando a la liberación totalmente arruinada en su industria y en su comercio.

Don Miguel deja vagar por un momento su mirada, ahora un tanto triste, un tanto preocupada, por más allá del gran ventanal del despacho. Me ofrece el segundo cigarrillo del diálogo y, tras una breve pausa, me dice, como resumiendo:

—Ya sabe usted, la guerra... Hubo que restañar las heridas urbanas y normalizar la economía municipal al ritmo marcado por las economías privadas, dominadas, en competencia desigual, por las de otras regiones más afortunadas geográficamente en nuestra guerra y que llegaron al final de ella con industrias y comercios de solidez económica extraordinaria. Pero, a pesar de todas las dificultades, la recuperación municipal ha ido avanzando y en estos momentos presenta un panorama de franco optimismo. La gran empresa de la traída de aguas del Taibilla, que venía a satisfacer una antiquísima ilusión cartagenera obligó al empleo de veintinueve millones de pesetas en gastos para obras en el subsuelo, alcantarillado, conducciones, estación depuradora, etc.

LA «OPERACION CARTAGENA»: 34 MILLONES

—Cartagena tiene ahora unas inmejorables perspectivas para su economía. Si se logra la solución al problema del campo con la concesión de agua procedente de los sobrantes no regulados del río Segura, se creará con la fertilización de los campos cartageneros una riqueza positiva que dejará resueltos todos nuestros problemas

—sigue hablando el Alcalde—; pero estos resultados no pueden ser inmediatos y no hay que contar con ellos, por ahora, para llevar a cabo los planes de urbanización; urbanización urgente, que ha de ser realizada sin otras dilaciones que las insuperables. El Ayuntamiento tiene preparados y confeccionados todos los proyectos de urbanización de la ciudad y sus zonas altas y de ensanche. Estos proyectos, realizables en el

plazo de tres años, comprenden cuanto se precisa para que la población alcance el decoro y la prestancia a que viene obligada.

Don Miguel Hernández habla rápidamente, con precisión y con entusiasmo. Me cita nombres de lugares ciudadanos afectados por la reforma de los proyectos, baraja motes del presupuesto y cifras que su ilusión tiene bien aprendidas y resume:

—En total, unos treinta y cuatro millones. Con esta cifra el problema urbanístico actual de Cartagena quedaría absolutamente resuelto. La operación está estudiada concienzudamente y se están llevando gestiones para el préstamo de esta cantidad, contando con las posibilidades del Ayuntamiento para atender al pago de intereses y plazos de amortización.

La «Operación Cartagena» necesita treinta y cuatro millones. Bonita cifra; pero también bonita ciudad. Las cuatro palabras: treinta y cuatro millones, parece que se quedan flotando en el aire, entre los dcs, imponiendo un breve silencio. A uno, la verdad, le impresionan inevitablemente los números de más de cuatro cifras, como si pertenecieran al mundo maravilloso de lo imposible y de lo mágico, y mucho más cuando se trata de pesetas. Sufro una especie de ataque de evasión, un colapso de realidad, y me doy a imaginar lo que serán treinta y cuatro millones de pesetas en monedas «rubias», alineadas como un ejército, lloviendo sobre un jardín o sobre el paraguas de un avaro, o empleadas en esos cafés deliciosos de la media mañana. Calculando a tres pesetas por término medio de café, treinta y cuatro millones entre tres, a once, y me sobra uno...

La hora del mediodía se nos ha echado encima, y nos ha cogido silenciosos, distraídos. Ahora, el Alcalde habla por teléfono.

—Oye, quiero que atiendas a un periodista de Madrid, de EL ESPAÑOL.

Don Miguel habla de nuevo en el teléfono, y aun realizará otra llamada. Después, se vuelve hacia mí, y me dice:

—Todo resuelto. Puede usted visitar la Central Térmica Flotante. El ingeniero don José María Artal le acompañará a bordo. Si quiere usted enterarse del problema del campo de Cartagena y de

Obras para la toma de fluido eléctrico desde tierra

nuestros proyectos para su riego, nadie mejor para informarle que don Joaquín Navarro. Y para detallarle todo lo referente a este nuevo auge minero de la sierra de Cartagena le he concertado una entrevista con don Francisco Celdrán, propietario de la Minera Celdrán, S. A. Tres buenos informadores, se lo aseguro, y tres personas encantadoras.

Con la primera chupada al último cigarrillo de la conversación, don Miguel Hernández, Alcalde de Cartagena, me tiende la mano y me despide.

Alcaldes así, da gusto, pienso. Y aun antes de comer, deambulo un rato por las calles de Cartagena, que ahora me parece una ciudad más mía, más entrañable, más cercana, como quien está ya en alguno de sus secretos.

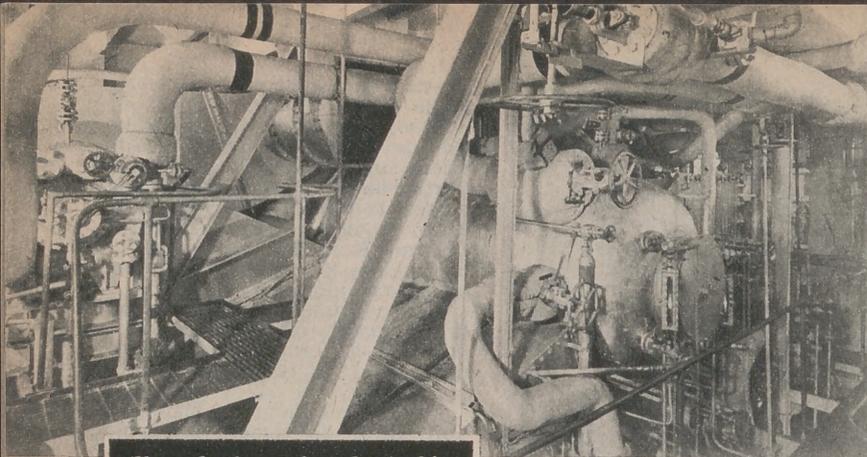
A BORDO DE «NUESTRA SEÑORA DE LA LUZ»

Don José María Artal, ingeniero delegado de la Empresa Nacional de Electricidad, propietaria de la Central Térmica Flotante recién llegada a España, me espera sin duda. No es tan fácil llegar hasta donde la Central Térmica está anclada, porque aquellos terrenos pertenecen al Arsenal y para entrar a ellos se necesitan permisos especiales. Una sucesión de conserjerías civiles y de centinelas militares salpican el camino. Cuando digo mi nombre y me franquean la entrada, me siento, irremediadamente, un poco importante. Perdón.

Para los ojos de un profano, como lo soy yo, «Nuestra Señora de la Luz», por fuera y desde tierra, es un barco cualquiera; la verdad es que yo gozo de pobre experiencia de barcos y de ninguna experiencia en centrales térmicas flotantes; pero me había imaginado de otra manera una central flotante; tanto es así que pasc de largo y he de desandar, después, el camino. Por fin, a bordo.

Dentro del barco hace calor y un poco de agobio. Por lo menos para mí, que me sobrecogen las





Una de las salas de turbinas y calderas de la central térmica flotante

maquinarias complicadas, las tuberías laberínticas, las calderas y los controles eléctricos, los vapores, los cables, los transformadores, e incluso un poco los barcos. En realidad, me sobrecoge algo lo desconocido, aunque esto no me priva de un cierto gusto por la aventura y de darme el lujo de vivir sin previsión alguna, un poco a lo que salga, a lo que Dios quiera depararme, bueno o malo.

Pero la cosa es que ya estoy a bordo del «Nuestra Señora de la Luz» (o de la «Nuestra Señora de la Luz», pues creo que es una antigua corbeta, y se deberá nombrar en femenino), y al habla con don José María Artal.

Don José María Artal es alto, extremadamente flaco, como si hubiera nacido para moverse por entre aquel recinto estrecho de la Central, entrecruzado de pasillos difíciles y angostos, como atajos de serranía, bordeados por las lomas de las calderas y el bosque de los turboalternadores. El me guía de popa a proa, y me muestra y me ilustra sobre cada una de las dependencias de la Central. Nos acompaña el señor Chávarri, Perito Industrial Jefe de la Central Térmica, muy joven, muy serio, muy callado, pero que, de vez en cuando, ofrece tabaco.

La Central se divide en dos partes, por lo pronto, en dos mitades. La una, con las dependencias para el personal que trabaja en ella y que tiene cocina, comedor y ca-

marotes con las literas donde duermen los obreros. La otra, donde se encuentran las instalaciones propias de la Central. Por aquel laberinto de pasillos estrechos y escaleras difíciles, es imposible tomar una nota, y el señor Artal, que tiene en la punta de los dedos todo un incalculable secreto de cifras y rara nomenclatura, habla de prisa, señala maquinarias, hace referencias a cosas que me suenan vagamente a lejanos estudios y olvidadas lecturas, quizá dando por supuesto, amablemente, mi elemental conocimiento del idioma técnico. Dios le pague la gentileza y la buena intención, y menos mal que a mí me dió buena memoria.

—Es esta la primera Central Térmica Flotante que funciona en España. Ha sido traída por la Empresa Nacional de Electricidad, S. A., dependiente del Instituto Nacional de Industria. Está construída en una antigua corbeta, de mil doscientas toneladas, que tiene setenta y dos metros de eslora, once de manga y seis y medio de puntal. Como habrá usted visto, se llama «Nuestra Señora de la Luz».

—Nombre obligado, claro... Es bonito nombre para un barco en donde se ha metido una Central Térmica...

—Sí. Está construída en Bélgica. En realidad la Central no es de gran potencia. Tengo entendido que se tiene el propósito de traer a Cartagena otra Central Térmica gigante que casi excederá veintiseis veces en potencia a ésta. La im-

portancia de la Central «Nuestra Señora de la Luz» consiste en que funciona con fuel-oil (lo escribo así porque me figura que eso debe ser algo así como el hermano pequeño del gas-oil), que como usted sabe se obtiene de la refinación del petróleo, pudiéndose aprovechar por tanto la producción de la cercana refinería de Escombreras.

Don José María Artal me muestra la tubería de toma del fuel-oil, antes de pasar a

las salas de calderas y turbinas.

La Central posee dos turboalternadores de 4.600 Kv. y dos calderas de 28.000 kg. de vapor hora, a 30 Kg. y 400 grados. La corriente eléctrica producida en la Central es de 2.800 v., y sin salir del barco, en la misma Central Flotante queda transformada en 5.000 v. Más tarde pasa a la subestación terrestre y de allí es llevada a las instalaciones de la Hidroeléctrica Española, donde es elevada a la tensión de 60.000 v.

Esto, dicho así, parece tan sencillo, mucho más para los que estén en el secreto. Pero entre el sofoco del ambiente de las salas de calderas y de turbinas, y el vago temor de saberse rodeado de una especie de nacimiento eléctrico, de un parto continuo e invisible de ese espíritu prodigioso que es la electricidad, sin ni siquiera un lápiz y un papel en las manos para dejar asidas las cifras que se me amontonan en la cabeza y revolotean en ella, queriéndose escapar a cada instante de la memoria, sin un dato humano, sin un objeto cercano y humanizado donde pegarlas, es un verdadero galimatías. Don José María Artal me mira, alguna vez, mientras habla y habla, y yo he de poner esa cara especial, como de palo, como de indiferente atención, que tengo reservada para jugar al póker y para cuando me hablan de kilovatios. Pienso por un momento en la Central gigante, veinte veces más potente que esta misma, y me convengo una vez más de que moriré sin entender dos secretos: esa cosa que llaman crítica de arte y el insondable mundo de la técnica.

Ya en tierra, se siente uno más seguro, liberado de aquel vago temor de que aquellas calderas y aquellos turboalternadores, donde se gestaba la electricidad nos gastaran la pesada broma del estallido; aparte de que siempre que entro en un barco espero, no sé por qué, oír en cualquier momento el grito espoleante: ¡Sálvese quien pueda!

ATARDECER EN LA CIUDAD

Al atardecer se levanta la brisa y viene del mar a la ciudad, como los marineros después de la revista. Las calles del paseo y los bares y las tascas del buen vino se llenan de uniformes azules y gorras galoneadas de letras doradas que componen nombres ius-tres y famosos. La marinería pasea, y bebe, y canta, y chiclea a las muchachas, y se va, al caer de la noche, dejando las calles como sordas, como deshabitadas, casi a punto de dormirse.

El cronista aun pasea un buen rato y un buen trecho, porque es noctívago de solemnidad, y el paseo, de noche, con alguna ausencia al lado, es poético y conmovedor. Y además el mar está cerca, y está cerca también el regreso a tierra adentro. Todavía el cronista quedará en Cartagena el tiempo suficiente para dar otras noticias de ella a sus posibles y todavía amables lectores, y para subir a la sierra minera, y para oír alguna «cartagenera» melancólica, al filo ya del amanecer. Pero todas estas cosas y algunas más, ya no son para hoy. El cronista se despide hasta su nueva crónica, no sin saludar cordialmente a quienes le estén escuchando.

Casi sin darse cuenta...

será un experto en

CONTABILIDAD
(Teneduría de Libros)

*
CALCULO MERCANTIL
REDACCION

TAQUIGRAFIA * ADMINISTRADOR
MECANOGRAFIA * CORRESPONSAL

PIDA FOLLETO GRATIS A

Centro
de
Cultura

por
Correspondencia





Arriba: Una escena del último atentado contra el Sultán Ben Arafa.— Abajo: Francis Lacoste, nuevo Residente General en el Marruecos Francés

«EN Casablanca, un mejazni herido por tres balas.» «Atentado en Kemiset: un comerciante marroquí muerto en el mercado.» «Un maestro marroquí gravemente herido en Rabat.» «Tentativa de sabotaje en el puerto de Casablanca; se descubren bombas incendiarias en la bodega de un mercante francés.» «Estalla una bomba en Marraquech durante la visita de despedida del general Guillaume. Hay cuarenta heridos.» «Cinco atentados terroristas en Casa-

blanca en media hora.» «Dos bombas en el monumento al mariscal Lyautey en Casablanca.» «Un desconocido descarga su pistola contra el público en un bar de Casablanca.» «Nueve terroristas condenados a muerte.» «Nuevas víctimas del terrorismo.»

Cuando las noticias referentes a un determinado país se encabezan en la Prensa con titulares de este estilo, es indiscutible que ese país vive en un auténtico clima de terror. Las frases entrecuilladas son, efectivamente, titulares de periódicos franceses no sensacionalistas ni derrotistas, sino simplemente informativos. Tampoco son seleccionadas; cualquier día que se lea un periódico francés se encontrarán noticias similares. Puede variar el número de los atentados; los muertos y heridos; si éstos lo fueron por bomba, bala o puñal; si cayeron marroquíes o franceses; si tuvieron lugar en Rabat o en Casablanca, o en Marraquech o en cualquier otra ciudad del imperio. Pero lo esencial, lo definitivo, es invariable: el terror. De vez en cuando, uno de esos periódicos se dedica a la macabra

CLIMA DE TERROR EN MARRUECOS FRANCÉS

PARIS NOMBRA NUEVO RESIDENTE, PERO NO RETIRA AL ANTIGUO

tarea de hacer recuento de resultados; el total, invariablemente, tiene aspecto de suma y sigue... No hace muchos días, «Carrefour» hacía sus cuentas: entre el 23 de abril de 1953 y el 30 de abril de 1954, 213 atentados, 80 muertos, 176 heridos graves.

Posiblemente a estas horas ningún francés, incluido el Gobierno y los que se esfuerzan en achacar a los comunistas todos los atentados, cree honradamente que un pueblo se lía a la cabeza la manta del terrorismo y se dedica a matar colonos franceses y marroquíes «colaboracionistas» solamente porque sí, porque le parece bien o porque esta actividad es una nueva fórmula de distraer el ocio. Es tan evidente la causa primaria del movimiento terrorista, que para cualquier francés sería delito de lesa imbecilidad querer ignorarla; y tan evidente o más es la razón del recrudecimiento de los atentados. Esto mejor que nadie lo sabe el general Guillaume, ese «hacedor de sultanes», supremo artífice de una represión violenta que ha dado dos resultados: llenar las cárceles y aumentar el

terrorismo. Con lo cual la situación ha pasado en los últimos meses de ser mala a ser peor.

EL MEDIO MUTIS DEL GENERAL GUILLAUME

No sé cómo se llamará en la terminología teatral o si incluso tendrá alguna denominación la acción de un actor—figurémonos que representa el papel de malo—que en un momento dado debe retirarse de la escena por necesidad del desarrollo de la obra, pero que en vez de marcharse por las buenas, de hacer un mutis completo, se queda—medio cuerpo dentro, medio cuerpo fuera—en esa puerta del foro por donde siempre salen los malos. Sería conveniente saber ese término teatral para poder explicar concisamente lo que acaba de hacer el Gobierno francés con el general Guillaume en la escena—auténtico drama—marroquí.

El general Agustín Guillaume se ha ganado de punta a cabo la enemistad profunda del pueblo marroquí. Aunque el general, en funciones de residente, no fuera más que el ejecutor de las órdenes de París, se le tiene que recordar como el hombre que depuso al Sultán legítimo, que armó a los bereberes—luego hablaremos de las fuerzas «supletorias»—contra sus hermanos y que hizo desaparecer las garantías personales de los marroquíes. Últimamente su situación como residente de Francia en Marruecos no era precisamente agradable. «Maroc Press» nos la explica muy bien: «Supeditado a ciertas influencias subalternas, sometido a consignas formales sobre puntos de detalle, pero privado de directrices generales, el residente,

temiendo comprometer al poder central, se mantenía en la más estricta disciplina de un ejecutante que no recibe órdenes. Al inhibirse de toda iniciativa política, se hallaba reducido a las medidas de policía y a recursos espectaculares y de doble filo que agravaba la tensión de los espíritus.»

La retirada de Guillaume de la Residencia hace mucho tiempo que era para Francia una medida de absoluta necesidad. Y al final, Francia lo ha retirado. Bueno, ha sucedido eso del medio mutis de que hablamos más arriba. Guillaume, el autor visible de la tensión marroquí, ha dejado la Residencia en lo que se refiere a desalojar el palacio residencial, recibir visitas protocolarias, colocar primeras piedras, firmar, visitar a sus amigos Mula y Arafá y El Glaui como representante de Francia y otras cuantas cosas más. (Claro está que la misión del residente francés en Marruecos tiene funciones de muchísima más altura en el campo político, en el social, en el humano. Pero Francia ha demostrado en los últimos largos meses que se ha olvidado de estas funciones, y al no existir, Guillaume no las puede, lógicamente, abandonar.) Ha dejado todas esas cosas a favor del nuevo residente, pero conserva, o le han hecho conservar, la actividad más descolante de su misión desde que en un agosto de triste recordación para los marroquíes privó al Imperio de su legítimo Sultán. A esta actividad se le denomina represión (los marroquíes emplean vocablos más duros), y aunque el Gobierno de

París no haya empleado tal palabra al asignar nuevo empleo al residente retirado, la ha incluido al disponer que Guillaume continúe en sus funciones de inspector general de las fuerzas francesas en África del Norte.

Marruecos francés cuenta ya con un residente civil, un diplomático, según querían muchos; pero sigue en escena, en medio mutis, el general Guillaume.

LOS MARROQUIES QUIEREN A SU LEGÍTIMO SULTÁN

Un cambio de residente no puede resolver los problemas del Marruecos francés. Si tuviéramos que condensar en una sola frase el comentario unánime de los marroquíes y de los observadores extranjeros de buena fe sobre el último aconteci-

miento marroquí, tendríamos que utilizar la que encabeza este párrafo. Esto lo sabe hasta el propio residente recién estrenado. Lo deseable es que también sepa lo que ha de hacer para resolverlo y que quiera y que le dejen hacerlo. El Istiqlal, por su parte, ha hecho saber al Gobierno francés los puntos que considera imprescindibles para que los problemas políticos, económicos y sociales de Marruecos, y el terrorismo en primer lugar, puedan empezar a tener solución. El Istiqlal pide la libertad de los prisioneros políticos y garantías contra las detenciones arbitrarias; el destierro de Boniface (a quien acusa de haber tenido participación muy activa en la deposición del Sultán) y la destitución de Vellelet, director del Interior; que el nuevo residente esté dispuesto a romper con la política dura del mariscal Juin y de su discípulo Guillaume; la abdicación de Mula y Arafá; plebiscito para la designación de nuevo Sultán; declaración de Francia garantizando la independencia de Marruecos; reconocimiento del Istiqlal y de los movimientos políticos análogos, y que Francia atienda los consejos del Sultán Muley Yusef sobre la implantación de las reformas.

El nuevo residente, Francisco Lacoste, tiene ante sí de todas formas una tarea abrumadora y nada grata. En su primera declaración a la Prensa desde su nuevo cargo habló de sus planes de trabajo: «Al asumir esta tarea tan difícil e incluso tan grave en ciertos aspectos, pero tan hermosa, mi pensamiento se dirige primero a la fuente de inspiración de la gran obra realizada por Francia en Marruecos: el mariscal Lyautey. Volver a encontrar en medio de las dificultades de las horas presentes la luz de su fe, el calor de su amor, el sentido de su mensaje, adaptar este último a las necesidades de la situación actual, prever y preparar el porvenir próximo en el espíritu de su doctrina, tal será el objeto de mis esfuerzos.»

Puede ser que los ánimos personales de Lacoste sean grandes y su intención recta y leal, y esté dispuesto a considerar que en Marruecos también viven y representan algo los marroquíes; pero todo esto no basta para que su trabajo sea realmente fructífero. Porque el residente ha de desarrollar las instrucciones que le lleguen de París, y éstas dependen, como toda la política francesa, de una serie de factores que las hacen imprevisibles. Inestabilidad de los Gobiernos, maniobras parlamentarias, mayor o menor influencia de un determinado grupo político; todo esto puede hacer fracasar los buenos deseos de monsieur Lacoste.

En general, el nuevo residente no ha sido acogido muy mal en Marruecos, pero... «Francia acaba de destituir al hombre que ha agravado la tensión—dice un comunicado de elementos nacionalistas—, sustituyéndole por un hombre conocido por sus ideas liberales: Lacoste. Es posible que el pueblo marroquí reaccione favorablemente ante este cambio, pero espera que el nuevo residente dará las instrucciones necesarias con el fin de suprimir

NUEVO en ESPAÑA

YA ESTAN A LA VENTA LAS FAMOSAS HOJAS de AFEITAR

KRON-VEST

4 creaciones de prestigio universal 4

GRAN MOGOL

JAGUAR



EMBAJADOR

CANCELLER

Participe en el sencillo concurso mensual de hojas de afeitar KRON-VEST y fácilmente podrá ser poseedor de un magnífico reloj todo de oro macizo marca WALTER-ROVER, que figura entre los mejores del mundo. Por cada paquete de diez hojas de cualquier clase KRON-VEST, recibirá un folleto participación concurso. Solicítelo a su proveedor.



las verdaderas causas de esta tensión. El pueblo marroquí sigue dispuesto a cooperar en toda política que respete su soberanía nacional y sus derechos legítimos. Está convencido de que tan sólo el restablecimiento del Sultán Mohammed Ben Yusef, la liberación de los prisioneros políticos y el restablecimiento de las libertades privadas y públicas, y unas negociaciones inmediatas con sus verdaderos representantes traerán la paz y el retorno de la vida normal en Marruecos.»

LACOSTE, RESIDENTE POR CASUALIDAD

Francisco Lacoste, ministro plenipotenciario, residente general de Francia en Marruecos, no es un desconocido para los marroquíes ni desconoce los problemas del Protectorado. De 1947 a 1950 ocupó el cargo de delegado de la Residencia general, el segundo puesto de la administración francesa en Marruecos, demostrando en sus actividades su raíz diplomática.

Los principales datos de su ficha personal son los siguientes: Nació en 1909. Inició sus triunfos profesionales como alumno de la escuela de ciencias políticas y en 1929 desempeñó su primer cargo diplomático como agregado de Embajada. En 1930 formó parte de la Delegación francesa en la conferencia financiera de las seis potencias, en Londres. Después fué destinado a Belgrado y más tarde a Pekín. En 1938 le fué concedida la cruz de caballero de la Legión de Honor.

Después de la guerra el restablecimiento de las relaciones diplomáticas le dió oportunidad de hacer brillar sus cualidades de mediador. Ascendido a consejero de Embajada, estuvo destinado en Washington. En 1948, estando ya en Marruecos, fué nombrado ministro plenipotenciario, categoría diplomática que disfruta en la actualidad.

En 1950 participó en la Delegación francesa en las Naciones Unidas. En 1953 fué reincorpora-

In tranquilidad, miedo, terror y desconfianza es el clima del Marrueco Francés.

do a la administración central. Ultimamente, como colaborador próximo de Bidault actuó en las negociaciones preparatorias de la conferencia de Ginebra.

Estos son los principales datos profesionales del hombre que París ha colocado en Rabat. Pero lo ha colocado algo así como por compromiso, porque su nombramiento ha tenido mucho de maniobra partidista y muy poco de decisión unánime del Gobierno de enviar al escollo de Marruecos a una personalidad concreta capaz de enderezar todo lo que se ha torcido. Parece ser que Lacoste estaba destinado a desempeñar el cargo de alto comisario civil adjunto al residente general, pero al no ponerse de acuerdo el Gobierno, los partidos y otros interesados sobre el hombre a quien hacer residente, tuvieron que recurrir al diplomático. Esto desde luego es como para quitar un tanto de moral al interesado. Y más conociendo los esfuerzos de Laniel para que fuera destinado su candidato particular, el socialista Marcel Edmond Naegelen. Precisamente por socialista perdió el puesto Naegelen, un puesto que, por otro lado, no es muy apetitoso en las circunstancias actuales. A Naegelen le dijo su partido que no estaba muy bien que asumiera unas funciones de confianza del Gobierno al que no pertenecen los socialistas. ¿Cuál iba a ser su posición cuando el Gobierno, del que iba a depender directamente, se viera atacado en el Parlamento por su propio partido, en asuntos quizá relacionados con su misión en Marruecos? Ante esto Naegelen dijo a Laniel que no, y al día siguiente París anunciaba el nombramiento de Lacoste. Un procedimiento para nombrar residente que puede ser muy democrático pero que también es, al menos para el espectador simple, muy poco serio.



El general Guillaume, que ha sido relevado de su cargo de Residente General, cuando sigue en Marruecos por decisión París

TROPAS «SUPLETORIAS» Y DETENCIONES EN MASA

Cuando Lacoste se asome a las calles de Rabat verá por todos lados «recordatorios Gillaumen». Estos recordatorios son bereberes uniformados cada cual como Ala les da a entender y armados de todas armas que se conocen oficialmente por el pimpante título de «tropas supletorias». Son las fuerzas especiales de represión del terrorismo que se han lleva-



Un documento histórico. El general Guillaume y el antiguo Sultán Ben Yuseff, durante una recepción en el palacio imperial de Rabat

do a las ciudades para auxiliar a la Policía en las tareas de mantenimiento del orden. De hecho estas tropas han conseguido aumentar el disgusto de los marroquíes y provocar una serie de incidentes generalmente graves.

Los testimonios marroquíes señalan que las fuerzas supletorias se distinguen especialmente por su habilidad en el disparo a bulto y en la técnica de las detenciones en masa. La abundancia de fuerzas permite también hacer gigantescas redadas. A últimos de abril, en Casablanca, la Po-

licía y los «supletorios» cercaron totalmente un barrio, el Yedid, sin dejar entrar o salir a nadie de él y registraron sistemáticamente todos sus rincones. Con todo ello las detenciones aumentan en forma alarmante y según noticias coincidentes de diversos puntos del Protectorado sólo se procesa a aquellos cuyos nombres han salido a la luz pública por su notoriedad política o religiosa o por tratarse de cabecillas, mientras que el resto de los detenidos se amontonan en las cárceles o es empleado en trabajos forzados sin haber sido juzgados.

Las detenciones no se efectúan solamente sobre las pistas de presuntos terroristas, sino de simpatizantes nacionalistas. No son sólo extremistas peligrosos los confinados en las cárceles. Más de tres mil notables marroquíes se encuentran presos en la actualidad y pasan de docenas las personalidades deportadas por las autoridades francesas. Entre estos figuras Muley Othman el Alauí, primo del Sultán y antiguo jalifa en Fez; Muley Hassan El Alauí, yerno de Mohamed V y antiguo montassed de Mequinez; el cheik Mohamed Ben Larbi Alauí, ex ministro de Justicia; un antiguo juez del Alto Tribunal de Fez; profesores del Liceo de Rabat, del Instituto de Altos Estudios Marroquíes, de la Universidad de Karauiyina; jueces, directores de escuelas, ulemas, periodistas, comerciantes...

Mientras tanto, el terrorismo crece sin que el aumento de fuerzas de seguridad puedan domi-

narlo. Un día es el disparo a bocajarro en plena calle; otro es la agresión en las carreteras por individuos emboscados; otro, es la bomba que explota entre la multitud en cualquier ciudad; otro, la botella de gasolina que incendia la casa de algún marroquí francófilo o de algún francés. Porque hasta ahora los atentados parecían estar limitados a los nativos «colaboracionistas», pero últimamente se dirigen también contra los franceses de todas clases.

Otras veces la acción terrorista persigue objetivos determinados. Tal es, por ejemplo, la lucha contra el tabaco y contra las chilabas de las mujeres.

NO FUMAR, PELIGRO DE MUERTE

Fumar puede ser muy peligroso, pero no por ese presunto peligro de cáncer y otras

cosas con las que los no fumadores pretenden asustar a los que lo son. Es peligroso si usted es marroquí y vive en la zona francesa del Protectorado. Los terroristas han adoptado medidas para impedir fumar que son indudablemente más activas que las recomendaciones de los higienistas. Las medidas van desde el tiro en el vientre a la paliza, pasando por la expeditiva advertencia de arrojar gasolina al rostro del fumador con la «sana» intención de que la inflame la lumbre del cigarrillo con las consecuencias que son fáciles de prever. Todo esto responde a un plan establecido: el boicot a la Compañía Francesa de Tabacos, a quien acusan de haber apoyado financieramente a las autoridades francesas.

Con la campaña antibaquista han conseguido el cierre de la casi totalidad de los estancos en las ciudades del Protectorado. Agentes terroristas se ocuparon de visitar uno por uno a todos los estancos, ordenando a sus propietarios el cierre inmediato bajo amenaza de muerte. Como la vocación mercantil no requiere valor en grado heroico, los estancieros de Casablanca, de Rabat, de Fez, de Mequinez, quitaron de las muestras de sus tiendas los escudos de la Compañía de tabacos y se dedicaron a vender mercancías menos inflamables. Y los consumidores se dieron cuenta de que la pequeña satisfacción del cigarrillo fumado en lugar público no existe cuando pesa la amenaza de un tiro o una cuchillada.

Las mujeres musulmanas han visto influida la moda por la exigencia del terrorismo. Por las calles de las ciudades marroquíes se veían con bastante frecuencia moras vestidas con chilabas que se apartaban mucho de los voluminosos jaiques tradicionales. A esto los terroristas dijeron que no y las amenazas a las continuaciones han hecho posible un ligero retroceso en la moda femenina.

Los tribunales juzgan constantemente casos de violación de las libertades individuales, en que incurren los que obligan a no fumar a los hombres y a vestir jaique a las mujeres.

El nuevo residente, pues, va a iniciar sus gestiones en un clima de intranquilidad, de miedo, de desconfianza, de terror. Quizá los marroquíes le concedan un margen de espera hasta ver cómo se desarrollan sus actividades. Pero todos saben que el hecho de que el despacho oficial de la Residencia lo ocupe una persona nueva no significa que el estado de cosas, los errores, los golpes de fuerza, que han sumido a Marruecos francés en la difícil situación en que se encuentran desaparecerán por sí solos. Ni la voluntad, el deseo de resolver un problema, es tampoco nada si no está acompañado por la ejecución de las medidas que pueden resolverlo.

Y mientras, en la lejana Madagascar, el Sultán legítimo de Marruecos, Mohamed Ben Yusef, depuesto por Francia, consume sus horas de desterrado.

Manuel MORENO ROMAN

27
VUELOS

PAA



SEMANALES
A
AMERICA

TODO UN HOMBRE

Por PABLO, obispo de Sigüenza

SE acerca la fiesta de San Juan Bautista, una de las figuras más preeminentes que enlazan el Antiguo con el Nuevo Testamento.

Su recuerdo me trae a la memoria dos preguntas del Evangelio que son dos auténticos panegíricos, con nobleza, sin doblez ni adulación.

—¿Quién eres tú?... ¿Eres Tú?...

Dos preguntas que son dos lecciones, la síntesis de dos grandes personajes de la Historia, el símbolo de dos caracteres firmes e insobornables para esta nuestra sociedad, falta de caracteres y de hombres.

JUAN EL BAPTISTA Y JESUCRISTO

La primera pregunta es el diálogo del Bautista con los judíos: «¿Quién eres tú?» El Bautista se humilla y señala al Cristo que va a venir: «Está en medio de vosotros y no le conocéis.»

La segunda pregunta se la hacen a Jesús los enviados de Juan Bautista, que se halla en la cárcel: «¿Eres Tú?»... Y contesta con la gran prueba de su divinidad: los milagros.

I

¿QUIEN ERES TU?...

La lección es clara: frente a la insolencia y el orgullo impertinente, una dosis de humildad. El triunfo de lo exacto sobre lo vacilante, de la esencia sobre la apariencia: «En medio de vosotros está el Cristo y no le conocéis.»

¿Conoces, lector amigo, al Cristo? ¿Dices que sí? Sí y no, te diría yo. Cuando murmuras y maldices de tu suerte... no conoces al Cristo, porque no llegas a entender que su castigo o prueba es educación para el cielo. Cuando miras con envidia a los demás porque les va mejor... demuestras no conocer al Cristo, porque si le conocieras no mirarías a la derecha ni a la izquierda, sino hacia adelante, a tu eterno destino, sabiendo que Dios niega a muchos la felicidad de aquí abajo para hacerlos felices arriba.

Cuando vives en tibieza y olvido de las cosas de tu alma y enfrascado en los negocios temporales no conoces al Cristo, pues de conocerlo te inflamarías un poco más en celo por su causa.

Cuando te das al placer vil y a tus pasiones sin domar, no conoces al Cristo ni la satisfacción que hay en poseerse a sí mismo.

¿Cómo puedes conocer a Dios? No tanto por medio de la especulación, con la que inútilmente buscarás su esencia, como acaeció a Agustín en la ribera del mar. El pequeño entendimiento humano, como obra de Dios, no puede ser tan grande como Dios.

No tanto oyendo sólo la palabra divina, que tal vez escuchas solamente con el intelecto y no con el corazón... Solamente en la oración y en el buen obrar encontrarás al Cristo. Junta humildemente las manos como un niño y pide a Dios su gracia y con ella nueva vida inundará tu alma. Por eso en la oración litúrgica repite la Iglesia: «Presta, Señor, tu oído a nuestras plegarias y con la gracia de tu visita ilumina las tinieblas de nuestra alma»...

Hay un tono de insolencia en la pregunta dominante de los fariseos: «¿Quién eres tú?» Debieran haberse presentado diciendo primero quiénes eran ellos. No eran sencillos. La arrogancia es siempre repugnante, intemperante, dominadora, déspota. La humildad y sencillez es acogedora, es humana, es contagiosa. El Bautista vale mucho, pero es muy sencillo; en eso muestra que vale tanto. Y como ve voluntades soberbias, crestas altas, falta de sinceridad en la mente y de rectitud en la voluntad... se hace violencia a sí mismo y

responde un «No» escueto. «¿Eres el Cristo?» «No.» «¿Eres Elías?» «No.» «¿Eres profeta?» «No.» «¿Quién eres tú?» «Yo soy una vocecita que grita en el desierto: haced penitencia.»

Los fariseos son ordenancistas, comineros, y no contentos con la respuesta le insisten: «¿Por qué bautizas si eres tan poca cosa como una voz?» Ellos son los que saben, Juan es un ignorante. Ellos son suficientes; Juan, un penitente inculto e insociable. Y, sin embargo, toda la ciencia de la Thora que ellos tienen cabe debajo de la zamarra del Bautista. Andan despistados buscando a Alguien que tienen delante de los ojos. ¿Qué valen todos los montes de ciencia sin un granito de fe? ¡Despistados! ¡Que lo entiendan, lector amigo, tantos hombres eminentes, de carrera, orgullo de su profesión... y que no creen! ¡Despistados! Para llegar al Cristo hay que bajar la cabeza, hay que someterse a la ley, hay que desinfectar el corazón.

La sencillez y humildad no quedan sin recompensa. No tan sólo en el cielo, pero aun en la tierra. Nadie más querido que el Santo, ni más buscado, ni más amado. Viene Jesús y dice: «¿Qué fuisteis a ver en el desierto cuando fuisteis a ver a Juan? ¿Tal vez un profeta? Y más; yo os digo que el mayor de los profetas. ¿Tal vez a Elías? Y más, por su espíritu y virtud. Entre los profetas nacidos en mujer, el mayor es Juan.»

Es verdad, lector amigo: el que se humilla es levantado; el que se ensoberbece y engola es abatido, olvidado, despreciado. Para poseer al Cristo hay que ser niños en el alma, hay que hacer el vacío de la soberbia y el desinflar del «yo». Hay que ir con las fauces abiertas a todo lo sobrenatural y querer ver. Hay que preguntarse a sí mismo en verdad y sencillez: ¿Quién eres tú? Por eso, no somos cada día mejores y más humildes.

II

¿ERES TU?...

Es la pregunta angustiosa de los discípulos: ¿Eres Tú? ¿Nos podemos entregar seguros a Ti? La pregunta que sale de todos nuestros labios

«San Juan», de «El Greco». (Colección Cambó)





«Degollación de San Juan Bautista», de Pedro Orrente. (Museo Provincial de Valencia)

cuando la fe se enlutece: ¿Eres Tú? Cuando se nos clavan las espinas del dolor en las sienas del alma caemos ante el Mártir del Calvario y, besando sus pies, repetimos: ¡¡Eres Tú!!

Y cuando el confort materialista atolondra nuestra alma y de sus tupideces vuelve a surgir la bruma y con la bruma la pregunta: ¿Eres Tú? Siempre debe resonar la misma respuesta ¡¡Eres Tú!! Sí, lector amigo: en la alegría y en el dolor, en la comodidad y en la estrechez es en Cristo en quien debemos adorar, a quien debemos amar, a quien debemos esperar... en la vida y en la muerte.

Hombres torturados por la duda, ansiosos de luz... y que teméis encontrar la luz..., vuestro problema está resuelto hace siglos de una manera definitiva y transparente y para siempre jamás. Desde que respondió Jesús, no hay derecho a tartamudear en la fe.

Emplea una dialéctica contundente, aplastante: la dialéctica de las obras. «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados...» Después de esto no hay que hacer ninguna declaración; no hacen falta comentarios. Y termina Jesús: «Feliz el que no se escandaliza.»

Porque, además de la luz, hacen falta buenos ojos, buena voluntad y querer ver... Muchos no

quieren ver porque tienen miedo a la luz. «Decid esto a Juan Bautista, no para él, porque cree en Mí, el Cordero de Dios que quita el pecado, sino para todos los hombres que vendrán.»

Un Juan (el Evangelista) representa a toda la familia de los hombres al pie de la cruz, cuando Jesús lo confía a su madre María. Otro Juan recoge ahora la inquietud interrogativa de toda la familia de los hombres: «¿Eres Tú el que ha de venir?» Y Jesús la deja fundamentalmente satisfecha.

Cristo pone los milagros como prueba definitiva, pero no le pidáis más de los que El quiera hacer. Querer un sol particular en el firmamento para ti solo... es un egoísmo racionalista excesivo. No tientes a Dios. Si quieres ver, ya tienes luz; limpia los ojos, limpia el corazón, quita taras, desecha prejuicios pasionales y tocarás lo sobrenatural. ¡En el alcázar de la fe no se puede entrar poniendo condiciones, hombre! No pidas tu capillita cuando se te abre el gran templo del Evangelio. Ahí tienes esa masa de pobres, enfermos, rotos, muertos..., magnífica galería de luz y de amor; no seas pedante y pidas milagros nuevos para ti.

Jesús y su Evangelio están dondequiera que haya un dolor que curar, una caricia que hacer, una lágrima que enjugar, una pena que quitar, un problema que resolver. Si tienes esos sentimientos eres de El: ¿Eres tú?

«Los que visten delicadamente están en los palacios.» ¿No veis al Bautista? En la fuente de la fe, amor al pobre, limosna, caridad... ¿Lo oís, hombres egoístas? ¿Eres tú?

Cristo se define por lo pobre; donde no hay eso, no hay Cristo. ¿Eres tú? Y en el agua de la fe, humildad de hinojos para beberla a fauces llenas. Aquí está la dialéctica que no falla: la de las obras. ¿Eres tú?

III

¡FALTAN CARACTERES!

Esto se me ocurre, lector amigo, al contemplar la figura colosal del Bautista en el desierto: ¡Era un carácter!

Y hoy tenemos y padecemos una gran crisis de virilidad: ¡Faltan caracteres!

Se paseaba un día Alfonso Ligorio por la maravillosa playa de Nápoles. Y vió que las olas traían en sus garras de plata caracolillos y algas marinas y las esparcían por las arenas de oro.

Y nuevas olas cogían las algas y los caracolillos y otra vez los lanzaban a los remolinos del mar.

Y así pasaban los días y las noches en los mismos juegos inocentes... ¡Caracolillos! ¡Algas marinas! ¡Que vienen y se van!

Y, en cambio, allá lejos las olas se estrellaban contra los acantilados de la costa. Retrocedían las olas hirvientes y rendidas, y nuevas olas pasaban sobre ellas y con nuevo empuje se lanzaban contra las rocas gigantescas. Y así meses y años. ¡La ola, siempre la ola! ¡Y la roca firme! ¡Siempre firme!

Y Alfonso Ligorio se puso a pensar consigo mismo y decía: «Así es mi alma: como esas algas y esos caracolillos con los cuales juegan las olas del mar. Quiero ser firme y constante en la virtud como aquellas rocas, contra las cuales se estrellan las olas de todas las tempestades...»

¿Qué habéis salido a ver en el desierto? ¿Una caña agitada, llevada y traída por todos los vientos? No. ¿Creéis que el Bautista es una caña ligera y caprichosa, cimbreada por todos los vientos de la vanidad, sensualidad, respeto humano, moda y qué dirán? No.

El Bautista no es caña; es un roble. Al roble no le mueven los vientos, y cuando más, algunas hojas. Para mover al roble hay que pegarle un hachazo, hay que aserrarlo. Al Bautista, mientras no le corten la cabeza de un hachazo, estará firme en su puesto, encarnando la verdad, diciendo la verdad... ¡a quien sea!, aunque sea al gobernador Herodes. Porque es roble y al roble se le mueve tan sólo a hachazos.

¡Qué interesante lección, lector amigo, para todos: para los de arriba y para los de abajo, para los que mandan y para los que obedecemos!

El Bautista es todo un carácter, todo un hombre. Y hoy nos faltan caracteres y nos faltan hombres.

ENTRE SESENTA Y DOS
OBRAS OBTUVO

CARMEN CONDE

EL PREMIO

"ELISENDA DE MONCADA"

POETISA Y NOVELISTA

"Las oscuras raíces" fué escrita en cincuenta y seis horas, inspirada por la fotografía de una habitación en un libro sobre muebles

EL POETA DEBE HACER ASEQUIBLE LO INFINITO

UNA ARREBATADA LEVANTINA



BULEVARES abajo y Ferraz hasta sus últimos tramos, hemos ido en una de estas espléndidas mañanas hasta la casa de Carmen Conde. Es un itinerario simpático que en Princesa establece su cruce. De allí hacia el Sur, el camino lleva a Rosales, al parque: los niños bajan dóciles o revoltosos en busca del recreo, del juego. La dirección Oeste marca señales que por la Moncloa conducen a las aulas, a los laboratorios, al estudio. Y al paso, con su mercancía en medio de las calles, las pescaderías que ofrecen las rosas y los azules brillantes y húmedos; las flores y la estampa de las cestas que regresan del mercado con sus verdes alzando el cuello. Seguramente que un trozo de huerta murciana se reparte a domicilio por aquí, como por tantos otros sitios. Y hay estudiantes, una especie de encrucijada de todas las Américas; libros, cafeterías. Gente sencilla que va a sus cosas de cada día y cierto tono de natural selección y decoro en las casas, en la misma disposición de los visillos o de las macetas.

La casa de Carmen es también, como el barrio, una deliciosa mezcla de sencillez y gracia con un buen gusto natural. Ella misma nos abre la puerta y, pasillo adelante, llegamos a una sala donde hay rosas, cuadros, esculturas. Un ángel de Molina Sánchez mira doradamente desde un rincón a un paisaje de Eduardo Vicenté y una obra de Planes anda vecina de los delicados tomos de Garay. Predominan los artistas murcianos, como era de esperar. Y Gertrudis von le Fort ve todo esto desde el marco de su sencilla fotografía y le debe parecer como un canto de alabanza por las bellezas de la creación.

Carmen Conde casi se asusta ante el triunvirato.

—Parecen ustedes, qué sé yo, algo así como los notarios de la posteridad.

Y hemos de procurar tranquilizarla. Ella también nos tranquiliza del todo; su manera de decir, su simpatía, su hablar de esto y de aquello es natural y fluido. Con unos vasos de buen Jumiella y el grato ambiente del cuarto, estábamos ya poco menos que dispuestos a pasarnos una mañana de esas de excepción en que con una persona inteligente y sugeridora delante, entran ganas de parar el tiempo, de echarle vuelo a las palabras, de tocar los puertos de todas esas naciones o planetas que son la novela, la poesía, la vida, el mar y los pueblos. Cosas sencillas y elemen-

tales y cosas complejas y trascendentes. De todo da gusto hablar y hablar cuando el diálogo se lleva sobre las bien aceitadas ruedas de una sensibilidad como la de esta arrebatada levantina. Pero hay que dejarse Cartagena a un lado y Murcia a otro. Carmen Conde y Salvador Jiménez se dejan llevar demasiado por estos temas, mientras Carlos Luis Álvarez y Margarita Rosel quedan en la crilla. Entonces entra «Osiris», sí, «Osiris» en una encarnación de gato maravilloso. ¡Ah!, y hay que recordar que la conversación es sobre la novela, que acaba de publicar la la Editorial Garbo, y con la que Carmen ha obtenido el Premio «Elisenda de Moncada».



Carmen Conde durante la entrevista que aquí publicamos

UN PREMIO CON NOMBRE DE REINA

Ninguno sabemos quien es Elisenda de Moncada—en esto hay obligación de ser honrados—y nos lo tiene que aclarar la escritora. Así, nos explica que los propietarios de la Editorial son unos románticos enamorados de la Edad Media y que entre sus devociones por aquel tiempo la figura de Elisenda de Moncada acapara todo su entusiasmo. Elisenda fué una Reina de Aragón casada con Jaime II, y al parecer no muy dichosa. Al final de su vida se acogió al monasterio de franciscanos que había fundado con su esposo en Pedralbes y allí vivió hasta su muerte.

ALVAREZ.—A qué clase de obras se destina el premio?

CARMEN.—Su propósito es la edición de novelas extranjeras y españolas actuales en las que se reflejen problemas, actitudes y circunstancias de nuestros tiempos.

MARGARITA.—¿Qué sistema se sigue para su votación?

CARMEN.—La votación. A mi juicio, es el mejor.

ALVAREZ.—¿Cuántas obras han acudido al premio?

CARMEN.—Creo que unas sesenta y dos.

JIMÉNEZ.—Y ¿cuánto tiempo se tardó en escribir «Las oscuras raíces»?

Carmen se sonríe, no sabemos por qué, aunque la explicación viene luego. «Preguntan ustedes mucho». Por fin se decide:

CARMEN.—Bueno, la verdad, cincuenta y seis horas.—Y en seguida nos advierte:—Pero sería mejor que dijeran que en unos días. Luego la gente cree que esto es presunción...

Y la escritora nos explica, luego de pedírselo, el nacimiento de la obra:

CARMEN.—Fue un origen gracioso. El doctor Calandre me había prestado un libro sobre muebles. En él encontré una habitación que me pareció de gran personalidad. Entonces empecé que riéndome imaginar cómo serían los seres que la habitasen. Y me iban apareciendo definidos, claramente. Llegué, sin proponérmelo, a pensar que en aquella casa —la casa que tuviese aquella habitación—tendría que estar habitada por una familia que yo había conocido en mi tierra cuando era joven.

MARGARITA.—¿Crees en la influencia de lo inanimado de los seres?

CARMEN.—Creo sencillamente que el hogar en que vivimos se impregna de nuestra personalidad. Nuestras ideas, como nuestros pensamientos y nuestros sentimientos, gravitan en las casas en que vivimos. Conocí un muchacho paralítico. Toda la vitalidad que le negaban sus miembros era utilizada por su espíritu. Escribía. Tenía dos hermanas y una de ellas le servía de amanuense. Supe después que había muerto. Al poco tiempo me dijo una de sus hermanas que ella también escribía. No me cupo duda de que el espíritu del hermano estaba impregnado en aquellas paredes.

JIMÉNEZ.—¿Dónde se encuentra más, en la poesía o en la novela?

CARMEN.—La poesía me sirve para expresarme yo en mis relaciones con mí misma, en tanto que la novela me sirve para comunicarme con los demás. Carmen Laforet dice que soy más poetisa que novelista, pero poetisa en la novela. En una reciente conferencia dijo Eugenio Montes que en «Las oscuras raíces» había resuelto la difícil antinomia de ser buen poeta y buen novelista al tiempo.

ALVAREZ.—¿A qué le da usted más importancia, al fondo o a la forma?

CARMEN.—La forma tiene una gran importancia pero tiene más el contenido. Si

bien la forma ha de servir al fondo bellamente. Lo verdaderamente importante es la realidad expresada a través de una sensibilidad poética.

MARGARITA.—¿Se considera usted influida por alguien?

CARMEN.—Sí, por Juan Ramón Jiménez; pero no en la forma, sino en el espíritu.

JIMÉNEZ.—¿Muchas obras publicadas?

CARMEN.—He perdido la cuenta. Yo empecé a escribir a los diecisiete años en todos los periódicos de aquella época. Tuve mucha suerte. A mí nadie me conocía ni tampoco era yo una muchacha hermosa, y sin embargo me publicaban lo que enviaba. He escrito cuentos, poemas, versos...

ALVAREZ.—¿Y novelas?

CARMEN.—«Las oscuras raíces» es la tercera publicada como Carmen Conde. Contando las dos que he publicado como Florentina del Mar, es la quinta.

«NO HAY LITERATURA PARA NIÑOS»

MARGARITA.—Como autora de cuentos, ¿cómo juzga el momento actual de la literatura infantil?

CARMEN.—No hay literatura para niños. Hace años hice unos estudios sobre la presencia de los niños en la literatura española y me encontré con que no se había hecho nada para ellos. Después vino una época de hipertrofia de niños. Casi había que desear que apareciera algún Herodes. En definitiva, no se logró el equilibrio ni se ha logrado nada estimable hasta ahora.

ALVAREZ.—El sentimiento maternal ha sido un tema muy tratado por las escritoras...

CARMEN.—Sí, efectivamente. Es que un hijo no es lo mismo para un hombre que para una mujer.

JIMÉNEZ.—La protagonista de «Las oscuras raíces», ¿es un canto al sentimiento maternal?

CARMEN.—La primera protagonista de mi novela es la casa. En ella se fraguan unos amores y está condenada al martirio. Dolores hace que en su vida se dé la maternidad soñada.

ALVAREZ.—¿Cree usted que en literatura hay diferencia en los temas a desarrollar por una mujer con respecto a los del hombre?

CARMEN.—Las diferencias son importantes y peligrosas. La mujer no puede ser igual al hombre. La mujer puede desarrollarlo todo siempre que no se olvide que ambos—el hombre y la mujer—son el todo. Sin embargo, hay zonas que no puede franquear una mujer. A ella le está reservada la interpretación del mundo a través de la mujer. Vamos a manifestarnos como somos. Hace algún tiempo leí un libro de una notable escritora en el que las reacciones de una mujer resultaban tan absurdas, con tanto desconocimiento de cómo somos...

JIMÉNEZ.—Sin embargo, hay hombres que han descrito a la mujer maravillosamente.

CARMEN.—Sí, pero hombres de sensibilidad femenina. Aunque el genio está por encima de todo. El sexo no perjudica a la obra. A Rosalía de Castro no le impe-

El bolso
AMERECO



Ultima novedad norteamericana

AL PRECIO DE:

150⁰⁰ Ptas

AMERECO, S.L.

Av. José Antonio, 55-2.º • Teléf. 31 96 54-MADRID

Pub. Ruescas-Av. José Antonio, 55-MADRID

día su condición de mujer hacer unos versos extraordinarios.

ALVAREZ.—¿Se puede encuadrar su novela dentro de alguna corriente literaria?

CARMEN.—No creo que pertenezca concretamente a ninguna corriente.

MARGARITA.—¿Cómo se podría catalogar o definir su novela?

CARMEN.—Se puede hablar ante ella de novela psicológica. La protagonista tiene el afán de defender el sueño de una vida que no ha sido lograda. No es la vida que vivimos la que quisiéramos vivir. Aunque la que quisiéramos vivir acaso no fuera la nuestra. En realidad, la novela es un canto al amor.

MARGARITA.—¿Cree usted que el sentimiento del amor es fundamental?

CARMEN.—El odio es el amor no logrado.

MARGARITA.—En los personajes de «Las oscuras raíces» hay quizá una vida interior que se presenta y no se manifiesta, ¿no?

CARMEN.—Esa vida interior no está reprimida: está contenida. Soy escritora muy mediterránea. Miró decía que deseaba decir las cosas por insinuación.

JIMENEZ.—¿Cómo juzga el momento actual de la novela?

CARMEN.—Riquísimo. Nunca hubo tantos escritores como ahora. Lo que ocurre es que la novelística actual está buscando otros caminos.

ALVAREZ.—¿Qué escritor le parece que ha influido más en la literatura contemporánea?

CARMEN.—Unamuno, en todo. El pensamiento es hijo suyo, incluso en la novela y en la poesía. Quizá porque nadie como él ha calado tan hondo España. Más que influencia—entendiendo que, como decía Juan Ramón Jiménez, influencia no era contagio—se ha acercado a la conciencia de la juventud actual debido a las circunstancias históricas.

MARGARITA.—En tu obra parece alentar como un extraordinario amor a la naturaleza, una especie de panteísmo...

CARMEN.—Eso dicen. Yo amo extraordinariamente a la naturaleza, pero a través del espíritu. Hay que dejar que la vida entre en los personajes abundantemente. El que no vive no puede escribir. El joven todo lo que escribe pertenece al sueño; después hemos de expresar nuestras propias vivencias y las de los otros. Estoy preparando una novela cuyo personaje principal es la lluvia y sus repercusiones en una conciencia.

ALVAREZ.—¿Su título?

CARMEN.—El título, como decía también Juan Ramón Jiménez, está dentro del libro. Se desarrolla en mi patria chica, Cartagena.

JIMENEZ.—Le han llamado alguna vez la poetisa del mar, ¿verdad?

CARMEN.—Sí. En Italia, Linoello Fiume, en un artículo en el que analizaba mi obra, ha dicho: «Carmen Conde: Dios y el mar.» Es verdaderamente notable lo que ha influido en mí el mar,



En la intimidad de su gabinete la autora de «Las oscuras raíces» comenta su obra ante nuestros colaboradores

quizá porque de chica he vivido siempre de cara a él. La realidad es que sí, me ha impresionado mucho.

MARGARITA.—¿Cree usted en la decadencia del poema en prosa?

CARMEN.—El poema en prosa tuvo su momento cuando se hablaba de deshumanización del arte. Hoy se busca al hombre. Yo he hecho poemas en prosa, pero hace ya mucho tiempo.

ALVAREZ.—¿Cómo ve usted a los personajes de su novela?

CARMEN.—Pedro es el amor por el amor mismo, absolutamente desinteresado. Elisa es una muchacha llena de sensibilidad y acepta el misterio de su vida porque es enormemente soñadora. Lucía, la mujer creyente en el milagro y que recibe este milagro. Lo que se cree firmemente el alma lo alcanza.

ALVAREZ.—Decía usted que Pedro es el amor...

CARMEN.—Sí, el hombre amor. Se da el caso del hombre que ama generosamente a las mujeres, aunque, claro es, tiene sus límites morales, y cuando no los puede sobrepasar suele tener la actuación de su arrebato cósmico.

MARGARITA.—Carmen, ¿cree que la poesía ha de ser necesariamente oscura para ser bella?

CARMEN.—No. El poeta debe hacer asequible lo infinito, aunque, naturalmente, es el lector el que tiene que esforzarse por interpretarle. San Juan de la Cruz es oscuro y no por eso deja de ser bello. Y, sin embargo, Santa Teresa nos describe maravillosamente sus arrebatos y sus transportes. Como dice San Lucas, hay que esforzarse en pasar por la puerta estrecha. Dicen que San Isidoro le dijo a San Leandro que escribiese, y éste se puso una vez al lado del brocal de un pozo y vió que la sogá, de tanto subir y bajar, había dejado señal en la piedra. Entonces pensó que el estudio podría también dejar señal en su pensamiento.

JIMENEZ.—¿Con qué poeta ex-

tranjero se encuentra más afin?

CARMEN.—Con Gertrudis von le Fort.

ALVAREZ.—Usted que tan bien conoce la literatura extranjera, ¿juzga inferiores a nuestros poetas jóvenes?

CARMEN.—Gente de más espíritu que nosotros es difícil hallar. Nos morimos de sobra de espíritu. El desprecio por la muerte nos lleva a despreciar la vida.

ALVAREZ.—Respecto de ello, ¿querría usted señalar cuál debe ser la aspiración de la juventud?

CARMEN.—Esforzarse en que la poesía sea un lujo necesario, no un lujo superfluo. La poesía es necesaria, pero no se cuenta con ella. Debería costearse una editorial de cultura para todos los que tienen algo que decir.

Carmen Conde contesta nuestras preguntas rápidamente, sin titubeos apenas, como los buenos examinandos. Habla de una manera sencilla, abierta para todos, estimulando y enzarzando el diálogo en cada tema, espatando con la naturalidad y la firmeza del gesto el aire de encuesta y creando con su palabra y con sus manos una amable atmósfera de conversación difícil de cortar. Constantemente dice esas cosas sutiles, inasibles, inaprehensibles en las notas o en la memoria de la entrevista y que ahora se resisten a pasar a la rigidez de la letra impresa. La hora es ya abusiva, incluso para esta cordialidad con que Carmen Conde nos ha recibido. Pero todavía le queda tiempo para firmar una simpática y amistosa dedicatoria en la primera página de tres ejemplares de «Las oscuras raíces». A estas alturas del día, los tres, con libros y papeles en las manos, parecemos quizá tres estudiantes retrazados que vuelven de la Universitaria. Y este pensamiento y la prisa nos alegran el paso.

(Fotografías de Mora.)

BERGA Y LAS FIESTAS DE "PATUM"

UNA CIUDAD
QUE PROGRESA SIN
OLVIDAR SUS MAS
RICAS TRADI-
CIONES



EL BERGADAN, UN BUEN APORTE A LA ECONOMIA ESPAÑOLA Y UNA MAGNIFICA RUTA PARA EL TURISMO

CUANDO se aproximan las solemnidades del Corpus Christi, Berga y pueblos aledaños despiden su existencia suave y se disponen a celebrar con bulliciosa alegría las tradicionales fiestas de la «Patum», en las que no cabe buscar modernismo alguno. Sones de atabales y danzas de comparsa son como un fruto folklórico nacido de entre los terruños despanzurrados por las rejas de los ascendientes y defendidos por los bravos montañeses a golpes de tizona contra cualquier sursuncorda que quisiera arrebatárselos o aun sólo marcar sobre ellos el estigma del yugo extranjero.

Las fiestas de la «Patum»—o simplemente «Patum»—conservan el sabor mítico de las tradiciones célticas, superadas por la cultura religiosa del cristianismo medieval. Durante siglos Berga y su comarca—el Bergadán—tuvieron que soportar los vaivenes de una historia que se estaba haciendo sobre las carnes mismas de un pueblo que se estaba formando. Fueron siglos de poca paz y mucha guerra, de esperanza y reconquista; pero menaguados en seguridades de tranquilidad definitiva. Por esto los montañeses del Bergadán tuvieron que esperar que el tiempo devorase los años hasta llegar al de gracia de 1394. Fué entonces cuando se instituyó la «Patum». ¿Cómo nació? ¿Surgió por generación espontánea? ¿Fueron estas fiestas producto de una elaboración burocrática, encamina-

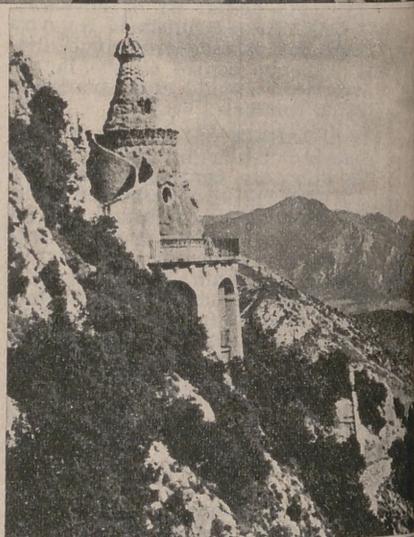
da a acrecer los doblones en las bolsas de los tenderos?

La «Patum» no es una parada ni una revista, es una especie de drama mimico al aire libre, en el que los ingenios de cartón, madera y purpurinas simbolizan unos actores, y el pueblo hace de coro. Sin embargo, para que una ficción de tal clase llegue hasta el alma del pueblo necesita algo más que la fuerza de un decreto. Hay que buscar en la historia misma la atracción espiritual que aglutine a las gentes sencillas en una manifestación de fervor y alegría colectivos y unánimes. Y, además, haga que ni la alegría ni el fervor se entibien al correr de los años.

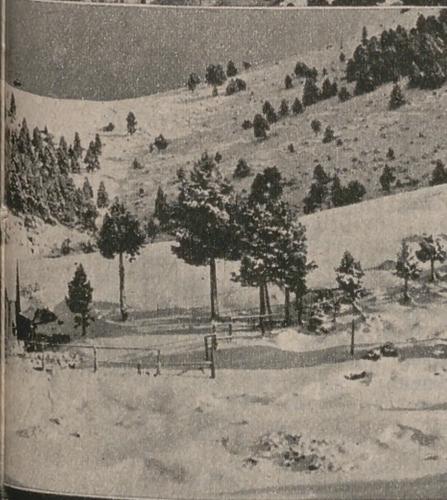
QUERALT, MONTANA SANTA

Sin la historia de Berga la «Patum» carecería de sentido y de sazón sin el fervor cristiano.

La tenaz resistencia que opusieron los bergadanes a la invasión musulmana no respondió sólo al amor a la independencia, sino también a las convicciones religiosas, que no podían permitir fueran pospuestas por aquel deísmo paganzado que predicó Mahoma. Berga tenía ya su Dios verdadero y no quería ni una sombra de sustitución. Los cristianos de la Reconquista soportaron ver arrasados sus hogares; pero no consintieron que el Alcorán se impusiera al Evangelio. La defensa de la Patria y de la Fe era consustancial e in-



Arriba, izquierda: Una escena del «Patum». Tres bellas perspectivas de Berga. Recostada sobre la montaña de Queralt, la milenaria villa de la provincia de Barcelona guarda en su más preciosa herencia el drama mimico de sus viejas fiestas.



divisible. Y con la llegada de los tiempos más felices, el cálculo estratégico dejó paso a la meditación espiritual. Y, también, ¿por qué no?, a la poesía. La maternidad es un bello poema, y Dios quiso embellecerlo aún más eligiendo a una Madre para su Hijo. Y el hombre bergadán intuyó muy pronto esta realidad, que al correr de los siglos cobraría transcendencia... No fué preciso que la Iglesia decretase dogmas para que los bergadanes todos sintieran un profundo amor a la Virgen... Se sabe que a principios del siglo XII la Virgen María recibía culto bajo la advocación de Queralt en la iglesia de San Pedro de Madrona, cuyo edificio subsiste aún y muestra la vetustez de sus muros en una pina ladera de la montaña de Queralt. Desde esta iglesia se atalaya el antiguo castillo—hoy casi desaparecido y sobre cuyas ruinas hanse levantado preciosas villas de veraneo—y buena parte de «El Estrecho».

La montaña de Queralt, cuya tectónica recuerda un poco a la de Montserrat, aunque carece de las típicas agujas montseratinas, es un macizo bastión que protege Berga de los fríos vientos septentrionales. A sus pies se desparra la ciudad, que desde el siglo XII halló en la montaña un símbolo de su fe inquebrantable y empezó a considerarla regío trono para la Virgen. Sin embargo, algo vino a enturbiar la placida veneración mariana. La herejía albigense, que azotaba Francia, cruzó el Pirineo y llegó hasta el Bergadán. Entre los buenos católicos de Berga cundió la alarma y poco después de la batalla de Muret (1213) la imagen de la Virgen fué ocultada temiéndose profanaciones, pues aun cuando la fidelidad mariana mantúvose incólume, también por aquí hubo algún que otro

hijo pródigo que se le torció la mente y el corazón con los vientos de herejía que soplaban del Norte.

Unos setenta años más tarde, un pastor de un manso llamado Vilaformiu, en compañía de otros y según tradición piadosa inspirado por celestial revelación, halló la venerada imagen de la Virgen de Queralt. El alborozo fué grande y se decidió construir una capilla en el mismo lugar del hallazgo.

Desde entonces las peregrinaciones y romerías se han sucedido casi sin interrupción. Aunque fué practicado un atajo desde Berga hasta la cima de Queralt, en la vertiente sur de la montaña, emplearlo, tanto en el ascenso como en el descenso, es más propio de escaladores que de romeros. De ahí que exista otro camino de elección. Sigue la falda norte de Queralt, desde el angosto valle de «El Estrecho». La senda se conoce por «La Obaga» (La Umbria), y ofrece un paisaje típicamente suizo. A pesar de que los últimos trechos de ese camino son de los de agárrate y sopla, todo él se halla limpio de malas hierbas, y no por obra de azada, sino por el continuo roce de las típicas espartañas.

El año 1741 terminaron las obras de la actual iglesia de Queralt, que hoy sirve de santuario a la Virgen, cuya imagen fué restaurada el 1916 con motivo de su coronación canónica. La sugerencia fué debida al padre don Juan Postius y acogida inmediatamente, tanto por los bergadanes como autoridades civiles y eclesiásticas. La coronación celebróse el 3 de septiembre del mismo año, con una misa de pontifical oficiada por el Nuncio de Su Santidad y con la asistencia de altas jerarquías eclesiásticas, civiles y militares, destacándose

la de Su Alteza Real la Infanta Isabel de Borbon.

Durante un mes, la animación que precedió a las fiestas había sido extraordinaria, y Berga bullía de forasteros que realizaron el acontecimiento con su presencia. Y porque la ciudad sabía con qué podía redondearse aquel hecho extraordinario, claro está, hubo la imprescindible «Patum».

Desde entonces la veneración a la Virgen, bajo la advocación de Queralt, ha ido en aumento, como asimismo las peregrinaciones y romerías. Además, el turismo, tanto nacional como extranjero, siempre deseoso de aumentar el acervo de novedades que luego engrosarán el contenido de los recuerdos, acude también a esta montaña santa, quizá porque ya está enterado de que existe, además del atajo de «La Obaga», una carretera fácilmente practicable para motores de más de 11 C. V. fiscales. Junto al santuario se edificó un hotel que hoy puede ofrecer todas las comodidades apetecibles, excepto el acceso a bordo de un funicular aéreo, aun cuando, según noticia —que admitimos con reserva—, existe desde hace tiempo un proyecto para la construcción de tal obra de ingeniería, aunque no es fácil que por ahora se realice. Tal vez resulte mejor. Porque el santuario de Queralt conserva aún el sabor de las cosas antiguas y tradicionales y la devoción a la Virgen no se halla depreciada por la frivolidad de gentes superficiales que no acuden a los lugares santos y típicos como muestra de su fervor religio-

so, sino más bien como un deporte de comodones, que están prestos a escalar cualquier cumbre... a bordo de una cesta metálica.

SANTA MARIA DE QUERALT, «VIRGEN RISUEÑA»

La imagen de la Virgen de Queralt es pequeña y acusa la factura típica del siglo XII; sin embargo, posee características muy peculiares. Las líneas del rostro son delicadas y armoniosas, de una belleza nada común. Además, sorprende la graciosa expresión que supo darle el artesano que talló la imagen, cuya faz sugerente y mística, serena y majestuosa a la vez, se ilumina con una dulce sonrisa, como si en los labios de la Virgen alboroarse quedamente la seguridad de una primavera celestial para quienes se acercan en busca de consuelo, implorando favores o formulando su agradecimiento a la Madre buena, que en una mano sostiene a su Hijo y en la otra una grácil golondrina.

Madre e Hijo sonríen con limpiada ternura, y grande hubo de ser la del desconocido cristiano y artista que talló la imagen con gubia y formón, cuyas incisiones seguramente estuvieron inspiradas por una virtud inefable y supraterránea. Gracias a ello, la imagen de Nuestra Señora de Queralt posee una extremada originalidad que puede enunciarse diciendo de ella, con el mayor respeto, que es la «Virgen risueña».

A partir de este solío pétreo desde el que la

Virgen Maria recibe el continuo homenaje de los bergadanes, y al que tan íntimamente unida se halla la geografía y la historia de Berga, los caminos en dirección Norte acreditan la justeza con que esa ciudad fué bautizada con el nombre de «Puerta difícil». Recordamos que alguien escribió que «Africa empieza en los Pirineos». Nada tenemos que oponer. Lo que sí aseguramos es que los Pirineos empiezan en Berga, y Queralt es la avanzadilla sur del macizo divisorio, desde la que la «Virgen risueña» contempla con su dulce mirar de «Mater amabilis» las fértiles tierras bergadanas y, como una verdadera Madre, vela por ellas y por todos y cada uno de sus hijos. Así han creído siempre los montañeses del país; y debe ser cierto.

MONTAÑAS DE PIEDRA Y AGUAS DE NIEVE

Con la caída de las hojas empieza la caída de las primeras nieves invernales. En Queralt no suele extenderse el blanco sudario, sino cuando el termómetro empieza a marcar sin mucho reparo los diez grados bajo cero. Pero, más allá de la santa montaña, a la otra parte de «El Estrecho», se levanta el tremendo hinchazón geológico de Peguera; y ya desde aquí para el Norte cae la nieve por sus respetos cuando el invierno es de los de eficiencia legal; porque ha habido algunos inviernos de contrabando que sólo han soltado media docena de copos insperantes. Sin embargo, lo normal es que, en estas alturas (hacia los 2.000 metros sobre el nivel del mar), el espesor de la nieve alcance los treinta centímetros. Entre una y otra cadena de montañas suelen extenderse valles y cañadas de extrema fertilidad, pese a su elevación real sobre el nivel marítimo. Gracias a la existencia de esas zonas de cultivo, la economía del Bergadán representa un buen aporte a la nacional. Pero entre uno y otro valle hay que salvar ingentes grumos de geología, que sólo Dios sabe por qué dispuso sirviera de istmo entre España y unos vecinos que no siempre se han portado bien con nosotros. Las carreteras de tercer orden han de zigzaguear por entre barrancas umbrías y simas profundas, buscando el collado menos difícil, ya que no más fácil. Si aquí dispusiéramos del ímpetu industrial de los Estados Unidos, puede que en vez de curvas cerradas, pendientes asesinas de motores y puentes costosos, tuviéramos túneles que ahorrarían kilómetros y acortarian el tiempo. Mas porque hasta ahora hemos sido más poetas que ingenieros, contra esta naturaleza encabritada y gigante, sólo hemos podido oponer el músculo bregado, la escoda recia y la brutal dinamita. Pero también así se abren caminos y de buena gana cambiamos el ahorro de tiempo por la visión de una amplia perspectiva. Los túneles pueden acreditar la audacia de unos ingenieros y ofrecer todas las ventajas económicas que se quieran; pero resultan de una monotonía atroz. Y sería una lástima que en aras a ese mal del siglo que es la velocidad nos metiéramos bajo tierra y no pudiésemos contemplar el agreste y soberbio paisaje del revoltillo pirenaico.

Las montañas de acá son puntiagudas, aristadas, pétreas; agresivas, casi. Quien las contempla por vez primera siente un profundo respeto hacia esas informes esfinges que contemplan imperturbables el rodar de los siglos y de entre cuyas grietas el agua mana en abundancia. Es agua de nieve, que no se pierde en infiltraciones arenosas, sino que se aprovecha toda, porque cuando aflora a la superficie, abre su cauce por entre los terrenos fácilmente cultivables. A veinte minutos de Berga, pasado «El Estrecho», existe la «Fuente negra», cuyas aguas brotan de un ancho boquete con ímpetu de Niágara. Mucho más al Norte, cerca de Castellar de Nuch, las «Fuentes



del Llobregat» nutren al río del mismo nombre, precipitándose desde gran altura en vistosas cascadas que irisan la luz del sol en un technicolor que nada tiene que ver con las martingalas de un laboratorio cinematográfico.

Estas fuentes, que descuellan por su belleza y caudal, deben tenerse en consideración como nota típica del país, y las de menor categoría se hallan profusamente diseminadas. El caminante conocedor de la comarca sabe que, por lo menos a cada media hora, en los parajes umbríos que le pillen de paso, podrá refrescar el gáznate con límpidas aguas de nieve, perfectamente filtradas a lo largo de un tortuoso recorrido subterráneo...

Quienes debieron conocer muy bien esas afloraciones de aguas manantiales fueron los cruzarrayas profesionales, dedicados a negocios poco limpios. De Castellar de Nuch hasta Valcebollere no median más de quince kilómetros, y aunque es preciso salvarlos a lo largo de angostas trochas y senderillos de cabra, cuando lo que se transporta sobre las espaldas es cosa con la que tiene que ver el fisco aduanero, algún que otro descendiente de quienes hostigaron a Abu-el-Affer no se arredró ante los vericuetos del Pirineo y, quizá impelido por el afán de la aventura, echóse el talego al hombro sin parar mientes en que, de ordinario, los oficios menos prosaicos suelen ser los más peligrosos.

EL CONTRABANDISMO, NEGOCIO LIQUIDADO

No debe significar desdoro alguno para la limpia historia de Berga asegurar que aquí hubo mucho trajín de contrabandistas. Sin embargo, es preciso hacer constar que los tales nada tenían de facinerosos. Honradamente creemos que resulta muy natural que en país quebrado y fronterizo haya quien se eche al monte, porque la aventurilla tira hacia ahí y además el espíritu de mercader en algunos puede más que el espíritu cristiano. Tanto más, cuanto que todavía no quedan muy atrás aquellos tiempos ingratos en los que se intentaba burlar —y se conseguía, a veces— rayas simplemente provinciales, jugando al escondite con la Fiscalía de Abastecimientos. Pero pasó lo uno, gracias a Dios; y también lo otro, gracias a nuestros vecinos de allende los Pirineos. Paradójico resulta el hecho de que ciertos afanes «democráticos» acabaran con el ir y venir de los contrabandistas montaraces. Pero es así. Porque cuando los cruzarrayas profesionales se dieron cuenta de que traer perfumes de «Coty» o cubiertas «Michelin», salvando riesgos y collados, hubiera podido confundirse con otras actividades menos tolerables aún, optaron por regresar a sendos hogares seguros de que trabajo honrado no iba a faltarles en esta columna del Bergadán.

Este hecho acredita que los contrabandistas que rondaban por ahí tenían mucho del «honrado» mercader que es discreto en sus trampas hasta el punto que incluso renuncia a ellas si huele de cerca algún tricorno. Otro fuera el cantar en el supuesto que —como quizá podría creer



Danza de los «enanos nuevos»



Gigantes de la «Patum»

alguno— en Berga se hubiese instalado un eficiente cuartel general para el fraude aduanero. Nos creemos en el deber de hacer hincapié en esto, porque Berga no ha sido lo que es Gibraltar. Que de esto bien claro. En el Peñón el contrabando se realiza gracias a una —o varias— organización que actúa al amparo de una bandera —cuyo astado recuerda un poco a los clásicos fémures cruzados de Drake— y que posee la estrategia bien calculada y los medios de los grandes «trusts». Aquí el contrabando tuvo el aspecto de aventura serrana, y aunque en más de una ocasión hubo lugar para correrías nocturnas y persecuciones cinematográficas, la cosa no pasó de ahí. Y en esto quedó, porque, desde hace algún tiempo, el contrabandismo en el alto Bergadán es un negocio completamente liquidado.

LOS «RASOS», PARAISO DEL ESQUIADOR BERGADAN

La vertiente sur de las montañas de Peguera es escabrosa e inescalable en algunos puntos; pero existe una buena senda para llegar a los «Rasos», aunque el camino es de los que exigen buenas piernas y mejores pulmones, porque la geología jamás hubo cata de rasantes humanamente practicables, y es el hombre quien ha de calcular tales cosas. Aún así, los esquiadores del Bergadán no se hacen los remolones para cargar con los trebejos deportivos, y

mientras haya nieve suficiente, hay domingos aprovechados. Al amanecer, se sale de Berga sin temor al frío, porque no hay mejor calefacción que el ejercicio físico. Y aun cuando algunos echan de menos un buen telesilla, la esperanza de llegar pronto pone gasolina en el cuerpo, y también a fuerza de tracción de sangre se llega a los «Rasos». Aquí existen unas excelentes pistas para esquiador, y no sólo son esquís bergadanes los que trazan arabescos sobre el niveo declive, sino también otros procedentes de Maresa, Barcelona y diferentes localidades que se hallan bien comunicadas con la ciudad de la «Patum». En los «Rasos» existe un chalet refugio, bien acondicionado para soportar ventiscas y temporales. Y porque estas tierras son así, la imagen de Cristo, erguida en el punto más elevado de los «Rasos», preside las pistas de nieve y vela desde las cumbres la enorme extensión territorial que desde allí se divisa.

LA «PATUM», TRADICION Y BULLICIO

«Bulla» se denominaron estas fiestas en sus principios, porque, en verdad, alboroto y animación no les falta. Los «buenos días» de la «Patum» se anuncian al son del «timbal», y éste es de los mayores. Tras el timbalero o «Schonberg», la chiquillada se convierte en una especie de coro espontáneo, sin armonización al-

guna, que sigue la ronda entre piruetas infantiles y exclamaciones de gozo.

Ha sido posteriormente que se ha impuesto el nombre de «Patum», definición onomatopéyica inspirada en el acompasado redoble del timbal. Fiesta eminentemente popular, el pueblo ha prescindido totalmente de nombres oficiales, y así echó muy pronto mano de la palabreja que da mejor idea de la característica sobresaliente de estos actos orquestados al son de atabales, cohetes y petardos. Sin tal orquestación, la «Bulla» jamás hubiera sido la «Patum».

Alguien ha calificado de bárbaras estas manifestaciones de jolgorio popular. Es posible que este bullicioso volcarse de un pueblo tenga algo de diversión primitiva, pero nunca bárbara. La «Patum» asienta su origen en algunas efemérides inolvidables de la historia bergadana; lo que quiere simbolizar y recordar es algo muy nuestro, y se manifiesta en forma que cumple perfectamente con el carácter de este pueblo, que supo mostrar su hombría frente a las cimitarras de Abderramán y Abu-el-Affer. Quien opine que hay algo de bárbaro en la «Patum», sepa que ni sus danzas ni su música son plagios de la música y las danzas canibalescas y que en las puras tradiciones bergadanas no se halla la menor reminiscencia de idolatría o paganismo, cosa que no se puede decir de los «baños» y «mam-bos». Aun cuando estén de moda, hay que reconocer que tales aberraciones del arte musical proceden de las tribus salvajes, que ni saben exactamente qué es música ni qué es arte. Pero la «Patum» posee ambas categorías, aunque también mucho ruido. Sin embargo, las tonadas que se cantan y los «ballets» que se trenzan responden a una intuición verdaderamente artística, si bien no se les puede negar que ya desde un principio adoptaron la ingenua sencillez de un pueblo que, por temperamento, suele mirar de reojo todo cuanto significa complicación.

Fué precisamente el 4 de junio de 1394 cuando el Concejo de la villa ideó e instituyó la fiesta de la «Bulla», que luego se llamo

«Patum». Con tal fiesta tratábase de conmemorar antiguas glorias bergadanas, al propio tiempo que celebrar la entrada definitiva de Berga en la categoría de Real Villa, con todas las prerrogativas inherentes. Tal honor y categoría no fué dado de balde, sino en justo reconocimiento a los sacrificios realizados por los bergadanes en el curso de su historia, encaminados siempre a defender los intereses de una Patria dueña de sus propios destinos. El título de ciudad fué concedido a Berga, por Real Decreto, el 1877.

Pero en aquel todavía lejano 1394, los hombres de la villa no aspiraban a más que obtener el privilegio de «Non separado», por el que Berga quedaba unida para siempre a la Corona de Aragón. Era preciso celebrar el acontecimiento, y, como se ha dicho ya, surgió la «Patum».

La lealtad de los bergadanes hacia la España que se gestó a lo largo de la Edad Media había sido sobradamente probada por la feroz resistencia de los montañeses contra los hijos de Mahoma. Y el recuerdo de aquella época preñada de vicisitudes, sobresaltos, emboscadas y sarracinas, permanecía presente en el espíritu bergadán. La «Patum» simboliza aquellas efemérides, pero también equivale a la identificación de la Historia con la Fe. Por esto la «Patum» se celebra el día del Corpus Christi, aunque los primeros baluceos surgen ya el día de la Santísima Trinidad y no culminan hasta el domingo siguiente de Corpus. Esto, en cuanto a la celebración normal, porque ha habido innumerables «Patum» extraordinarias con motivo de cualquier noticia importante o acontecimiento de relieve. Durante la época del apasionamiento político, los líderes locales no concebían triunfo definitivo si no se celebraba echando a la calle toda la tramoya de «patumaires». La «Patum» se ha convertido casi en un rito, pero sin reconocer jamás partido alguno. Si ganaban los conservadores, «Patum». Si ganaban los liberales, «Patum». Y con el alegre barullo de esta fiesta típicamente bergadana se recibían las grandes personalidades y se redondeaban las victorias. Y cuando cayeron sobre Berga épo-

cas tristes o acontecimientos luctuosos, la «Patum» permaneció silenciosa, solidarizándose con el abatimiento del sentir popular.

QUE ES LA «PATUM»

El «Timbal» es el nuncio. Con sus redobles acompasados toca a rebato para que la ciudad se vuelque a las calles. Tras el «Schonberg»..., todo lo demás. El día de la Santísima Trinidad se celebra la inauguración oficial y anual. Danzan los «Turcos y caballitos», y dice así la copla del «Ballet»:

«De la Casa Ciutat surten moros ben arrengrerats; cristians a l'altre banda enardits y equipats.»
(Del Ayuntamiento salen moros bien alineados; cristianos frente a ellos valientes y equipados.)

En el principio se llamaron «moros y cabritas» (o cristianos), y con sus evoluciones y expresiva mímica recuerdan la persecución de los árabes contra los bergadanes, persecución que burlaron los montañeses refugiándose entre los riscos del Bergadán. Al son de atabales corrieron los moros tras los cristianos, como al son del atabal danzan los «turcos» contra los «caballitos».

No podían faltar los gigantes en la «Patum». El, con faz hosca y fiera, esgrime un pesado mazo de guerra. El pueblo, por comodidad lingüística, le llama «el Bullafer». Su verdadero nombre es Abu-el-Affer, el caudillo musulmán que convirtiéndose en terror de los cristianos, pero que no pudo con ellos, y hoy su efigie caricaturesca les sirve de diversión.

En 1888 añadióse otra pareja de gigantes, que, si bien aumenta la nota festiva, resta un poco de simbolismo. Aunque bien podemos suponer que el nuevo compañero de «Bullafer» no es otro que Abderramán, que tampoco hubo mucha gloria en estas tierras de Berga.

La sátira popular no se contentó con remedar al caudillo moro, dedicándole una figura gigante que danzaba al son de atabales y chirimías, acompañada de su pareja—quizá alguna morisca rapta por «Bullafer», y de ahí la «Mulassa» o «Mulaguita» (Mula arisca). Sin duda alguna, ésta es la figura ridícula de la «Patum». Porque sus desusadas proporciones son causa de unos movimientos risibles y torpes, que sugieren las más punzantes chirigotas de los «patumaires» (comparsería, público). La «Mulaguita» arroja fuego por la boca (petardos), pero a nadie espanta. Es una segunda versión de Abu-el-Affer, con ribetes de farsa.

Las carotas más feas pertenecen a los «diablos», quienes se contorsionan en un frenético «ballet», disparando cohetes y petardos de todas clases. Mas, de súbito, aparece «San Miguel», quien acaba con la danza y con los diablos... Es el triunfo de la fe cristiana contra el mito mahometano; la victoria de la religión patria, defendida por los bergadanes a punta de lanza, sobre el Alcorán.

Tierra de montañas ésta, cuyos picachos sirven de nido a las águil-



«Easos» de Peguera, con el Santo Cristo presidiendo las pistas

las, no podía faltar un símbolo majestuoso en la simbólica «Patum»: «El Aguila Real». Reza la letra del «ballet»:

«Joan Primer, el Caçador,
la ferèix amb el dard del mirar
i novament li posarà
la corona del Rei d'Aragó.»
(Juan Primero, el Cazador,
la hiere con su mirar
y, de nuevo, la impondrá
la corona del Rey de Aragón.)

En lo sucesivo, la suerte de Berga quedará vinculada a la de la Patria, que siente ya en sus entrañas el amanecer de la unidad nacional. Y el escudo acuartelado en el que camparán castillos y leones, palos y cadenas, los Reyes Católicos querrán que sea sostenido por el águila de Patmos...

Esotra águila de la «Patum» pone, con su danza reposada y majestuosa, casi hierática, la nota grave y el tono recio en el fondo policromo y zaragatero de las fiestas. El «Aguila» de la «Patum» es el símbolo del vuelo hacia el mañana, hacia la conquista de un destino que trasciende las angostas fronteras de la tierra para buscar la meta sobre los dilatados océanos del cielo.

También la «Patum» quiere honrar la idea de quienes la idearon. Y he ahí los «Nans Vells» (Enanos o cabezudos viejos). Representan los prohombres del Concejo de la Villa. Estos danzan alegremente y repican sendas castañuelas, símbolo característico del jolgorio popular. Aunque de institución más reciente que la primitiva «Bulla», han sido incorporados definitivamente a la tradición. Pero faltaba algo: otros enanos que representasen a la clase llana. Y éstos aparecieron en 1888, cuando los «Enanos Viejos» fueron restaurados. «Enanos Viejos» y «Enanos Nuevos» danzan hermanos, olvidando diferencia de clase, porque, al fin y a la postre, ricos y pobres, todos pertenecen al acervo de la patria liberada. Bien lo dice la letra del «ballet»:

«Car són Corpus i Berga germans
en sa excelsa i més gran tradició,
imiteu-nos del tot, bergadans,
que «Patum» significa unió.»
(Pues son Corpus y Berga

[hermanos
en su excelsa y mayor tradición,
imitadnos en todo, bergadanes,
que «Patum» significa unión.]

Esto es la «Patum», el verdadero espíritu de la «Patum». Unión, hermandad, camaradería. En el tipismo tradicional, nada extraño ni en desacorde con el alma bergadana se ha introducido. Y grande ha de ser el amor de un pueblo hacia sus tradiciones, para conservarlas puras de toda contaminación y aun para perseverar en ellas a lo largo del tiempo. Mucho dice la fe de este pueblo cuando incorpora la más emotiva y bulliciosa de sus efemérides, precisamente a la gran festividad de la Iglesia católica: el Corpus Christi. Así, la Historia, que es Patria, se une íntimamente a la Fe. Patria y Fe, unidos con el vínculo entrañable e imperecedero del Amor. He ahí el tríptico sobre el que descansa la «Patum».

Por más que nos esforcemos en describirla, por mucho que confitemos en la cooperación del arte fotográfico, de la «Patum» sólo



Vista parcial de Berga, con el castillo al fondo



Nuestra Señora de Queralt
REAL SANTUARIO EN BERGA

Imagen de Nuestra Señora
de Queralt, «Virgen Risueña»

puede tenerse plena idea viéndola y viviéndola, confundiendo entre la multitud abigarrada que vocea y canta, se agita y ríe, unida por los lazos invisibles que trenzó una historia densa, rematada con la Cruz.

CEREALES, TELARES, LIGNITO Y, ADEMÁS, SETAS

El bergadán, además de defender sus terruños y sus creencias, además de celebrar las gestas heroicas de sus antepasados, supo trabajar. Y trabaja.

La Naturaleza fué pródiga cuando parió el Bergadán. Porque no echó en la sobreñez de la tierra sólo el manto de un suelo prolífico, sino que también quiso que fuera fecundo el subsuelo.

Aquí se desconoce el barbecho; los cultivos se dan casi con carácter intensivo, a base de rotación de cosechas. La cuantía de las reclamaciones no vamos a detallarla; pero podemos certificar que de aquí el trigo sale a toneladas. En general, las tierras

son francas esponjosas y fácilmente laborables.

Y si buenas son con la ayuda de Dios, las cosechas cerealistas, no menor es la importancia de forrajes, patatas, y maíz, que complementan la primera base económica. Sin embargo, debemos reconocer que a la agricultura del Bergadán le falta un poco de empuje. Quizá si estas tierras, en lugar de ser pródigas, hubieran resultado menos dadas, la mecanización del agro se habría implantado años ha. Exceptuando la trilla mecánica, muy generalizada y casi obligatoria, habida cuenta de las grandes cantidades de trigo recolectado, el laboreo de la tierra se realiza casi totalmente como en tiempo de los romanos. La rutina —mal endémico del agricultor hispano— sigue en sus trece, y hasta hace poco tiempo no han empezado a rodar los tractores arando terruños. Pero todo se irá. Cuando el agricultor bergadán se convenga de que la mecanización del campo resulta económica y beneficiosa, acabará decidiéndose por los nuevos medios de explotación agraria...

El Llobregat no sólo ha sido vía natural de invasión desde el Sur, sí que también una fuente de riqueza. Para el riego es de importancia secundaria, pues abundan las aguas pluviales; pero las del río, debidamente canalizadas y embalsadas, mueven las turbinas de muchísimas industrias textiles, cuyos telares traquetean día y noche. La especialidad textil del Bergadán está en el género blanco, aunque también salen de aquí millones de metros tejidos en color. Aquí nacieron a fines del siglo XVIII las célebres máquinas de hilar conocidas con el nombre de «Bergadanas», y también, «Maxerinas», en honor de su inventor, don Ramón Farguell (a) «Maxerí».

En cuanto al subsuelo, es rico en sal gema (Cardona) y carbón de lignito (minas de Fígols, Serchs, Saldés, etc.). A todas horas pueden verse grandes camiones, en rudo trajín para transportar el carbón extraído de las rocosas entrañas del alto Bergadán, hasta los puntos de distribución y almacenaje. El carrillito de Manresa a Berga y Guardiola

—un carrillito algo más rápido que uno de juguete pero tan infantil, si cabe—, resulta insuficiente para el acarreo de la producción combinada de la minería bergadana.

Ni el Bergadán es un desierto de montañas ni un erial de rocas. Es comarca productiva en extremos, de cuya economía sólo hemos dado ligera noticia y a la que cabe añadir la industria derivada de las fundamentales que existen y de la agricultura comarcana.

A esto hay que añadir los bosques, que cubren miles de hectáreas, con pinos abetos especialmente y, en menor proporción, robles y encinas. Lo que da origen a una buena industria maderera.

No es posible omitir una cosecha típica: las setas. País lluvioso y salpicado de umbrías, las setas no podían ser escasas. Y, en verdad, no lo son. En un paraje denominado «La Portella», un labriego nos aseguraba muy formal que allí les proporciona casi tanto beneficio la cosecha de trigo como... la de setas. Y en el término de Guardiola, de una familia de «boletaires» (buscadores de setas) se aseguró que en un solo día entregaron a los camiones que a tal objeto se desplazan... ¡setecientos kilos de setas! Y podemos certificar que ni una sola era venenosa. A razón de ocho pesetas kilogramo, echen ustedes la cuenta. Aunque se tuviera que repartir el jornal entre todos los «boletaires» de la familia numerosa, no hicieron mal negocio.

RADIO BERGA, UN IMPACTO DE LA RADIODIFUSIÓN ESPAÑOLA EN UNA ENCRUCIJADA DE ONDAS EXTRANJERAS

Desde hace poco más de un año, la ciudad de la «Patum» cuenta con emisora local. Ha sido fundada por F. E. T. y de las J. O. N. S., respondiendo tanto a una necesidad como a un deseo. El éxito más risueño y el desarrollo de la joven emisora han premiado el esfuerzo y la iniciativa de quienes se lanzaron al espacio bergadán por medio de las ondas electrónicas. Los principios fueron sencillos, porque estas cosas suelen empezar así. Con sus cincuenta vatios y un tocadiscos hubieron de superarse las primeras etapas; pero los bergadanes respondieron a la llamada del progreso, y hoy Radio Berga, de F. E. T. y de las J. O. N. S., emite con una potencia de doscientos vatios, posee unos estudios a prueba de ruidos externos y educa a varios radiotécnicos que sólo ellos saben cómo es posible con sólo esos doscientos vatios superponerse a las ondas extranjeras.

Porque el Bergadán es zona infame para la radiodifusión. Al anochecer, ni una sola emisora nacional puede captarse con nitidez—especialmente en invierno—; la recepción queda desfigurada por toda clase de fenómenos de «fading» (desvanecimiento) e interferencia. Sólo hasta que han dado las once, Radio Nacional de Madrid y alguna que otra potente emisora española consiguen penetrar con sus programas. Vale decir que aquí la radiodifusión re-

dará definitivamente resuelto.

BERGA, LA CIUDAD QUE PROGRESA SIN DARSE CUENTA

El carácter del bergadán sorprende por su quietismo. Jamás se apresura por nada. Tiene confianza en el porvenir y sabe que el mañana ha de llegar sin necesidad de salir en su busca. El hombre del Bergadán no es cual chorro de agua brotando de la «Fuente Negra», ni la cascada mágica de las «Fuentes del Llobregat». Es como la corriente pausada y bonachona del canalillo que fecunda el terreno sin arrastrar las areniscas del lecho. Por esto resulta inconcebible que un temperamento reposado haya sido capaz de inventar ese estallido folklórico que es la «Patum». ¿Será que el hombre de Berga guarda su bullicioso dinamismo para los días del Corpus?

A pesar de todo ello, la ciudad crece. Edificaciones modernas salpican los nuevos distritos ciudadanos y una constante actividad abre, cada año, nuevas fuentes de riqueza. El bergadán crea sin estridencias ni diluvios propagandísticos. Realiza una labor de abeja: tenaz, constante y silenciosa. Llega siempre a donde llegan los demás; pero con un poco de retraso, como ocurre con todas las cosechas del país, porque aquí el clima es frío y la Naturaleza aviva la savia según las condiciones climáticas. Sin embargo, cuando se da un paso, suele ser paso firme y sólidamente apoyado. El viejo refrán de «Vale más pájaro en mano que ciento en vuelo», aquí suele tener vigencia casi dogmática. Por esto han fallado pocos negocios y no son raras las fortunas prolíficas. Y quizá porque la aventura industrial tiene pocos adeptos, el trabajo no falta para quien posee dos manos prestas a trajinar honradamente con lo que a cuento viniere. El Bergadán se ha convertido en una pequeña América y se han instalado aquí familias procedentes de todos los lugares de España que, gracias a la agricultura e industria local, han resuelto sus problemas de economía familiar.

A pesar de todo lo dicho, no creemos que resultase perniciosa una inyección de inquietud intelectual que remozara un poco Berga y su comarca y ayudase a adelantar su horario respecto del que ha fijado el reloj de la historia patria, hoy pródiga en realizaciones durante siglos esperadas. Pero, como se dice en estas tierras pirenaicas, confiemos en que «todo llegará». Basta que surja la idea grata a todos, que todos entienden, y por ello cada cual la hace pronto suya. Durante siglos, la tradición discurría por las sendas de la vida suave y sin estridencias; hasta que surgió, acrisolada por el reposo y el tiempo, la ruidosa «Patum». También de la sangre joven bergadana surgirá ese remozarse, que, a veces se adivina ya en mil detalles aparentemente casuales, pero que, en verdad, no son más que los brotes pletóricos de rica savia que ha de incorporar a la historia de Berga el ruego florido de una nueva conquista.

J. MALLAS CASAS
(Fotos Hench y Luigi.)

SUPER CAFETERA-EXPRES FAMILIAR MAITE



La cafetera exprés doméstica «MAITE» ha sido construída e ideada para que sea un poderoso auxiliar para toda ama de casa, pues se sirve sin parte eléctrica con el fin de convertirla en una cafetera de cocina, y lograr hacer de una labor pesada una tarea agradable, apartándose de los sistemas antiguos de filtro, manga y otros similares, consiguiéndose con el mínimo de tiempo un auténtico café-exprés de gran calidad y aroma.

Es una creación de la técnica española lograda por «PLAS-ME-LEC»

Avda. José Antonio, 555 - BARCELONA

Algún día este problema que-

LOS PRIMEROS NUMEROS DE "EMPRESA" HAN OFRECIDO...

una agradable sorpresa a sus dinámicos editores: la de un necesario y constante aumento de tirada. Muchos **JEFES** que se habían suscripto antes de la aparición del primer número —el de Enero de 1954— enviaron después muchas suscripciones más para sus **EMPLEADOS** destacados. La propaganda realizada en algunas Escuelas de Comercio y en la Facultad de Ciencias Comerciales interesó a muchos **ESTUDIANTES**, que son también lectores asiduos de esta gran Revista técnica, que muy pronto será orgullo de España en esta materia.

Y todo esto se debe a que "EMPRESA" está escrita por hombres que trabajan en empresas muy importantes y que viven cada día la realidad comercial e industrial del país. El grupo de redactores de "EMPRESA" no está formado por simples funcionarios ni por economistas de gabinete, sino por hombres prácticos.

Usted, si también es hombre práctico y eficiente, puede encontrar en "EMPRESA" nuevas ideas para su trabajo, ya sea jefe, empleado o estudiante y puede colaborar incluso en la gran tarea de esta Revista, no sólo suscribiéndose a ella, sino también escribiendo para ella.

Compre un ejemplar para conocerla si todavía no se decide. Si está decidido, envíe hoy mismo el boletín que figura más abajo y nos lo agradecerá.

48 PAGINAS

NUMERO SUELTO

7.pts.

UN AÑO (12 núms.) 80 PTAS.
SEMESTRE (6 » 40 »

LOS 6 PRIMEROS NUMEROS ENCUADERNADOS

LA MEJOR LECTURA ESTIMULANTE PARA SUS VACACIONES



PROXIMOS A AGOTARSE LOS PRIMEROS NUMEROS, ENVIE HOY MISMO ESTE CUPON

"EMPRESA" P.º M. de Zafra, 39 - MADRID

Don

Profesión

Domicilio

Ciudad

se suscribe por UN AÑO 80 Pts. - 6 MESES 40 Pts.
que pagará contra reembolso por Giro Postal.

LA GRAN REVISTA ESPAÑOLA DE LOS HOMBRES DE NEGOCIOS ES

EMPRESA

LA REVISTA DE LOS JEFES

6

que acaba de publicar su número con el que completa su primera etapa de servicio . . .

A LOS JEFES EFICIENTES

que reconocen en ella al portavoz y defensor de los intereses de la legión económica de nuestra patria, legión a la que ellos dan vida y forma con su trabajo y continuidad con los impuestos que satisfacen.

A LOS EMPLEADOS ESTUDIOSOS

que aspiran siempre a un ascenso merecido y que en "EMPRESA" encuentran los conocimientos que necesitan, en forma amena y muy completa a través de todas sus secciones.

A LOS ESTUDIANTES TRABAJADORES

que conscientes de la importante misión que el futuro les reserva, principalmente los de Ciencias Económico-Comerciales, quieren adquirir desde ahora la seguridad del éxito en su trabajo de mañana, a través de una Revista que estudia todos los problemas empresariales, introduciéndoles así en el campo de la práctica antes de acabar sus estudios de la teoría de los negocios.

EN ESTE NUMERO:

LOS BANCOS PRESUMEN DE GANAR MUCHOS MILLONES; NO DE PERFECCIONAR SUS SERVICIOS - La verdad al desnudo, un comentario pleno de objetividad, escueto y contundente como los que cada mes publica la Revista de los Jefes en su EDITORIAL

LA EFICIENCIA DIRECTIVA depende en cada Empresa de que cada colaborador esté en el puesto que le corresponda según el organigrama que es fácil de preparar si usted lee el artículo de Vicens Carrió en la Sección de ORGANIZACION

EL IMPUESTO PROPORCIONAL puede unificar en una sola tasa sobre la energía a todos los impuestos actualmente existentes, haciendo desaparecer todas las hojas de declaraciones, liquidaciones, inspecciones y tantas molestias fiscales que hoy ha de soportar el contribuyente. Léalo en nuestra Sección de ECONOMIA

EL PERFECCIONAMIENTO DE LAS TECNICAS DE DIRECCION en el Congreso Internacional de Organización de Sao Paulo, según nuestro colaborador Mallart Cutó, invitado de honor en Brasil, que escribe nuestra Sección de PRODUCTIVIDAD

En números anteriores hay artículos de gran éxito en las demás Secciones de PUBLICIDAD - CONTABILIDAD - NOS GUSTARIA CURIOSIDADES, HUMOR Y COSAS DE LA VIDA SEGUROS SOCIALES - VENTAS UN TEMA VIEJO... SIEMPRE NUEVO IDEAS, etc., etc.

Distribuidor exclusivo:
UNION DISTRIBUIDORA DE EDICIONES
Desengaño, 6 - Madrid



TERESA Y LA SANGRE

NOVELA, por Darío VECINO

I

HUIDA

JUAN salía de la solemne Sala de la Audiencia con un aire embaído, adormido. Llevaba ya muchas semanas de emociones intensas, inusitadas en su tranquila vida, y aquellas frases de protesta angustiosa le turbaron fuertemente, conmoviéndole hasta lo más profundo. Quizá fuera por el aire majestuoso y temible del Tribunal en funciones; quizá por la angustia del reo, que veía hundidas sus últimas esperanzas de ser creído. Quizá... no fuera otra cosa que el resultado de sus propias, inconfesadas dudas, que en vano había querido eludir tenazmente hasta entonces. La realidad era que su angustia le producía vahidos.

Al salir, tropezó en la puerta de la Sala con un ujier cargado de años y de papeles. Se excusó con torpeza y se lanzó a la calle. El aire frío de la mañana invernal le impresionó desagradablemente.

En un momento de su vagar encontró frente a él la puerta giratoria de un café. Le agradó la idea de sentarse en un lugar confortable y—maquinalmente, sin poner vida en ello—penetró allí.

—¡Dígame!—preguntó el camarero, que se había acercado solícito.

—No sé..., cualquier cosa...

¡Dichosos recuerdos! ¡No era aquel café..., no era aquel camarero el mismo que les atendió a los dos el sábado pasado?... Sí, y hasta el mismo lugar, sobre el diván descolorido.

El camarero le miraba, expectante. Ante la demora de Juan, sugirió, expeditivo:

—¿Café con leche?

—Sí, bien—respondió él, satisfecho de no tener que pensar en esa minucia. Nada quería, sino estar tranquilo.

Le atraía el brillo cálido de la madera pulidísima del bar, enfrente de él. Era el mismo tono castaño rojizo de los cabellos de Teresa.

¡Renunciar a ella! Recordó aquella noche, meses atrás, en que, durante su nocturno vagar por la playa, desvelado, notó un pasillo iluminado en el jardín: la luz que venía del porche de la casa, a hora tan desusada. Había atravesado el porche, brillantemente iluminado, y nunca olvidaría la escena: aquella luz escasa, velada, de la lámpara única colocada encima de la chimenea. Y el marido de ella, tendido boca abajo, con la cabeza ensangrentada, y quieto, trágicamente quieto.

¡Y ella! Ella, Teresa, de pie, rígida, con la mano izquierda—aquella mano suave y regordeta—conteniendo los latidos de su corazón.

Le costó trabajo hacerse cargo de la inusitada escena. Recordaba ahora su percepción inconsciente de que la puerta exterior estaba abierta cuando él entró. Teresa se sobresaltó al verle. Le miró con los ojos muy abiertos, la boca crispada. Pero en seguida, ante la sorpresa de él, le abrazó. Nunca lo habría podido suponer. Le abrazó con furia, con terror, con las manos engarfiadas fuertemente sobre la ancha espalda de Juan. Tenía el rostro desencajado y brillaban excitados sus ojos grises.

—¡Teresa!... ¿Qué ha pasado? ¿Qué has hecho?... —y terminó la frase en un tono aterrado y confidencial.

La angustia de ella le impresionó, sin saber el motivo, desagradablemente. A su pregunta, le miró a los ojos y contestó con rapidez:

—¡No! ¿Cómo puedes pensar?... Han sido unos atracadores... Lo han matado aquí, delante de mí—concluyó, casi en un sollozo.

Juan sentía el cuerpo palpitante de la mujer pegado al suyo. El no estaba excitado, sino deprimido. Era médico y no debía impresionarse así por algo tan corriente como un cadáver. Pero el abrazo de Teresa le turbaba demasiado. Sentía la boca seca y una curiosa sensación de inestabilidad.

Se inclinó hacia el muerto. Le levantó la cabeza con un celo absurdo, con miedo casi. Sí, estaba bien muerto: el olor acre de la sangre se unía al

punzante del alcohol. Instintivamente miró alrededor y vió, sobre la mesita que había enfrente del diván, una botella de coñac.

Luego se irguió. Teresa lo miraba hacer silenciosa y trémula. El se alejó, llegó junto a la puerta abierta y miró a la noche. Las estrellas brillaban ahora, altas, en un cielo limpio. Con manos indecisas encendió un cigarrillo y—sin volverse—preguntó, con voz sin matices:

—¿Estás sola en la casa?...

—No; las criadas están encerradas en sus habitaciones. Tienen miedo, y yo... también. El casero ha ido a avisar a la Policía. ¡Gracias a que tiene una bicicleta! No tardarán mucho en venir...

—Más—insistió él, lacónicamente.

—¿Qué dices?—exclamó Teresa, febril.

—Cuéntamelo todo... debo saberlo.

El recuerdo del abrazo de Teresa le daba una sensación de posesión y autoridad, que si al principio le había deprimido, ahora empezaba a llenarle, a completar una nueva personalidad que le acababa de nacer. La mujer contestó sumisamente, en voz baja:

—El estaba bebiendo, bebiendo mucho. Yo cosía —y con un gesto desvaído de las manos señaló unos trapos que había en el suelo—, oímos un ruido en el porche, fuera, y él se levantó. Pero antes de llegar se abrió la puerta, ésa de ahí, y vimos a dos hombres. Uno llevaba una pistola en la mano. El otro estaba más detrás... Nos dijo el de la pistola, uno rubio, joven: «¡Quietos!» Pero mi marido se echó hacia él... estaba borracho. El de la pistola se apartó de su camino, pero el otro hombre se adelantó... y con algo que llevaba en la mano golpeó furiosamente a David, que cayó al suelo... Yo apenas grité; estaba demasiado asustada.

Hizo una pausa. Su relato tenía un acento de verdad. Se iba serenando.

—El de la pistola me pidió las joyas, mientras el otro se llevaba la cartera de David... Oí una voz de hombre que hablaba a las muchachas dentro de la casa. Amenazaba: «¡Que nadie se mueva de aquí en una hora!» Vino hacia aquí, y después se fueron los tres. Todo fué cosa de un momento... ¡Señor! ¡Qué pesadilla!

Se sentó en el diván, y siguió, con laxitud:

—El casero debió oírme...; el caso es que vino muy pronto. Tanto, que se encontró en el jardín con los hombres que huían. Le golpearon y corrieron. El pobre hombre entró luego aquí, y al ver a David...—un sollozo cortó su voz, pero la espalda de Juan seguía impasible. Al fin siguió la mujer, más lentamente aun:

—Se fué en busca de la Policía... ¡Todo ha sido tan rápido!

Se volvió a ella Juan y la miró de cerca, con dureza en los ojos y una sonrisa turbia en las comisuras de la boca.

—¿Lo has sentido mucho?—dijo burlescamente.

Los ojos de Teresa se cerraron unos instantes. Luego se levantó... y tiempo después, aun recordaba él el sabor de aquel beso. El muerto seguía allí como una pobre cosa derrotada.

—No, no he podido sentirlo... Así estoy libre para ti—replicó ella— con voz trémula.

Quedó el hombre rígido, con una gran desazón. Lo notó Teresa, y apretó más la dulce cadena de sus brazos. El la repelía, sin quererlo.

—¿Lo has matado?—preguntó, con la voz cambiada, temerosa, deponiendo ya su desconfianza y su aparente imperturbabilidad, que de modo instantáneo dió paso a un hondo, vergonzoso pánico.

Teresa le contestó, casi con rencor, pero implorante:

—Te he dicho cómo ha sido... ¿No me crees?

«¿No me crees?» Y lo mismo resonaba en sus oídos la sollozante y exasperada súplica del reo, hacía unos momentos, en la Sala de la Audiencia.

—¿No me creen ustedes? Yo no lo maté. Le di un golpe, pero no le maté... No; cuando me fui estaba él de rodillas, en el suelo, sujetándose la cabeza con las manos... Yo no le maté.

Juan se había marchado de la casa de Teresa para no verse complicado en el caso a la llegada de la Policía. Nadie le había visto allí. El sumario y las pruebas habían sido concluyentes; el pistolero, jefe de la banda, había muerto a manos de la Policía, en una accidentada persecución. El tercero se había esfumado, pero el segundo, el que golpeó a David Barnegay, casi un chiquillo, fué apresado sin armas y había confesado de plano

toda su participación en el asalto. El arma se encontró en el lugar del crimen, en la villa que a pocos kilómetros de la ciudad tenía el matrimonio Barnegay. Era un tubo de plomo ensangrentado.

Los hechos probados se imponían: la puerta había sido forzada, y los minuciosos interrogatorios probaron la complicidad de una de las doncellas de servicio. Las joyas se encontraron sobre el «Rubio», y la cartera de David, en manos del reo. Aquella misma semana recayó la sentencia.

Y ahora Juan tenía que decidirse y resolver definitivamente su situación. Encendió otro cigarrillo—¿cuándo llevaba aquella mañana?—y pensó que tenía que moderarse: en los últimos tiempos había fumado demasiado.

Hizo un esfuerzo para pensar concretamente: tenía que renunciar a Teresa, pues había acabado por creer en las palabras del maleante. Esto era: ¿qué quedaba entonces...? Recordó vivamente sus primeras brutales sospechas de que había sido ella quien mató a su marido. Por él...; lo que en el fondo le halagaba, aun cuando le aterraba más todavía.

¡Aquella horrible noche! Cuando volvió a su casa, se debatía en conjeturas; analizaba todas sus sensaciones, dentro de lo que le era posible. Recordaba sobre todo el gesto de Teresa, de pie, rígida, recortada en la luz velada de la habitación. No podía olvidar aquel momento. Y aquel olor a sangre... y la botella de coñac, casi vacía.

Luego vinieron los días agobiantes del sumario. trató el reo de achacar a su jefe, muerto, el hecho, pero al cabo confesó ser él quien golpeó a David. También fué identificado por Teresa y por el hortelano.

Teresa había quedado completamente fuera del caso. Su vida transparente, su amor a su marido—que todos conocían en la pequeña ciudad—, hicieron que a nadie se le ocurriera pensar en las cosas que a Juan se le habían ocurrido. Nadie hubo que ahondara más en el asunto.

Y si el criminal no mentía—y Juan estaba intinamente convencido—, David no murió a consecuencia de su ataque. Juan calculaba el tiempo que el hortelano pudo tardar en llegar, y veía que éste podía haber sido agredido en el jardín, por lo menos cinco minutos después de la salida de los asaltantes.

¡Cinco minutos! En ellos y los que pasaron desde la aparición del hortelano y su rápida salida en busca de la Policía, hasta la propia entrada de Juan, Teresa había estado a solas con su marido. Con su marido muerto, según ella, pero sólo conmovido por el primer golpe, según el criminal.

No quería pensarlo, pero... hubiera sido cosa de un instante para ella golpear a David. Un solo golpe pudo bastar y el cadáver mostraba las señales de varios.

Pero, ¿qué motivos pudo tener Teresa? ¡Cómo pensar en ello! No concebía una resolución tan violenta por parte de ella, y no podía hallar otro motivo que... él mismo. Y su razón se negaba a aceptar este motivo, pues nunca sospechó que Teresa pudiera amarle tanto.

Dudaba cada vez más y siguió dudando hasta aquella misma mañana, cuando sus dudas se convirtieron en un infierno de temor ante los sollozos de aquel hombre esposado.

¿Qué hacer? Por de pronto ya se encontraba allí a disgusto, en aquel café que empezaba a llenarse de gente para el aperitivo. Era casi la una; llamó al camarero y pagó.

Un momento después salía por la puerta giratoria, perdiéndose entre la marea de gentes atareadas.

II

EL REFUGIO

Andaba Juan absorto en sus ideas, pensando en la posible decisión de sus dudas. Decididamente no se atrevía a volver junto a Teresa. No, no podía vivir con ella, y sus sueños de antes estaban por tierra. Cuando Teresa estaba casada, nunca pensó Juan en que pudieran llegar a una solución satisfactoria, y, realmente, al carácter indeciso de Juan le placía la idea de unos eternos amores sin esperanza. Pues aunque se querían—al menos así pensaba él—, no creyó nunca que ella pudiese ser infiel a su marido. Incluso contando con el evidente desvío del marido en los últimos meses, desde que él lo conocía.

Y ahora, ella era libre. Pero ¡a qué costa! No era grato así: estaba aterrorizado por las horribles sospechas—para él ya certidumbre—que reto-

ñaron decisivamente aquella mañana en la Audiencia. Tenía miedo de verla, pues nunca—estaba seguro—se atrevería a revelarle sus pensamientos otra vez. Era mejor huir. Huir. Pero, ¿dónde y con qué motivo?

Seguía caminando lentamente. Del puerto llegaba en aquel momento un aire salino y frío. Un chiquillo pasó junto a él voceando diarios.

—¡«La Hoja del Lunes»!! ¡¡¡«La Hojaaaa»!!!
Compró el diario y lo abrió maquinalmente, sin curiosidad. Vió el movimiento de barcos en el puerto: el «Dómine» zarpaba para Guinea aquella tarde. Miró instintivamente al muelle donde estaba atracado.

¿Dónde había leído él recientemente algo que se refería a Guinea? Intentaba acordarse. Sí, era el anuncio de una oposición para una plaza de médico allá en la Colonia. Siempre había deseado viajar lejos...

Era la idea: ya tenía el pretexto. Se marcharía a Madrid a preparar esa oposición, y así se alejaría de Teresa. ¿Cómo decirselo? No se atrevía, pues ella lo hubiera descubierto en seguida, con sus ojos grises, que podían ser tan duros, ¡y tan amados, sin embargo!

La mancha de color de un buzón de Correos atrajo su atención, sugiriéndole la solución más cómoda e inmediata. Le escribiría, ya que no quería enfrentarse con ella. Se iría desde allí mismo, desde Cádiz, sin volver a su casa.

Cambiado, con prisa febril fué a las oficinas de ferrocarriles. No había billetes para el expreso...; a ver, sí, quedaban algunos en tercera clase. Le era igual: sólo quería huir. Huir aprisa.

Por dentro se decía: ¡Cobarde, cobarde!

En la misma estación le compró a la librería sobres y papel de cartas. Le escribió a Teresa sobre el frío mármol de una mesa de la cantina. No le costó trabajo; no quería decir nada tajante, nada definitivo, sino eludir, eludir, dar tiempo...

«Querida Teresa: Salgo en el expreso de esta tarde para Madrid. Voy a preparar una oposición. Ya te escribiré.»

Era tonto: estaba convencido de que esa carta no decía ni resolvía nada, pero no escribir le parecía aún peor. Tenía miedo de hacer cosas definitivas, de romper de una vez con ella. Quería y no acababa de querer. Esperaba que el tiempo le inmunizara de algún modo contra esa desazón que ahora sentía.

Escribió también a la clínica donde trabajaba diciendo que enviaran su maleta a su vieja pensión de estudiante, en Madrid.

Pegó los sellos con la misma solemnidad que si se tratase de colocar losas sepulcrales. Como algo definitivo, aun sabiendo a ciencia cierta que no lo era.

Echó las cartas al correo con prisa, como si temiera arrepentirse.

Por dentro se seguía sintiendo cobarde, ¡muy cobarde!

No logró dormir en el tren. Le molestaba la luz hiriente, la rigidez del respaldo y el olor e incesante movimiento de la gente. Las pequeñas molestias del viaje le hicieron olvidarse, en parte, de sus preocupaciones. ¡Qué larga noche!

A última hora se adormiló, echado sobre la crejera de madera del asiento. El movimiento del tren le hacía rebotar suavemente la sién sobre la tabla, y la ligera tensión precisa para amortiguar el golpe le servía como de aislador del ambiente. Juan pensó en ello, recordando cómo había ya muchas noches que apenas podía dormir, y llamaba al sueño con la misma inquietud mecánica y subconsciente de ahora, que le hacía apretar fuertemente los párpados.

La ruina de Juan era su temperamento introspectivo. Ahora se daba cuenta de que, entre tantas cosas que su criticismo le había estropeado, aquel sueño que le había ido entrando era la última. Pues ya estaba despierto, con los ojos de a palmo, mirando sin ver la vieja maleta de madera de un soldado, atada con cuerdas, que tenía enfrente, en lo alto de la repisa portaequipajes.

Se despertó definitivamente; tenía la lengua hinchada y estropajosa, y los ojos, cansadísimo. Bajó con trabajo y estrépito el cristal de la ventanilla para recibir una bocanada de aire frío que le reanimó al estremecerle. Las gentes del departamento se removieron, protestando confusamente, y Juan—como colegial cogido en falta—cerró con pena la ventanilla.

El horizonte estaba lleno de la masa rosada de la gran ciudad, y la gente del tren se despedazaba, despertando, con aire expansivo y gesto cansado.

Minutos después entraba en la estación de Atocha. Aprisa, aprisa, salió entre una masa de gente que le daba codazos en los riñones y golpes en las espinillas con los bordes de las maletas. Pasó entre los mozos de hotel que cantaban aduladoramente su ritual y estentórea guía hotelera, y salió a la calle.

Subió, ya con más calma, entre la atmósfera fresca y algo populachera de aquel trozo de Madrid, por la calle de Atocha, y en seguida llegó—subiendo contra la marea de estudiantes que bajaban de la Facultad de San Carlos—a la pensión, donde había pasado sus años de estudiante, tan cercanos aun.

La abrió la puerta una chiquilla con un largo delantal y cara de sueño. No la conocía. Preguntó, con cierta amabilidad en él innata, por mí. Le pasaron a mi cuarto, el mismo que él había ocupado años atrás.

Y hora es ya de que diga algo de mí mismo. Yo vivía en Madrid hacía unos años, y estaba trabajando intensamente en mi Doctorado de Filología moderna. Llevaba una vida ordenada y tranquila, que no excluía una decidida afición por todo lo que hace a la vida digna de ser vivida, por la embriaguez misma de sentirse vivir. Hoy ya se cuajan los recuerdos que en el tiempo pasado fueron minutos, horas, tiempo maravilloso.

Era yo primo de Juan, aunque lejano, y quizá el único amigo que él tenía. Estaba afeitándome cuando la pequeña cara de Marcelina se asomó diciéndome que un señor quería verme. La apartó Juan y entró diciendo.

—Soy yo, César. He venido a verte.

Tenía la cara cansada, muy cansada, y toda su alta y desgarrada figura como desvaída. Sonreía sin ganas, pero vi la vieja alegría de encontrarnos en sus ojos oscuros. Le abracé con cuidado, para no llenarle de jabón el abrigo, y no le concedí importancia a su aire solemne.

—¿Cuándo has llegado, hombre?... ¿Cómo te encuentras?... Mira, quitate el abrigo y déjalo por ahí. Siéntate donde quieras y cuéntame qué te trae por Madrid, mientras acabo de afeitarme... Te suponía trabajando mucho en la clínica.

Se sentó muy serio en el borde de la cama deshecha. Yo lo veía desde el espejo del gran armario.

—Pues, nada; que he venido a verte porque te necesito.

—¿Qué te ocurre?

—Pchs..., es largo... ¡He venido huyendo!

Su sonrisa, medio irónica era lamentable. Me volví a él y le miré mudamente, esperando me explicara su sorprendente frase. Calló. Le sugerí entonces:

—¿Alguna mujer?

—Hum, ¡Sí, claro está!

—¡Vamos, «Don» Juan!—y acentué el Don en suave burla.

—No bromees... No es lo que supones, sino algo peor...

Le veía violento, reticente. No se prestaba el momento para una confesión. A ello venía, Juan, pero tendría que arrancársela. Yo, desde luego, estaba acostumbrado ya: desde que éramos niños venía Juan a confesarme sus problemas.

Terminé someramente mi aseo y, en tanto, le hablé de cosas triviales. Le pregunté por su viaje y sus proyectos inmediatos.

—¿Dónde vives? ¿En qué sitio estás?

—En ninguno todavía... Acabo de llegar. ¿Sabes si hay aquí habitación?

—Creo que sí; pero ya lo arreglaremos. ¿Y tu equipaje?

—No he traído nada—contestó con la misma sonrisa de antes—, he venido muy aprisa.

Le miré un momento, con seriedad, y le dije que se arreglara y dispusiera de la ropa limpia que había en mi armario. Calladamente lo hizo, y salimos a la calle.

Tenía Juan unos años más que yo y vivía con cierta holgura, dentro de sus limitados ingresos. Ahora, terminada su carrera, estaba trabajando como médico en una afamada clínica de su ciudad natal. Vivía con unos familiares en su chalet, junto a la carretera general, no lejos del mar. A pesar de sus años, Juan, muchacho tímido y sin amigos, se acostumbró a tenerme como consejero y confidente.

Así eran los hechos, y yo estaba ya habituado a soportar estas confesiones—siempre mínimas e inocuas—con un gesto benevolente, que más tarde he de comprobar que me daba magníficos resultados. Nunca creí que se destapara con la historia que me contó.

El caso fué que, por tácito acuerdo, no hablamos de nada importante hasta que nos vimos sentados frente a una mesa en un lugar tranquilo del café del Prado. Luego de desayunar, yo encendí mi pipa, y le animé a contarme su historia.

Me contó lo que ya sabéis. Teresa y Juan se vieron con frecuencia durante el verano, con más asiduidad a medida que David se apartaba de su mujer. En honor a la verdad debo decir que—según él me contó—no hubo nada entre ellos hasta después de la muerte del marido, que fuera seriamente censurable. Todo se redujo a sonrisas y frases ambiguas, siempre inconcretas, pues si bien Juan se creía impulsado a Teresa por una verdadera pasión—esa pasión que le hacía vagar de noche por la playa—, era aún más fuertemente retenido por sus convicciones éticas. Ambos conocían sus sentimientos, aun cuando Juan no tuvo—hasta la famosa noche—ninguna expresión concreta de los sentimientos de la mujer hacia él.

Poco más me dijo que fuera interesante. Teresa se había llevado siempre bien con su marido, aunque añadió Juan que en el último mes creyó notar cierta frialdad entre ambos.

Atribuí esta impresión de Juan al natural e inconscientemente vanidoso deseo de verlo así, y le quité importancia al caso. He de confesar que luego, ante el relato que de los hechos de la noche del crimen me hizo Juan, me sentí más influido por su visión de las cosas.

También me dió a entender que desde la muerte del marido hasta el momento se había comprometido más seriamente con Teresa. La situación era así, realmente, más difícil de lo que yo supuse en principio, pero—midiendo fríamente todo lo que había oído—me pareció que no había muchas probabilidades de que fuera cierto lo imaginado por Juan.

Así le recriminé su tonta huida y su más tonta despedida, abandonando una situación segura y prometedora en la clínica donde trabajaba, con un pretexto traído por los pelos, y sin motivo real que lo justificara. Porque—le dije—, si esa convicción abrigaba, con hábersele dicho a Teresa, y apartarse de ella, se hubiera resuelto su problema.

Me confesó Juan su temor a afrontar así a Teresa. ¡Ya iba yo teniendo deseos de conocerla! En fin, así estaba el asunto, y ¡qué hacer! Que Juan preparase esa dichosa oposición para Guineá. Me parecía una idea absurda, pero no quería crearle más complicaciones. Nunca se sabe...

Se quedó en mi pensión. Por la tarde salió de compras, y aquella noche fuimos juntos al cine. Precisamente, en el de nuestro barrio daban una película de Hitchcock, «La sombra de una duda», y Juan salió de allí desagradablemente impresionado por la cierta similitud de aquella situación ficticia con la suya propia.

Al día siguiente, apenas nos vimos. Yo estuve muy ocupado, y él se pasó el día tendido en la cama, fumando cigarrillos y tarareando de rato en rato un «slow» de moda. Parecía menos fúnebre que a su llegada.

III ELLA

Dos días después de la llegada de Juan, al ir a su cuarto para decirle adiós antes de salir para la Biblioteca donde solía trabajar por las mañanas, me encontré con una verdadera sorpresa. Entré sin llamar, como es lógico, y me hallé—sonriente y algo turbado—ante una escena inesperada. Juan estaba sentado al fondo de la habitación de espaldas a la vidriera del balcón y fumando en silencio. Pero yo sólo veía en él sus largas piernas, porque un cuerpo de mujer—escorzado hacia mí al sentir abrirse la puerta—me lo ocultaba. Quedaba ella así a contraluz, y apenas la veía, pero en seguida—al verme—dió unos pasos intranquillos hacia Juan.

Yo estaba, naturalmente, sorprendido, y ni por un momento

sospeché de una aventura galante, dado el carácter de Juan y..., sobre todo, el de la patrona, bajo cuya férula eran imposibles tales cosas.

Pero adiviné de quién se trataba: no podía ser otra. En vista de ello, di los buenos días, y diciéndole entre dientes un «Perdona, no sabía que tuvieras visita», me volvía ya, cuando Juan me llamó y me indicó con un gesto indefinible de la mano—no podría decir si era de consternación, orgullo o sumisión a lo inevitable—a la mujer aquella, y con tono normal y quedo, me dijo:

—Es Teresa.

Lancé mentalmente un silbido ponderativo, y la saludé con una inclinación de cabeza. La miré a mi gusto; fué un momento curioso: yo miraba a Teresa crudamente, y Teresa me miraba a mí con frialdad y reserva. Y Juan, a los dos, apenas sonriente.

Era de estatura mediana, bonita, pero no llamativa. Tenía el pelo castaño y los ojos claros, aunque no pude ver su color. Vestía un traje sastre y llevaba un costoso broche en la blusa. No iba pintada en absoluto.

Cortó ella el silencio, con voz mate y dulce:

—Tu primo, supongo...

—Sí.

Nos estrechamos las manos con las caras muy serias. Juan, expectante, nos alentó:

—¿No sabéis sonreír? ¡Vaya caras de jueces!

Y Teresa, sin hacer caso, sin sonreír siquiera, habló de un modo preciso y sorprendente, mirando a Juan, y luego a mí, cara a cara.

—Temo que sí; temo que me estéis juzgando. Tú..., porque sí, y tu primo, influido por ti. Seguro estoy de que has venido contándole de mí, ¡Dios sabe qué cosas!

Forzosamente hube de intervenir. Juan estaba abochornado, con sus largas piernas extendidas, sin atreverse a moverlas. Sobre la mesa de noche tenía una caja verde de Abdullas. Di unos pasos, y, en silencio, ofrecí un cigarrillo a Teresa. El silencio estaba quieto, denso, y nuestros movimientos tenían una tensa morosidad.

Ella encendió su cigarrillo con mano firme, en la llama que Juan le ofreció con inusitada rapidez.

—Mira, Teresa, lo primero que vamos a hacer es sentarnos, porque no tenemos tanta prisa como para estar en pie. Me parece que esta mañana voy yo a trabajar muy poco, y es mejor hacer las cosas bien. Supongo que no te molestará que te tutee..., al fin...

Sí, decididamente tuve un acierto. Teresa miró un instante a Juan, interrogándole con los ojos, y luego se sentó con gracia en un viejo sillón. Yo lo hice en el borde de la mesa, cosa que siempre me ha encantado, como a las estrellas de cine de segunda categoría. Aquello nos unió con más confianza que si nos hubiéramos quedado en mangas de camisa.

Hablé entonces dirigiéndome a ella:

—Me has constituido en juez un poco ligeramente, sin yo quererlo ni saberlo. No hay inconveniente por mi parte..., pero temo los haya por la vuestra. Veamos: el ser yo juez supone un desacuerdo, y yo no lo veo aquí. Te adelanto, Teresa, que yo sólo sé tus relaciones con Juan y la desdichada muerte de tu marido. Nada más. Me ha dicho Juan—proseguí luego de una breve pausa por na-



die interrumpida—que ha venido aquí a preparar una oposición que cree precisa para tener medios suficientes de vida, sin los cuales le parece... digamos difícil... continuar a tu lado. Y esto es todo: yo no soy nadie para juzgar de vuestras relaciones.

Como continuaba el silencio, hube de añadir: —¡Ejem!... Si algo hay que yo no sepa, y cs puedo ayudar en algo..., en vuestras manos está decírmelo o callároslo.

Teresa se ruborizó levemente, y siguió mirándome con cietra expresión de recelo.

—Pero os advierto que no soy nada curioso —continué—, y, además, no quiero ser indiscreto. De modo que os voy a dejar solos, que me parece lo mejor.

Al decir esto vacié mi pipa, golpeándola—con aire concluyente—en el borde de la mesa. Continuó callada la mujer, mientras yo me descolgaba de la mesa y cogía mi cartera bajo el brazo. Pero Juan se echó hacia adelante en el sillón, rompiendo, al fin, el mutismo, y me detuvo:

—¡No! Espera—y volviéndose a Teresa añadió—: ¡Las cosas, como son! No creas a mi primo un entrometido. En realidad es mi único pariente y mi único amigo, y... le he contado todo lo que hay entre nosotros. Ya te ha dicho él el motivo de mi venida aquí, y...

No supo cómo terminar. Bajó los ojos y sacudió la ceniza de su cigarrillo sobre el pantalón. Luego intervino Teresa con una agrídice sonrisa de circunstancias.

—Mira, Juan: he venido aquí por ti, porque tu marcha parecía una huida, y sigue pareciéndome, y yo necesito saber los motivos. Me parece que tengo derecho...

El hacía gestos denegatorios con la cabeza y con las manos. Pero ella no le permitió interrumpirla.

—Ahora bien—siguió diciendo—yo esoy esperando tu contestación, justamente lo mismo que en el momento en que tu primo entró en la habitación. Es muy sencillo: tú dirás si prefieres hablar ahora... o que él hable por ti—terminó con una leve sonrisa desdefiosa, mientras me miraba.

Naturalmente acudí al quite:

—Bien, yo me voy. Tú hablas con Teresa todo lo que quieras, y nada más tengo que hacer aquí. Os veré después... Discúlpame mi inoportuna entrada, Teresa—terminé, volviéndome a ella.

El hombre estaba angustiado y temeroso de quedarse solo, pero yo no quería permanecer allí, ya que el único motivo para ello hubiera sido decirle a la mujer que yo conocía las sospechas de Juan, y ni siquiera sabía si Juan se las había comunicado a ella. Era arriesgado y, por otra parte, le dejaba así a él el recurso de defenderse aferrándose a mi explicación del motivo de su viaje.

La mujer se levantó, y con una sonrisa amplia y amistosa, que le reflejaba una nueva expresión en los ojos y en la boca, me ofreció su mano.

—Sí, déjanos solos. Sería demasiado darte preocupaciones con nuestros asuntos... No decidiremos nada definitivo sin decírtelo, ya que pareces el ángel guardián de este niño grande.

—Como quieras. ¡Adiós!

Los dejé solos y me fui a la Academia de la Historia, donde el mozo me llevó un rimero de libros. Al cerrar volví a comer, y me encontré con un recado telefónico de Juan, que me esperaba con Teresa, por supuesto, para almorzar en un restaurante conocido.

Era ya tarde y no quise ir. Ni siquiera le telefoneé, pues comprendí que era una llamada de socorro, y creo—a pesar de toda mi buena voluntad—que cada uno debe combatir sus propias batallas.

IV

NOCHE ANGUSTIADA

Me equivoqué, al menos en parte. Tuve que intervenir, y más pronto de lo que había pensado. Aquella tarde debió ser un infierno para la pareja.

Al atardecer me llamaron desde un salón de té. Habló Juan, y me dijo que Teresa y él habían decidido contarme el resto del asunto, y me citó para la noche en el mismo restaurante donde estuvieron a mediodía. No me quedaba más remedio que ir.

Los encontré en una mesita apartada que tenía un florero con rosas. Teresa estaba elegantísima, más arreglada que cuando la conocí aquella mañana, pero ni la sombra plateada de sus párpados

disimulaba sus ojos enrojecidos, brillantes de excitación, ni el rouge podía ocultar la cansada huaca de sus labios. El pobre Juan no sabía qué hacer con las manos ni dónde poner los ojos. Me pareció que evitaba mirar a Teresa, pero quizá fué una impresión equivocada.

Luego supe que habían pasado una tarde borrascosa en las habitaciones de Teresa en un hotel de la Gran Vía. Ella había llorado mucho y se había indignado con Juan por su cobardía al abandonarla sin antes tener una explicación. La cosa acabó haciéndole confesar Teresa las verdaderas razones de su conducta y el hecho de que yo las conocía por él. Fué entonces cuando tomó ella la decisión de confiarse a mí.

Decisión que entonces me pareció inexplicable, dado el escaso tiempo que nos habíamos visto, pero que luego hube de comprender. Teresa quería a Juan, era indudable, y los dos coincidían en la expansividad de su carácter. Pero ella era más enérgica, más vivaz, y vió que él era incapaz de juzgar con la serenidad suficiente para tomar una decisión coherente y mantenerla de una manera firme, y necesitó entonces de alguien que la ayudara a moverlo a tomar una decisión. En cualquier sentido, pero una decisión. Y—naturalmente, dadas las circunstancias—ese alguien no podía ser otro que yo.

Me saludó Teresa cordialmente, aun cuando no pude dejar de advertir aún cierta reserva temerosa en su expresión, y después—sin rodeos—empezó a exponerme la situación, después de que el camarero hubo servido los cafés. Me dijo entonces, con voz lenta y forzada:

—Esta tarde me ha contado Juan todo lo que te había dicho a ti antes. El y yo—sonrió con ternura al decirlo—estamos casi... en estado de guerra. Yo no he querido darle ninguna explicación porque no me parece que esté en condiciones de aceptarla, ni siquiera de comprenderla.

Juan le lanzó una mirada colérica, pero continuó en silencio. Teresa sacó un cigarrillo rubio de una minúscula pitillera de oro y, con calma, lo insertó en una larga boquilla. El «clic» del bolso al cerrarse sonó estruendosamente; tan callados estábamos. Le di fuego y fumó con delectación. Luego se dirigió a mí escogiendo cuidadosamente las palabras.

—Esa explicación que no le he dado a Juan os la daré a los dos. Necesito que alguien me justifique, pero es preciso que me des tu palabra de honor de que olvidarás lo que diga en cuanto yo lo desee. Tú vas a ser juez... y con mucha más verdad de la que ahora pueda parecerse.

Dijo esto mirando cómo su mano, como una cosa aparte, deshacía la ceniza del cigarrillo en el cenicero. Al terminar alzó la cabeza y me miró con sus grandes ojos, ahora húmedos. Le temblaban imperceptiblemente los labios y la barbilla, pero nuestros ojos bebían sus facciones.

Asentí, inclinando levemente la cabeza, mientras la miraba a los ojos, penetrado de una extrema seriedad.

Teresa cogió la barba de Juan muy suavemente y le hizo mirarla de cerca. Entonces, con un leve estremecimiento, como un escalofrío, dijo en voz muy baja, como pensando para sí, casi en un suspiro:

—Os confieso que estoy asustada... Tú llevabas razón, Juan...; yo maté a David, pero él fué responsable de la muerte de mi padre. Me enteré por él mismo aquella noche.

Yo no estaba preparado para oír nada semejante. Por un momento sentí un frío agudísimo en la espalda y en seguida una insoportable sensación de agobio. Me quemé al aplastar salvajemente mi cigarrillo, y eso me hizo reaccionar. Me dió lástima de los dos y vi que no nos era posible seguir allí, a pesar de la soledad de nuestro rincón. Juan no dijo nada: se quedó lívido y se puso la cabeza entre las manos acariciándose las sienes delicadamente.

Llamé al camarero, que nos miró confuso ante las caras trágicas que teníamos, y pedí la cuenta y un taxi. Por raro azar, había uno en la puerta. Cogí a Teresa del brazo y di al chófer la dirección.

Luego de unos minutos de silencio angustioso en la penumbra del coche, subimos en el ascensor a las habitaciones de ella.

Había allí una cama de matrimonio, y me sorprendió ver unas maletas apiladas en un rincón, unas maletas que yo conocía bien: las de Juan. Días después supe que las había traído la propia Teresa, que las obtuvo juntamente con su dirección.

La mujer se echó de bruces en la cama y al fin rompió a llorar histéricamente. Juan se había sentido como un autómeta, lejos de la cama, lejos de

ella, junto al radiador de la calefacción, y estaba extrañamente embaído, con los ojos muy abiertos.

Esto duró bastante, en tanto pude calmar a Teresa. Se sentó en la cama, mirándonos con una expresión trágica y lamentable en sus ojos manchados por el rimmel.

Son la voz rota, pero clara y distinta, nos contó una larga historia. Una historia que me hizo estremecer y compadecerme de todos y de mí mismo.

—David estaba borracho... Yo nunca pensé en matarle. Nunca lo hubiera hecho, a pesar de todo, y aun ahora no me explico cómo pude hacerlo... Fué aquel desgraciado atraco: acababa yo de saber de su propia boca lo más increíble, y estaba medio loca de miedo y de ira... Cuando aquel hombre le golpeó y huyó, dejando su arma, estaba David de rodillas, herido, sangrando... Sentí un inmenso estupor, una turbación enorme, y maquinalmente, como si mis manos fueran independientes de mi voluntad, sin poder detenerlas, cogí el tubo de plomo, sin soltar siquiera la costura que tenía en las manos cuando ellos entraron.

Se interrumpió; se quedó con los ojos bajos, las manos en las rodillas. Al fin, siguió:

—Le golpeé... No sé cómo, pero fué un momento de furia ciega. No puedo olvidarlo... Me di cuenta de lo que había hecho y soité lo que tenía en las manos... No estaba horrorizada, sino llena de pena. El cariño que le tuve se me deshizo en una pena muy honda. Le odié solamente un instante—caió un momento y siguió en tono más bajo—; hubiera querido hacer algo por él.

Se rehizo algo y continuó:

—Luego llegó el casero..., y luego tú, Juan...

Le pregunté al fin, con dulzura, ante su terror y su pena:

—No acabo de comprenderlo bien, pero dime: ¿Qué nos dijiste de que él era responsable de la muerte de tu padre?... Nada sé de eso.

—Sí—contestó ella—. David hizo que mataran a mi padre. Me lo dijo él mismo aquella noche, y cuando entraron aquellos hombres estaba loca de miedo ante sus burlas y su jactancia... Pero no lo hubiera matado, nunca hubiera sido capaz de eso, de no haber visto su sangre, de no haber empezado otro...—terminó, tapándose los ojos con las manos.

Y yo os contaré en seguida la historia que nos contó a nosotros Teresa, huyendo de matices personales, que nada añadirían.

V

LA HISTORIA DE DAVID

Años atrás, el padre de Teresa, don Aurelio, era un prestigioso abogado en la capital. Teresa era aún una niña cuando, un buen día, visitó a su padre un muchacho: David Barnegay. Llevaba una carta.

Fué éste el principio de la historia. David era hijo de un íntimo amigo de don Aurelio, al que la vida había derrotado y acababa de morir en un país lejano. Quedó solo David y volvió a su país. Tenía veinte años, una mente rápida, una experiencia poco común, dada su vida andariega, y una presencia física atrayente.

Le agradó el joven a don Aurelio, que no tenía más familia que su hija, y—atendiendo a la petición de su difunto amigo—se decidió a tomarlo bajo su protección. En adelante vivió en su casa, y en breve tiempo cursó la carrera de Derecho, preparándose para compartir con el abogado su bufete. Todo parecía definitivamente encauzado y la vida transcurría plácidamente.

Pero la sangre inquieta de David no le permitía adaptarse a un ritmo pacífico. Empezó a compliarse en negocios arriesgados, peligrosos, a espaldas de don Aurelio, y como necesitaba dinero acudía a todos los medios posibles para buscarlo, sin reparar mucho en la honestidad de los mismos.

Uno de estos asuntos poco limpios llegó a conocimiento de don Aurelio, que reprendió vivamente a David. Se sometió éste con aparente docilidad, pero aprovechó la oportunidad para conmovier al abogado y obtener de él una buena cantidad de dinero que necesitaba urgentemente para recuperar unos documentos que le comprometían seriamente.

Dió el dinero el abogado, pero—precavido—guardó esos documentos como rehenes de la buena conducta que en adelante habría de observar David.

Mientras tanto, Teresa había crecido y todo parecía ser como si estuviera destinada a David. El padre siempre alentó estas ideas, pero a raíz de la



repreñión se decidió a mandar a la hija a un colegio suizo, a fin de mantenerlos apartados en tanto comprobaba la corrección definitiva de David.

Se encontraba éste atado y molesto con la impuesta separación, de la que no se le ocultó el motivo. Don Aurelio lo trataba con cierta sequedad y más desconfianza desde el incidente y él sentía crecerle dentro un odio impotente contra su protector.

Un día, pasado el tiempo, afrontó a don Aurelio para pedirle destruyera aquellos documentos, asegurándole que eran para él una obsesión, y que nada influiría ello en su conducta futura y en el respeto y cariño que le debía.

El abogado no accedió y le dijo que nunca lo haría, pues quería tener una garantía de su rectitud, ya que, como estaba compenetrado con él en todos los asuntos profesionales, una ligereza más de David podría acarrearle a él mismo graves perjuicios.

No hablaron de Teresa, pero don Aurelio ansiaba su vuelta y se decidió a traerla. No dió David, en tanto, ningún nuevo motivo de queja.

Tenía la muchacha dieciocho años cuando llegó, y David se sintió más impresionado que nunca por ella. Se dijo que era preciso obtenerla, a la vez que aquellos documentos.

A Teresa le gustaba David, pero nunca había pensado en casarse tan pronto. Por eso le sorprendió mucho y le halagó la declaración de él.

Pero David sabía que había de ganarse al padre, y su declaración a Teresa—aparte responder a sus apasionados sentimientos—buscaba conseguir un aliado.

Y un buen día planteó su pretensión al abogado. Obtuvo una nueva negativa, pues éste alegó que Teresa era muy joven y—por otra parte—prefería que ambos esperasen unos años, en tanto se consolidaba la reputación de David al amparo suyo. Y a la repetida petición de los documentos se negó en redondo, por las mismas causas de la otra vez, aumentadas ahora por la pretensión de David sobre su hija.

Estalló por entonces la guerra española. Vió allí David una oportunidad para sus planes. Bastó una denuncia que él efectuó para que perdiera la vida don Aurelio una de tantas madrugadas trágicas. En tanto, él tuvo la habilidad necesaria para refugiarse con Teresa en una Embajada y escapar más tarde de España. Nadie le quedaba a Teresa en el mundo más que David, que la había salvado, y del que nada reprochable supo nunca.

La casa de don Aurelio fué saqueada y entonces recogió David los documentos que le comprometían, destruyéndolos seguidamente.

Cuando terminó la guerra, David y Teresa estaban casados. Él se dedicó, con el dinero de su mujer a los negocios, grandes negocios en la coyuntura de la guerra mundial. Estuvo en Francia, en Italia, en Alemania. Teresa lo esperaba siempre, pues si bien en un principio le acompañaba en sus viajes, después crecieron tanto sus actividades que prefirió estabilizarla en su casa, a fin de tener más libertad de acción.

Y al fin un día llegó agotado, deprimido, al lado de su mujer. Tenía los nervios destrozados y bebía incesantemente. Teresa, con su sola presencia, le recordaba siempre su criminal conducta, y este recuerdo, que antes eludía sin trabajo, le obsesionaba ahora en la crisis nerviosa que padecía.

Fueron a pasar el verano, alejados de los negocios, en una villa que poseían en el Sur, y Teresa pudo comprobar, día tras día, el profundo cambio y el progresivo retraimiento de David, que la tenía abandonada prácticamente y bebía cada vez más.

Y una noche del final del verano, cuando ya preparaban su regreso a Madrid, le reprochó Teresa con crueles palabras su conducta respecto a ella, quejándose de que la falta de su padre la dejaba sin apoyo.

Fuó entonces cuando, irritado David, y embriagado, insinuó que él ya se había preocupado de que su padre no les molestara nunca, y ante las preguntas extrañadas e indignadas de su mujer, contó toda la historia con la volubilidad del alcohólico.

VI

¿LIBERACION?

Después de contarnos Teresa aquello, la pasión y la compasión vencieron la apatía de Juan, que había cambiado perceptiblemente en el curso del relato, luego de su decaimiento ante la cruda revelación. Se veía bien claro que le era más fácil soportar la realidad, la certeza, que la inquietud anterior.

Nadie solicitaba ya mi opinión y me despedí con breves palabras. No me era posible asentir a su relato: soy muy realista y sabía que al muerto no se le podía volver a la vida. Por otra parte, ninguna pena castigaría más a Teresa que la que ya llevaba—honda y perenne—dentro de ella.

Pero había un hombre condenado injustamente, en grave situación, y yo tenía también mucho que pensar, pues—casi no me atrevo a decirlo—aquella noche yo amaba a Teresa, aunque no tuve entonces la certeza.

Ella se había calmado durante el relato. Le dije

que durmiera tranquila, que ya hablaríamos al día siguiente; que comprendía perfectamente su situación, su sufrimiento. Creo que apenas me oyó.

Juan le dijo vulgares frases de cariño y me costó trabajo llevármelo de allí.

El ascensorista de noche bostezaba aburrido. La calle estaba hermosamente sola y casi oscura. Habían cerrado ya los cines, los cafés y hasta los quioscos de revistas. En la esquina de la Telefónica había una vieja acurrucada que vendía fósforos y los diarios de la noche. Como el día había sido muy atareado, no había tenido tiempo de leer la Prensa, y compré uno.

Íbamos Juan y yo paseando lentamente, en silencio. A la luz de un foco, en la Red de San Luis, leí una noticia. Una noticia: seis breves líneas. Seis líneas que tuvieron la virtud de hacerme sonreír, a mi pesar, con una mezcla de amargura y de satisfacción.

Era una noticia de provincias que me había saltado a los ojos al volver una página. Apenas tenía importancia, y—desde luego—ninguna para el gran público. Pero para nosotros tres, tres almas débiles, asustadas en la soledad de la noche ciudadana, hosca de esquinas grises, significaba la liberación de muchas pesadillas:

«En la cárcel provincial de X... se ha suicidado el asesino de don David Barnegay, que fué sentenciado la pasada semana en la Audiencia...»

Juan paseaba a mi lado, alto, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y un cigarrillo en la comisura de los labios.

—Juan...

—¿Qué?—dijo con apatía.

—Acabo de leer en el periódico una noticia importantísima...

—¡Bah! Déjate de tonterías. Ninguna importa nada.

—Es en serio, mira—le dije, poniéndole el diario enfrente, mientras le señalaba el párrafo.

Os aseguro que aquello fué como si le hubiesen azotado. Me arrancó el periódico de las manos y, con los ojos febriles, me dijo un momento después:

—¿Pero tú te das cuenta de lo que significa esto para nosotros?

Y me miraba temblando, con las piernas inseguras y rígidas las líneas del rostro.

—Sí—contesté significativamente— quiere decir que ya estoy relevado de la carga de juzgar.

Bajó él los ojos y repuso:

—Compréndeme, debo ir a decirselo a Teresa.

—¿Volver a estas horas? No me parece...

Se sonrió con cierta indecisión al contestarme:

—Sí, ¿sabes? Teresa tomó la habitación a mi nombre, diciendo que era mi mujer. Yo... no hubiera ido pero ahora necesito darle esta noticia.

—Hummm..., yo no soy un puritano, pero, ¿no es mejor que le telefonées desde casa?

Juan me miró y apretó los labios.

—Prefiero ir—me dijo secamente.

Y no me quedó más remedio que encogerme de hombros.

—Allá tú.

Y él, sonriendo, queriendo hacerse perdonar su inusitada desobediencia, se despidió con un gesto amable.

—Hasta mañana.

—Si Dios quiere—le contesté, y seguí, pensativo, calle de la Montera abajo.

Aquella mujer, Teresa, me obsesionaba. Tenía algo maternal y algo provocativo a la vez. Un puro contraste: la llenaba de pies a cabeza una sorda sensualidad y—sin embargo—sus ojos grises eran firmes y severos.

Cuando llegué a mi habitación, me tumbé en la cama y empecé a fumar, pensando intensamente.

Estaba turbadísimo por los acontecimientos de la noche. Mi instintiva simpatía por Teresa se había reafirmado, aun cuando algo no iba bien dentro de mí. Cuando ella lloraba, yo me sentía indignado contra Juan, pensando que, en su caso, no lo hubiera permitido. Así esperé un rato, y fué luego—ante el mutismo de Juan—cuando me adelanté y traté de calmarla.

Recordaba el momento con íntima aprensión. Estaba ella echada de bruces, llorando, y le puse una mano en el desnudo hombro estremecido. Tenía la piel suave y ardorosa. («El muy animal!», pensé para mí.)

No respondió Teresa a mi contacto, e hice entonces una leve presión, casi una caricia. Recuerdo que también yo estaba estremecido, me temblaban

las manos y sentía los latidos rápidos de mi corazón. Se alzó ella un poco y me miró.

Y entonces no pensé ni en Juan, ni en el motivo de todo aquello: tan sólo en ella y en mí, mientras nuestras miradas se cruzaban como espadas vencidas. Me senté en la cama, muy cerca de ella, y mientras mi brazo rodeaba su espalda—paternalmente, pensaría Juan—se fué tranquilizando.

En fin, el hecho era que yo estaba allí, solo, mientras Juan estaba con Teresa. ¡Demasiada suerte! Pero me lo tenía merecido, por haberlo dejado ir. No había que pensar más en ello: yo no era el enamorado, sino él. No quise pensar más. Con esfuerzo me desvestí y me dispuse a dormir; pero el alba y el chirrido de los tranvías madrugadores me llegaron con los ojos abiertos y con mi provisión de tabaco casi agotada.

VII

LA VIDA CONTINUA

Las cosas siguieron su curso. Juan obtuvo el puesto que pretendía poco después de haberse casado con Teresa. Rehuyo conmigo toda conversación sobre la boda y sólo en una ocasión me confesó que su mayor miedo había sido siempre que Teresa hubiera matado a su marido para quedar libre para él, como había llegado a pensar en los primeros momentos, llevado del tormento de aquellas frases apasionadas de Teresa en la noche sombría en que él entró en la casa y la encontró junto a David, ya muerto.

Me dijo que eso hubiera sido un obstáculo insuperable para sus relaciones con Teresa, pero que su confesión y—sobre todo—el hecho irreparable de la muerte del atracador le habían impulsado decididamente a dejar atrás todo el pasado.

Yo comprendía perfectamente su actitud y hasta es posible que yo hubiese obrado igual en su caso. Pero él veía sólo el lado favorable del asunto, ya que—aun olvidando el primer delito de Teresa, con todas sus posibles justificaciones—quedaba el hecho afortunado de la muerte de aquel hombre injustamente condenado. Juan apreciaba únicamente el matiz liberador de este hecho: era irreparable, y por ello, ya no había nadie a quien pudiera perjudicar el encubrimiento del pasado.

Pero esto era natural, humanísimo, y la alegría de verse liberado de la pesadilla le hacía olvidarse de los posibles terrores del futuro. De un futuro sombrío en que él—tan reflexivo antes, tan excesivamente introspectivo—no podría desconocer a la larga el hecho de que la felicidad que trataba de construirse al lado de Teresa estaba cimentada sobre sangre de hombres, fuesen cuales fuesen sus justificaciones. Nada en el mundo podría borrar esto, y el haber eludido la justicia terrena no podía evitar el íntimo castigo del más atroz remordimiento.

En cuanto a Teresa, nada supe de su actitud hasta después. Días después de la noche en que nos hizo su confesión se volvió a su ciudad. Se despidió de mí brevemente en la misma estación. Me miró a los ojos mientras me apretaba fuertemente la mano y me dijo:

—Perdóname. No sé todavía qué voy a hacer. He hecho mal en todo, y ahora...—hizo un gesto de infinito desaliento—, ahora he ligado a Juan tanto, tanto...

Lo vió venir a lo lejos. Venía por el andén, con unas revistas para Teresa. Siguió diciéndome, en voz más baja:

—Ya no cuenta mi vida ni mi felicidad. No sé cómo lograré no hacer desgraciado a Juan, pues ahora no puedo huir como él huía de mí—y me sonrió con amargura al decirlo—, y, sin embargo, quisiera hacerlo.

Llegaba ya a nuestro lado. Sólo pude decirle:

—Que Dios te ayude, Teresa—y casi mentalmente supliqué—, y que a mí no me deje pensando siempre en ti.

Ella abrió mucho sus divinos ojos, como dos fuentes de luz, y no me dijo nada. Le bastó mirarme de aquel modo para que yo conociera aquel milagro.

Si, pues un milagro era. ¡Teresa huía, pero era de mí! Y yo fui tan cobarde que no supe retenerla.

No sé cómo llegaron a casarse. No estuve en la boda porque no quise. Ni puse impedimento alguno, pues me constaba la limpieza de sus conductas durante la vida del marido, y—sobre todo—que el motivo del delito de Teresa nada había tenido que ver con Juan, al que se acogió en un momento terrible para aliviar su angustiosa situación. En su encuentro con él en la noche el crimen se dejó llevar de su sensación de desamparo, de su desequilibrio, y sintió instintivamente que era aquel el momento decisivo en que una frase suya, un beso, una caricia decidirían el indeciso amor de Juan.

Efectivamente, mucho después de los hechos que me quedan por contar, me dijo él que fué aquello lo que convirtió su naciente inclinación por Teresa en un verdadero amor, de una violencia extraordinaria en quien, como él, había vivido siempre lejos de toda vida amorosa.

Os dije que se casaron. Pues bien, Juan se la llevó con él a Guinea. Ni siquiera se quedaron en Santa Isabel.

Por las cartas de Juan—en las que Teresa me escribía breves líneas afectuosas—supe que se había dedicado de lleno a su trabajo. Estaban en Río Benito y ella no había querido dejarlo solo.

Supe después que Teresa estaba enferma. Juan tomó disposiciones para volverla a España, pero ella se negó absolutamente, y su voluntad siempre fué más fuerte que la de Juan.

Un día recibí un telegrama. Teresa había muerto y Juan regresaba en el «Dómine», que llegaría a Cádiz unos días después. Me rogaba fuese a esperarle.

VIII

LA PAZ

Llegué a Cádiz a mediodía, y el barco poco después. Era un día de Levante en calma y el mar era una limpia lámina de color verde lechoso, surcado aquí y allí de cabrilleantes venas de plata azulada. A la izquierda, los balandros del Náutico estaban quietos, con el velamen arriado. Sólo un «snipe» giraba armoniosamente en las silenciosas aguas de la dársena. Una lenta calma lo presidía todo.

El buque pintado de blanco atracó al muelle con cuidadosa maniobra. Juan estaba junto a la pasarela y bajó en seguida. Estaba cambiado: más delgado aún y más moreno. Adiviné cabellos blancos en sus sienes.

Me dijo que iba a Madrid, y que me había rogado que le esperara, pues no quería estar solo al volver a España. Me traía una carta de Teresa.

Como yo tenía trabajo urgente en Madrid y nada nos retenía en Cádiz, salimos al día siguiente, en el expreso de la tarde.

Tuvimos suerte, pues vinimos casi solos en el departamento. Venían con nosotros dos suizos que, evidentemente, no conocían nuestro idioma, y pudimos hablar con toda libertad. No quise abrir la carta de ella hasta oír a Juan.

Naturalmente empezó la historia por el final. Me habló de su angustia viendo que Teresa se le moría y no podía hacer nada por evitarlo. De su muerte tranquila y desfallecida, allá en la explotación maderera del interior, cerca de Río Benito.

Fué por la tarde, a la hora en que les sube len-



tamente la fiebre a los enfermos, cuando Teresa murió. No pudieron salvarla. El clima denso la iba apagando día por día, casi imperceptiblemente, y cuando quisieron sacarla de allí ya era tarde. Ella no había querido salir y había esperado—quieta— a la eterna y sombría compañera. A ella había esperado minuto a minuto—en las horas lentas y pesadas en que la piel se mojaba con sólo mover los brazos—, reclinada en aquel sillón, viendo moverse lentamente las violentas líneas de cruda luz que se filtraban por todos los sitios.

.....
[Aquella noche en que él, acostado, se levantó bruscamente sobre sus codos! La noche vibraba en torno del lecho y él sentía los estremecimientos del aire; un vacío intenso, ruidos apenas perceptibles, el tenue vuelo de los insectos los súbitos silencios de las cosas. Y en un momento le sobresaltó la extraña presencia de algo.

Era ya el alba: estalló el sol, llenando la habitación de rayas blancas y negras. Ella estaba a su lado, muy pálida, pero tranquila. Aún dormía.

Aquel día la encontró Juan febril y decaída, y quiso que marchara a Santa Isabel, pero ella se negó de modo terminante, aunque con una dulce sonrisa. No tardó mucho en morir. Se extinguió sonriendo.

.....
Como se casaron bastante aprisa, su viaje de novios fué aquel larguísimo a la colonia. Un amigo portugués les invitó a visitarle en sus plantaciones de Angola. A Teresa le gustó mucho aquello. Al volver tocaron en Libreville, pero la guerra había llenado la costa de puestos militares y no bajaron del pequeño carguero que los llevaba otra vez a Santa Isabel.

Cuando llegaron al interior, Teresa tuvo una impresión poco agradable. Le asustó la selva, pues ella había creído encontrar en el territorio del Muni los mismos trabajados campos de Angola, ya que no la reducida sociedad de la isla. El constante sol sin alegría, y la imponente soledad, le deprimieron el ánimo.

Tenía ella una gran preocupación, casi una constante obsesión en preguntar a Juan, mirándole ansiosamente a los ojos:

—¿Eres feliz conmigo? ¿Te hago feliz?

A Juan le dolía esto. Más de lo que nunca le dijo, pues pensaba que ella era demasiado abnegada, que no era feliz, que no podía serlo. Le miraba hasta cuando tenía ya la cara demacrada y los ojos agrandados por la fiebre.

Estaba arrepentido de aquella tonta decisión de haberla llevado consigo a Guinea. Todo había sido inútil: estar allí, aguantar aquel clima insostenible... y todo por nada. Había tratado de alejarse de la península, de todos los recuerdos de la pasada tragedia.

Pero sentía que había sido inútil, porque Teresa no podía olvidar, y «aquello» era como una sombra que pesaba misteriosamente sobre el espíritu de los dos. Ella se sentía culpable no sólo del crimen, sino de haber cedido a Juan, uniendo sus destinos; pero ya no era posible desandar el camino. Quería proporcionarle toda la felicidad posible para compensarle de algo que sentía oscuramente le había sido sacrificado; y su fracaso hubiera sido total de no lograr que Juan fuera feliz.

Y a él le molestaba todo esto, que no dejaba de intuir. Pero —pese a todo— era efectivamente más feliz que nunca había sido. Físicamente se encontraba muy bien, pues el clima no le afectaba; su nuevo trabajo le absorbía, y el amor de Teresa le rodeaba de una sensación de seguridad, de dominio, de que nunca había gozado.

Por todas estas cosas, la enfermedad y la muerte de su mujer trastornaron atrozmente aquel mundo nuevo que se forjara a través de tanto funesto azar.

.....
Poco antes de su muerte le había preguntado Teresa a Juan.

—¿Qué harás cuando yo me muera?

El hundió la cabeza en las manos, y ella le acarició en silencio con su mano febril.

Fué entonces cuando le dió una carta para mí. Le había rogado que no la leyera.

.....
La noche era densa detrás de los cristales del vagón. El departamento estaba lleno del humo del tabaco que no habíamos cesado de fumar. Hablábamos en tono discreto, porque los suizos se habían dormido.

En aquél instante entrábamos en una estación. Al detenerse el tren, el suave chirrido de los frenos y el silbido del vapor se extinguieron en un silencio que fué casi mágico. Saqué la carta de Teresa, que me había dado antes Juan, la abrí respetuosamente y la leí para mí. No quería mirar a Juan, pero lo sentía anhelante, enfrente de mí, queriendo adivinar aquellas líneas por el envés.

La carta no contenía ninguna extraordinaria revelación. Sólo decía:

«He querido a Juan. El también me quiere, y sin embargo yo pago ahora mi cobardía. Sé que me muero, porque no puedo vivir. Nunca debí ceder a su cariño, que él hubiera olvidado. Lo ligué a mí, y he sufrido demasiado por mi causa; aun hoy, yo no puedo olvidar. Es mi castigo.

No cabe felicidad fundada sobre la sangre; ahora lo veo claro, y tú lo supiste cuando todavía era tiempo. Yo fui cobarde y no supe renunciar.

Tú eres fuerte. Haz por mí lo que yo no he podido hacer. Juan es joven, irremediablemente joven, y tú puedes hacer que él rehaga su vida, olvidándose, olvidando este intermedio tan doloroso. Así, con esta esperanza me voy sin demasiada pena.

Tu, que me comprendiste antes, seguirás haciéndolo cuando yo ya no esté. Ya no me queda nada por hacer.»

.....
Entre líneas leí muchas cosas más. Sí, podía darle la carta a Juan. Yo sentía una gran angustia, y un extraño pudor frente a él, temiendo que comprendiera. Le entregué la carta sin una palabra y salí al pasillo.

Al extremo dormitaba la empleada en su asiento. Desatasqué meticulosamente mi cachimba, la encendí, y viendo a mi derecha a otro viajero solitario, bendije la ocasión y entablé con él una charla de circunstancias.

—Vamos bien esta noche, ¿verdad? No hay demasiada gente...

.....
Tardé más de un cuarto de hora en volver al departamento. Juan estaba reclinado en su asiento, con los ojos cerrados. No los abrió al sentir que yo entraba y volvía a cerrar. Me acomodé, sin decirle nada, luego de apagar la luz.

EPILOGO

Esta es la historia. Juan heredó a su mujer, que tenía una discreta fortuna. Después del viaje que hicimos juntos, y una vez arreglados rápidamente sus asuntos en España, se volvió al Muni; renunció al destino que tenía y se asoció a una empresa maderera, donde también presta sus servicios médicos. No tiene deseos de volver a España, y en sus cartas —no muy frecuentes, pero siempre cariñosas— me habla de que tiene mucho trabajo y de que se encuentra a gusto. Pero nunca me dice nada de Teresa.

De mí, nada hay que decir. Pero muchas veces pienso en el curso que hubieran tomado los acontecimientos, de ser yo, y no Juan, el protagonista. Pienso que yo hubiera hecho revivir a Teresa.

Juan no lo sabrá nunca de mi boca, pero mi recuerdo de ella es una rara amalgama, que sólo en algún precioso instante logro comprender: es esa inmensa ilusión de las cosas no realizadas, con una enorme pena por su muerte y un rencor infinito a Juan, por no haber logrado reavivar en ella el divino deseo de vivir.

Además —y esto apenas me atrevo a confesármelo— tengo una confusa satisfacción, porque la pálida muerte le privó de Teresa.

SUSCRIBASE A

POESÍA ESPAÑOLA

Usted usará **NOVOPAN**

porque **NO** SE APOLILLA
SE DEFORMA
SE AGRIETA
SE ALABEA

El NOVOPAN es un tablero perfeccionado de maderas cruzadas, compuesto de tres capas. Entre dos de ellas, formadas por virutas de pino especialmente preparadas, se encuentra una tercera, porosa, de trocitos de madera (1.000.000 por metro cuadrado en un tablero de 19 milímetros). Todo ello está aglomerado con resina sintética.

Las principales ventajas de NOVOPAN, comparado con los tableros contrachapados corrientes, son: su inercia (falta de vida para cambiar de posición por sí solo), su estabilidad sorprendente, lo plano de sus superficies, su resistencia a la flexión y su poder aislante térmico y acústico.



Arriba: El «stand» Novopan, en la Feria de Barcelona.—Abajo: Vista general de la fábrica

● Si es usted constructor le interesará conocer las ventajas de NOVOPAN sobre toda clase de tableros.

● Y si piensa utilizar nuevos muebles procure que estén contruidos con NOVOPAN.



Vilarrasa, S.A.

Calle Jesús, 85
VALENCIA

PRESENCIA DEL LIBRO EN LA XII FERIA OFICIAL E INTERNACIONAL DE MUESTRAS DE BARCELONA

Las novedades, los éxitos y las futuras ediciones de cuatro editoriales barcelonesas

Monografías, obras educativas, técnicas y de fondo permanente

EN EL ÚLTIMO AÑO SE HAN MULTIPLICADO LAS VENTAS DE LIBROS ESPAÑOLES EN EL EXTRANJERO

Por primera vez participan las Artes Gráficas de Barcelona con el rango merecido en esta Feria Muestrario

BANDERAS al viento. Músicas y animación de la riada humana. Junto a las fuentes de la plaza del Universo, las casetas de refrescos, de vinos, de bocadillos y golosinas. Tipos y acentos de todos los países en el libro abierto de las maravillas de la industria y el comercio de todo el mundo. El arte y la artesanía, por añadidura. Y el color de los trajes típicos, donde la mantilla o encaje talaverano trenzan cálidos poemas en las mujeres del abanico regional.

XXII Feria Oficial e Internacional de Muestras de Barcelona, recostada sobre el parque de Montjuich, al otro lado de donde varó la barca de Ulises, por donde a lomos de las olas vinieron la moneda y el verso. Arriba, el Palacio Nacional, con los tesoros incomparables del Museo de Arte Románico, sin par en la geografía. Y el trajín y las voces del portfollio viviente a lo largo de la avenida de la Reina Cristina, con la avanzada de sus dos torres gemelas. En cada palacio, la sorpresa de la ingeniería, del taller o del laboratorio. Toda la gama que va desde el tornillo a la locomotora y del damasquinado o de la tela estampada a mano—la indiana—al telar más moderno y a los últimos modelos de la alta costura barcelonesa.

Del barrio moro a la sombra de la torre mudéjar, llegan los intensos perfumes orientales con la música de las derbukas y el rabel, entre los martillazos de los orfebres del Garb y de la Yebala y el regateo a la puerta de los bakalitos, donde la mano de Fátima engalana la tafiletería.

Exponente de la industrialización de España, que cada año va aumentando el recinto ferial. Con los 30.000 metros cuadrados de este año, ya se ha llegado a los 200.000 metros cuadrados. El número de millones de pesetas de las mercancías que se exhiben alcanza la cifra de los 200.000.000 de pesetas. Como novedad, la presencia de Austria, Bélgica y China y la originalidad de presentación de Estados Unidos, Suecia y Suiza. Claro que sin olvidar la importancia de los demás países que asisten a la Feria.

Las cifras cantan ahora tam-

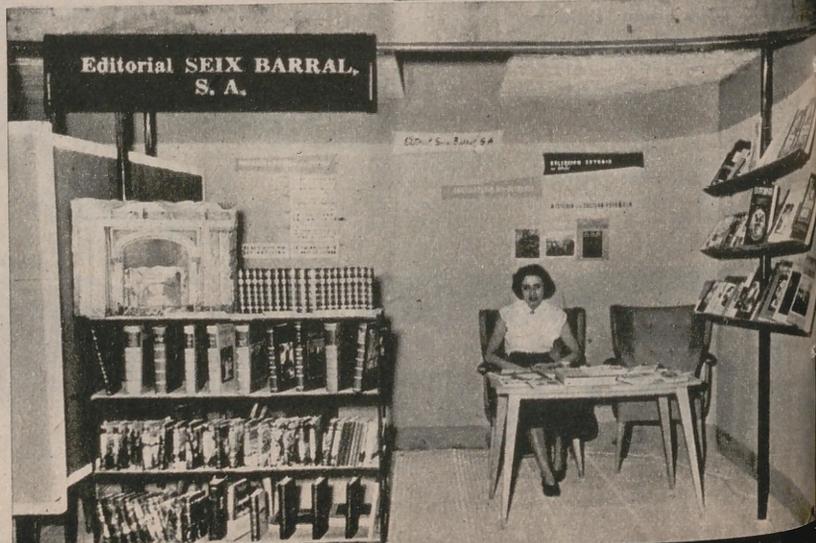
bién al ritmo de las máquinas y de las músicas. Si en 1950 la cifra global de las divisas que entraron y salieron de nuestro país en el comercio exterior, fué de 560 millones de dólares, en 1953 se llegó a los 860 millones de dólares.

LOS LIBROS ESPAÑOLES

En el pabellón número uno, a la entrada misma, la mitad del recinto está dedicado a las Artes Gráficas de todos los países. Rotativas, linotipias, prensas, máquinas planas... trenzan el ambiente con el compás de las imprentas y talleres del quehacer periodístico y editorial. Y en él, junto al Gremio de Maestros Impresores de Barcelona y su provincia, la aportación de las editoriales de la Ciudad Condal.

Cuatro «stands» y cuatro paneles con la policromía de sus matices. Las novedades editoriales del año, los libros del éxito de estas casas y los que están en preparación y dan a las jornadas el rango de fiesta mayor de la industria con el valor intelectual y artístico de las Artes Gráficas. Láminas y colores. Pulcras ediciones con una gala de portadas y la patente de las muchas ediciones lanzadas al mercado: Ediciones Daimon, Editorial Sopena, Editorial Gustavo Gili y Exito e I. G. Seix y Barral.

Primer año en que concurren



EDICIONES DAIMON M. TAMAYO

RECIBIR

Anita Colby

TU BELLEZA

El libro que ha dado la vuelta al mundo en un año

De SPÖCK

Tu hijo

LA PSICOLOGÍA DE LA BELLEZA

Una gran colección

LA BIBLIOTECA PRÁCTICA DEL HOGAR

EDICIONES DAIMON M. TAMAYO



EDITORIALES GILI y EXITO



EDICIONES DAIMON

El TESORO de la JUVENILIDAD

LA OBRA QUE INSTRUYE Y DELEITA A NIÑOS Y JOVENES

EDITORIAL EXITO S.A.

nuevo pequeño

LAROUSSE

ilustrado

EL GUSTAVO GILI - S.A.

a la Feria las editoriales con la valoración que se les ha dado a las Artes Gráficas. El libro español se encuentra en el momento de su mayor auge y no podía faltar.

En el «stand» de Ediciones Daimon, detrás de las portadas de las distintas ediciones del libro que en un año ha dado la vuelta al mundo—«Tu belleza», de Anita Colby—don Manuel Tamayo—nos hace observar la psicología de cada país reflejada en las portadas de las distintas ediciones de esta obra. En la edición noruega, una mujer rubia, desbordante de humanidad y de sonrisa; en la italiana, una joven, que en su po-

sición inclinada recata su pudor y despierta la curiosidad por su exotismo; en la francesa, la tradicional encuadernación en rústica, con buena portada al alcance de la clase media; la alemana, hecha en Suiza, con círculos de traza surrealista, donde los rostros femeninos a soman encantos parciales... Ediciones de lujo, de regalo y populares. La española, con el empaque, más noble y severo.

El mismo señor Tamayo, advierte:

—Los editores que hemos concurrido este año hemos procurado dar importancia a los dos libros de más éxito, presentar las novedades y anunciar los libros de próxima aparición.

—¿En qué han coincidido?

—En una cosa común. En que son libros prácticos, técnicos y de fondo permanente.

—Pero, ¿y la propaganda?

—No es como en las novelas, donde se ha de aprovechar la novedad y venderlas de un tirón. Son libros que permiten una propaganda lenta y difusa, que vale siempre.

—¿Y usted, qué presenta?

—El Fichero Musical, que apareció hace siete años y se va introduciendo lentamente.

—¿Contento del éxito?

—Y tanto. Como que han surgido muchas emisiones de música clásica merced al mismo. Y según testimonio, ha elevado el nivel musical de muchas emisoras de radio.

Stand de la ENCICLOPE. DIA SOPENA



—¿Y como libros de gran novedad?

—«Tu hijo», del doctor Benjamín Spock. En dos meses ha llegado a agotarse la primera edición, y «Tu belleza», de Anita Colby. Los dos pertenecen a una gran colección: «La Biblioteca Práctica del Hogar».

—¿Los títulos futuros?

—«Tu cocina». Por uno de los mejores escritores gastronómicos franceses y adaptada a España por Cabané. Y un libro para uso de todos los médicos redactado y dirigido por una veintena de catedráticos de la Facultad de Medicina. De mil doscientas páginas, con un sistema patentado de hojas cambiables.

La editorial Sopena, en su vario catálogo, presenta como libro de gran éxito, el «Diccionario» de Martínez Amador. Su orientación como novedad dentro del fondo más actual y riguroso de los diccionarios y como futuras ediciones las del «Diccionario enciclopédico ilustrado», en tres volúmenes. En vez de seguir en la novela como fondo, insiste en obras de categoría del tipo de sus famosos diccionarios y grandes obras de carácter didáctico, conforme son las de la Biblioteca Hispania.

Gill presenta en primer lugar el «Nuevo Pequeño Larousse», ilustrado, sin olvidar el «Diccionario Ideológico», de Casares. Su orientación, dentro de los fondos, es de obras técnicas especializadas, por lo que en la Feria presenta las de carácter más amplio y más popular, como «Palacios, castillos y catedrales de España».

Éxito muestra en primer término la «Enciclopedia Práctica Jackson» y la monumental obra en ocho volúmenes «Historia Universal». (Las grandes corrientes de la historia). Su fondo editorial es «El tesoro de la juventud». En especial, obras de muchos volúmenes. Las grandes novelas de la literatura universal y los clásicos, Jackson. Una de sus modalidades, que le ha proporcionado un acontecimiento en el mercado, ha sido montar en España el moderno sistema de los Clubs del Libro.

Seix y Barral. Continúa siendo la perfección del oficio en la técnica y en los materiales. Sus títulos son bastante representativos: «El Imperio español», «Historia del mueble», «El arte romano», «La España de los Reyes Católicos», «La libertad en la Gracia antigua». Las biografías para la juventud y ese mundo fabuloso de las narraciones, las exploraciones, las monografías, los cuentos para niños y la Biblioteca de Obras Clásicas.

Los editores se muestran satisfechos de las ventajas obtenidas del Estado en este último año para exportar libros. Lo que ha permitido multiplicar la venta del libro español más allá de nuestras fronteras.

Esta participación de los editores barceloneses en la Feria Oficial e Internacional de Muestras es un pregón permanente con resonancias en las tierras hermanas de ultramar.

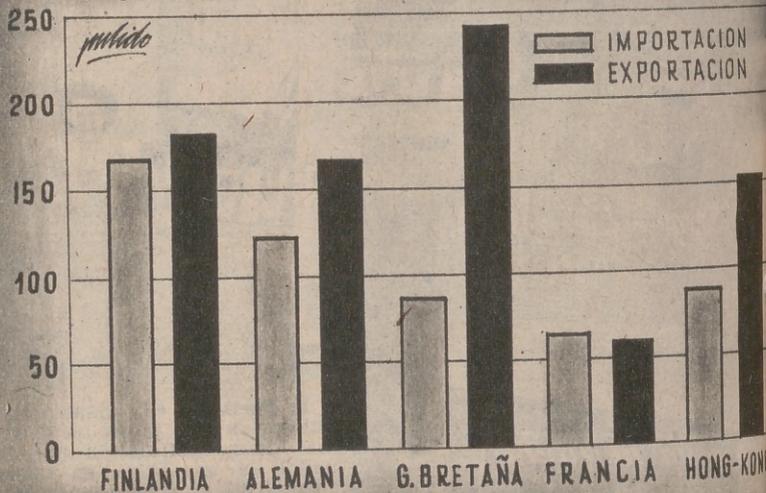
José DEL CASTILLO

UNA ESTRATEGIA DE LOS TIEMPOS MODERNOS

LA GUERRA FRIA, NUEVO TALON DE AQUILES DE LA POLITICA MUNDIAL

LOGRAR LA VICTORIA SIN COMBATIR

COMERCIO EXTERIOR DE RUSIA



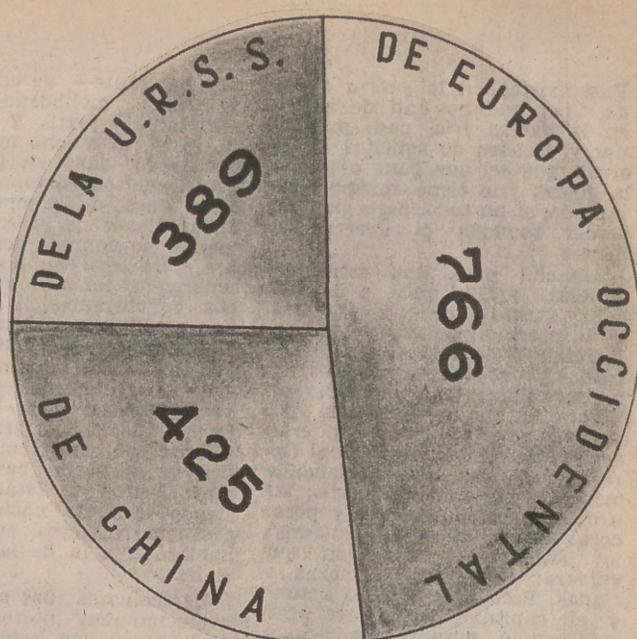
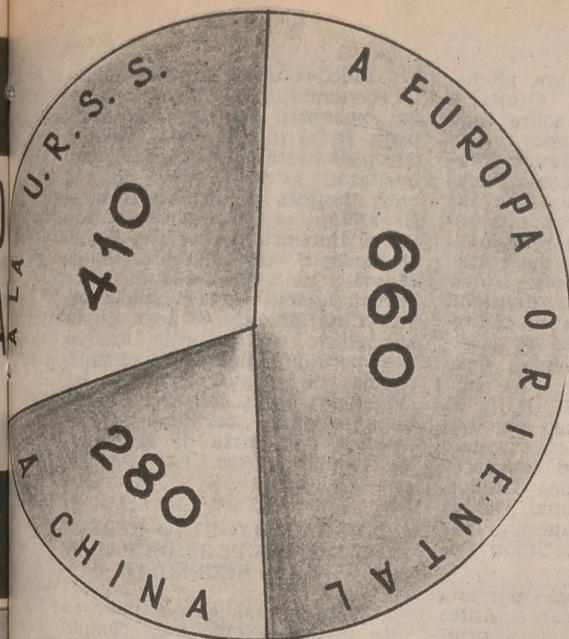
Las barras de este gráfico expresan bien claramente los índices del comercio exterior de Rusia con Finlandia, Alemania, Gran Bretaña, Francia y Hong-Kong

LA complejidad del momento histórico presente es posible que embarulle y fraccione tanto las cosas que la visión global y el sentido elemental y prudente de darse cuenta resulte demasiado difícil para muchos. Importa, sin embargo, evitar todo extravío, máxime cuando interesa fundamentalmente acertar en el enfoque. ¿Y ha atinado el Occidente al enjuiciar los acontecimientos que desquician al mundo y prolongan de hecho la guerra que estallara tan absurdamente para defender el pasillo de Dantzig hace ahora quince años? Evidentemente, no. He aquí una afirmación que no precisa ni requiere mayor explicación.

A la guerra de 1939-45 sucedió, sin la solemnidad siquiera de postreros tratados de paz—¡aun por hacer!—, esta otra guerra que se ha dado en llamar fría, que, en definitiva, no se olvide, es eso mismo: una guerra también. Una guerra con su técnica y con su estrategia peculiar. Ciertamente que una técnica y una estrategia que se diferencian no poco de lo

que hasta aquí constituía el modelo clásico normal. Pero es menester darse cuenta de la mutación. También los generales rutinarios que combatían con Napoleón y que éste derrotaba fácilmente uno tras otro se lamentaban de que el Emperador no se amoldara y revolucionara los procedimientos que suponían eternos de la guerra de entonces.

La guerra fría es, sobre todo, eso: una guerra, y esto es lo que esencialmente no puede ni cabe olvidar. Su objetivo es ambicioso en extremo: lograr la victoria sin necesidad de combatir. Y de que semejante objetivo no es totalmente ilusorio ahí tenemos las pruebas. Rusia ha implantado el comunismo en gran parte de Europa y en extensiones colosales de Asia. Los 170 millones de hombres sometidos inicialmente en 1939 a la tiranía comunista se han convertido, gracias fundamentalmente a la guerra fría, con la adición de los satélites europeos y manchurianos, coreanos y chinos, en más de 622 millones, la cuarta parte justa de la Hu



Las exportaciones del mundo libre suman 1.350 millones de dólares

Las importaciones del mundo libre suman 1.530 millones de dólares

UN ARMA PARA ANIQUILAR AL ENEMIGO: LA ECONOMIA

manidad! El éxito sorprendente de semejantes métodos hizo afirmar a Dean Acheson que el Occidente se encontraba en una situación tal que estaba en trance de perder la guerra futura ahora mismo y sin disparar un solo tiro. Porque, en efecto, la estrategia de la *guerra fría* pretende evitar y hacer innecesaria la estrategia militar propiamente dicha. *Vencer sin tiros*, en una palabra.

LA ESTRATEGIA DE LA GUERRA FRIA

Para ello la *guerra fría* requiere una técnica depurada, en la que Moscú está perfectamente impuesta y resulta ser maestro. Tanto como ignorantes sus adversarios, a los que a su vez debilita las diferencias y la propia situación interna de algunos de ellos. La *guerra fría*, para triunfar y vencer sin tirar un tiro, apunta a lo más vital de las potencias adversarias. A su demografía; a su actividad diplomática; a su equipo científico; a su cohesión interior; a su voluntad de defensa muy esencialmente y, desde luego, a su economía, de modo muy preferente también. Vamos a referirnos aquí especialmente a este último extremo. Es sólo un aspecto de la *guerra fría*; pero muy capital. En definitiva el logro de este objetivo —la debilitación económica del enemigo— es un paso decisivo en el plan que la *guerra fría* se impone, cuyo objetivo integral no es otro que *aniquilar toda posibilidad de resistencia* y convertir la guerra armada, la guerra en el sentido clásico, apenas en un mero paseo militar.

Esta estrategia de la *guerra fría* no hay que aprenderla en Clausewitz, ni en el marqués de Santa Cruz de Marcenado, ni en Napoleón, ni en Moltke. Hay que estudiarla en la diabólica técnica soviética. Marx, antes, pero sobre

todo, Lenin, luego, y, por último, Stalin, han creado esta ciencia infernal de la revolución. Ellos han analizado lo que procede hacer con las masas; cómo puede arruinarse el sistema capitalista; la forma de derrocar imperios, fomentando el anticolonialismo; la manera de desintegrar la unidad interior, el Ejército y la economía. El lema de esta *guerra fría* es, según tales gentes, *debilitar, descomponer, socavar* los cimientos de los estados presuntos adversarios. Sólo así, sólo tras de la victoria previa de la *guerra fría*, Rusia dará la voz de marcha a sus soldados. Sólo cuando la *guerra fría* haya desintegrado a sus adversarios suficientemente, en combinación con la agitación de las «quintas columnas» y de la acción, en vanguardia, de los Ejércitos satélites, la gran máquina militar soviética se pondrá decididamente en movimiento. El gran cerebro militar ruso, el mariscal Chapochnikov, lo ha explicado alguna vez: «La guerra la hacen los estados y no sólo las fuerzas armadas. La estrategia no es ya sólo un concepto militar del profesionalismo.» La nueva estrategia, en fin, requiere esa visión no sólo totalitaria, sino previa de la guerra. Bulganin, el actual ministro del Ejército soviético, lo proclamó a su vez, poco después de terminar la última contienda: «La preparación de la guerra requiere no sólo medidas militares conforme a lo habitual, sino además, y como cosa nueva, la acción empeñada de la propaganda y la actividad para buscar, como sea, la descomposición interna del adversario.»

EL IMPORTANTE PAPEL DE LA ECONOMIA

Era menester situar así la cuestión para que quien lee comprenda, en toda su singular magnitud, el alcance y la trascendencia de la cuestión, en buena ho-

ra plantada por nuestro Caudillo en sus declaraciones al presidente de la cadena de periódicos americanos de Scripps Howard. La singular repercusión que las manifestaciones del Generalísimo español han tenido en la Prensa y en la opinión mundial prueban, hasta la evidencia, la oportunidad y la importancia excepcional de las mismas.

En resumen —ya que son perfectamente conocidas en sus precisiones— las manifestaciones del Caudillo al señor Roy Howard señalan el error inicial de la táctica del Occidente frente a Rusia. La *guerra fría* la está ganando ésta y no aquél. El talón de Aquiles del sistema político comunista, a juicio del Generalísimo Franco, está en el *comercio exterior soviético*. Hay, es cierto, una política militar occidental, dirigida y uniformada, que prepara la defensa por las armas del Oeste; esto es que piensa y apunta a la guerra armada de mañana. «Pero no hay —observa sagazmente nuestro Caudillo— idéntica organización, un Estado Mayor civil —como le llama— que, unificado y coordinado con el Estado Mayor militar y con poderes suficientes, conduzca esta guerra fría; esta lucha previa; pero capital de «tiempo de paz»» (1). Si la guerra es hoy total; si la guerra es, en efecto, hoy, por desgracia —pero así es—, una situación de permanencia; si la economía juega en la *guerra armada* y en la *guerra fría* actualmente, ese papel tan capital y tan decisivo que se le atribuye sin disputa, ¿por qué de esta omisión? ¿Cómo no está ya creado el *frente económico*, obediente a una técnica, a una idea y a una sola voluntad? He aquí una necesidad realmente inaplazable. En la guerra estos Estados Mayores económicos y políticos y, con mayor extensión civiles, como los llama el Caudillo, existen.

Y si existen en la guerra armada, ¿por qué no han de existir en la guerra fría, paso preliminar y decisivo de aquélla? No se olvide que «el que gane o pierda la guerra fría tiene mucho adelantado, si no todo, para ganar o perder también la guerra caliente».

Esencial para una estrategia general, que alcance a la paz —hoy inexistente— y a la guerra, es la atención a la actividad comercial. Y no sólo al de los llamados *productos estratégicos*, sino sencillamente al *comercio general*. Antaño se entendía por *productos estratégicos* —y eran declarados contrabando en el Derecho internacional—, sencillamente, el material de guerra; las armas y sus municiones y pocas cosas más. Nunca, sin embargo, los sitiadores permitieron que entraran viveres en las plazas sitiadas. Pero con todo el ámbito y el capítulo del contrabando comprendió, durante las últimas grandes guerras, una enorme multiplicidad de productos, sin excluir, naturalmente, las materias primas más diversas.

LO QUE SOBRA Y LO QUE FALTA EN RUSIA

Un análisis de la economía rusa en estos instantes nos explicaría que la U. R. S. S. es autárquica en lo que respecta a cereales, minerales férricos y, en general, no férricos, entre ellos algunos tan importantes como la bauxita, carbón, cromo, magnésita y manganeso. También lo es en lo que respecta a fosfatos, azufre, electricidad y petróleo; pero sólo en lo que a este último afecta en tiempo de paz. En caso de guerra, Rusia tendría que lanzarse, en el acto, sobre el Oriente Próximo, si aspira a tener su Aviación y sus carros a punto. También su industria pesada y química es autosuficiente. Pero en cambio no lo es su producción cárnica, de grasas —menos de la mitad de España

por habitante— de cobre, plomo, wolframio, molibdeno, estaño y antimonio y textil. Y sobre todo no lo es, ni mucho menos, en lo que se ha dado en llamar *productos de consumo*, como veremos luego. Si comparamos las cifras claves de la economía soviética no con las del mundo libre, sino sólo con las del coloso americano, tenemos estos resultados concluyentes. La *densidad de energía* por habitante (síntesis de las producciones de acero, caucho, carbón, electricidad y petróleo) es, en América, casi ocho veces superior a la U. R. S. S. La producción de trigo por habitante es sensiblemente igual; pero la de carne, casi dos veces mayor en los Estados Unidos, siendo la renta nacional yanqui casi cuatro veces superior, por habitante, a la de la Unión Soviética.

La economía rusa pasa por una evolución muy interesante. Antes de la revolución, esto es, a principios del siglo actual, Rusia exportaba principalmente productos agrícolas (el 75 por 100 de su exportación total). Gracias a ello y a los trigos que normalmente embarcaban en Odesa, el Imperio zarista lograba importar, en compensación, productos manufacturados y maquinaria en general. Después de la revolución, en realidad, Rusia cierra casi íntegramente, en su interior, el ciclo comercial. Su comercio exterior, en los últimos años, no es mayor que el español y representa apenas el uno por ciento —una insignificancia para tan gran coloso— del tráfico mundial. A la postre, apenas si la U. R. S. S. ocupa el lugar dieciséis entre los principales países comerciales del mundo.

Ligeramente autárquica, en lo que se refiere a los productos alimenticios antes de la última guerra, Rusia no ha podido, sin embargo, aumentar luego esta producción proporcionalmente a su crecimiento demográfico. Y, so-

bre todo, complicado singularmente la economía soviética la inusitada expansión del régimen comunista en el mundo. Los satélites europeos están muy poblados, quedaron además muy maltrechos después de la última conflagración, exactamente como toda la inmensa proporción de la U. R. S. S. situada al oeste de Moscú y de Stalingrado. En Asia el comunismo ha extendido extraordinariamente su área. Cuantiosísimos recursos se le brindan allí; pero de momento las circunstancias de la guerra fría y las exigencias de la caliente asiática imponen una servidumbre muy intensa por parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

EL PUEBLO RUSO CARECE DE ARTICULOS DE PRIMERA NECESIDAD

Hay algo más que señalar en este instante como muy complicado para la economía soviética. Es bien sabido que la *producción industrial* rusa es, sobre todo y ante todo, una *producción de guerra*. Produciendo, por ejemplo, mucho menos acero la U. R. S. S. (38 millones de toneladas) que los Estados Unidos (96 millones), en cambio, dedica más que éstos a la fabricación de material de guerra. Stalin dió la consigna: «Construyamos ametralladoras—dijo—, aunque nos falten cacerolas.» La enorme producción de carros, buques, aviones y, en fin, armamentos de todas clases para sí; y para sus vasallos absorbe todo el esfuerzo industrial soviético. El equipo de doscientas divisiones; de sus 30.000 carros, 25.000 aviones y más de 2.000 buques de todos tamaños de la flota militar, además de la propia reconstrucción, junto a la de sus satélites, sin duda, ha exigido un esfuerzo singular. Dedicado a él todo el empeño, la realidad es que la desgracia del pueblo ruso no ha logrado la más ligera atención. A la postre, su miseria—que conocemos de cerca—no ha podido tener el menor alivio. Al fin, se dirá, el ruso está ya habituado a contentarse con un plato de sopa de cebada, un pedazo de pan y un vaso de agua caliente sobre la mesa, a la hora de comer en su isba y si es así, ¿por qué no ha de seguir resignándose como hasta ahora? ¿Acaso le queda otro camino? He aquí lo que podría ser verdad, aunque fuera brutalmente inhumano, si no hubiera habido una guerra por medio. Sin término de comparación ni de contraste exterior, el pobre pueblo ruso no era totalmente consciente hasta aquí de la miseria que le imponía el régimen detestable y bárbaramente imperialista que padece. Pero la guerra última ha transformado demasiado el panorama interior de la U. R. S. S. Millones y millones de soldados, y millones y millones de trabajadores han podido constatar que el odiado Occidente, hasta en las más modestas clases sociales, conocía y disfrutaba una confortabilidad que a los rusos les estaba impedida. Incluso ver en las películas. Estas gentes, que han servido o sirven aún en Alemania oriental, en Austria, en las riberas bálticas o en los Balcanes, no pueden ex-

BUXEDA INDUSTRIA ELECTRICA



La firma BUXEDA INDUSTRIA ELECTRICA, de Barcelona, goza desde hace mucho tiempo de un gran prestigio dentro de su ramo.

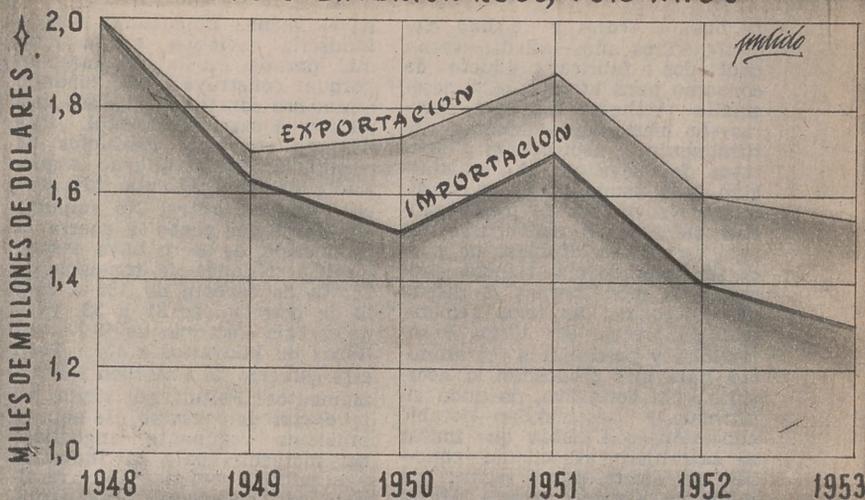
I. O. R. S. A. E.

En la XXII Feria Internacional de Muestras de Barcelona, entre las distintas variedades presentadas por BUXEDA INDUSTRIA ELECTRICA, ha destacado extraordinariamente el radiador de calefacción electroautomático «ADEX», de gran superficie de radiación, como los calentadores electroautomáticos, batidores y otros aparatos electrodomésticos que ya gozan de gran fama desde hace muchos años.

tar satisfechas de tal estado de cosas. Hay además otra circunstancia a este respecto que apuntar. Mientras que la población rusa actual apenas conserva recuerdo de regímenes pasados—en Rusia la población padece la más baja vida media de Europa—, y, por tanto, no ha conocido hasta la guerra más modo de vivir que el que se imponía brutalmente desde el Kremlin, las poblaciones de los países satélites: finlandeses, polacos, alemanes, rumanos, austriacos, checos, búlgaros y húngaros, mantenían un nivel de vida de la que no es fácil hacerles descender, al mismo tiempo que se pretende convencerles de las excelencias del nuevo sistema comunista que se les impone. He aquí una evidencia que se ha manifestado violenta y sangrientamente en diversas ocasiones en Alemania oriental, en la zona soviética berlinesa y en Rusia misma, al parecer, también. No faltaron, en efecto, a este respecto, informes directos de la llegada a Moscú, con ocasión de la muerte de Stalin, de fuertes contingentes de tropas traídas de países lejanos para garantizar el orden. El proceso de Beria, a la postre, no parece ser extraño a una situación inquieta, cuyo fondo hay que buscarlo, en buena parte, en cuanto decimos.

El pueblo ruso—y singularmente hay que suponer también que, con no menor intensidad, los pueblos sometidos en los países satélites—clama, en fin, por productos de consumo. No se trata ya de que Rusia importe motores de aviación británicos, aunque jamás podrá justificarse que en Asia emplee el comunismo, para combatir a los occidentales, armamentos, precisamente de procedencia occidental. Se trata aquí de la concreta referencia del Caudillo, en su conversación con el periodista americano, a los materiales no estratégicos; a las importaciones generales soviéticas, cuyo embargo evitaría las ansias y discrepancias occidentales, en su obcecación alocada por negociar, tanto como evitaría del mismo modo todo alivio en la situación interna de la U. R. S. S. «Es menester—afirma el Caudillo—poner el deseo de paz sobre el deseo de comerciar.» Evidentemente, ello puede significar sacrificios. Donoso Cortés, en cuyo centenario andamos, ya nos explicó—como si previera exactamente lo que ahora está pasando—que

COMERCIO EXTERIOR RUSO, POR AÑOS



Las curvas señalan la cuantía de exportaciones e importaciones realizadas por Rusia en los últimos seis años

mientras que «el principio determinante ruso fué y es siempre asegurar sus conquistas y preparar otras nuevas, el de Inglaterra, por ejemplo, es el de conservar sus mercados y abrirse otros nuevos». Enviar, en definitiva, como caricaturiza un dibujante, un acorazado a bloquear cierto país y un mercante a comerciar al mismo tiempo. «Pero, sin duda, el mundo anticomunista—lo ha explicado exactamente el Caudillo—, a través de este Estado Mayor civil propugnado, ¿no puede también a su vez organizar los mercados libres y evitar su propia crisis?»

EL CLIENTE SIEMPRE TIENE RAZÓN

El ritmo de la industria soviética señala un auge evidente en la producción; pero una exigencia mayor aún en la fabricación de armamentos. La producción de los artículos de consumo no aumenta, ni mucho menos, en la

proporción precisa. Antes al contrario, disminuye más y más. De 1937 a 1952 la producción de calzado pasó en la U. R. S. S. de un par por habitante a 1,2; mientras que la del tejido de algodón se incrementó apenas en un quinto. El porcentaje total de la producción de bienes de consumo parece descender así en esta forma: 1937, 42,2; en 1945, 25; en 1947, 34,4; en 1951, 27,6; aspirándose a que en 1955 pueda ser 26,8. El descenso es notorio, como se ve. «Es menester—gritaba hace unos meses Malenkov, acusando la gravedad de esta situación—fabricar más bienes de consumo.» Ya no es posible mantener por más tiempo en su radical vigor la fórmula vieja staliniana que mandaba fabricar ametralladoras y olvidarse de las cacerolas. Mikoyan, el ministro soviético de Comercio Interior, sin duda, abrumado ante este estado de cosas, ofrecía al desgraciado proletariado soviético últimamen-

MATERIAL ENVIADO POR LOS E.E.U.U. A RUSIA DESDE EL 1º DE OCTUBRE DE 1941 A 1º DE ABRIL DE 1945



13.300 AVIONES



6.800 CARROS COMBATE



368.000 CAMIONES



10.900 WAGONES F. C.



2.419.000 TONELADAS ACERO



4.073.000 TONELADAS VIVERES

ENVIOS TOTALES 16.800.000 TONELADAS

Aquí se detallan por partidas los principales envíos a Rusia desde Estados Unidos llevados a cabo durante la guerra

LEA TODOS
LOS MESES

POESIA ESPAÑOLA

La mejor revista
literaria

te buenos trajes y calzado elegante. «Tres años—añadía—serán dedicados a fabricar productos de consumo para atender esta necesidad.» ¡Y hasta brindaba neveras—no ciertamente muchas, naturalmente—, aspiradoras y aparatos de televisión! «La satisfacción de la demanda de los consumidores soviéticos de mejor calidad tiene que convertirse en ley», terminaba. «Incluso no puede ser tolerado más tiempo—prometía—la monotonía y el diseño defectuoso de las telas femeninas. Es preciso ser duros e inflexibles y presionar a los químicos para que produzcan lo necesario.» En definitiva, no dudó en afirmar y recomendar—notable concesión—que había que imitar al extranjero. «El cliente—concedía, en efecto—tiene razón; por lo menos algunas veces.» ¡Hasta este estado ha llegado la situación interior allí del «telón de acero» en lo que respecta a esta cuestión vitalísima de *productos de consumo*! Un animado y, naturalmente, clandestino comercio existe en la actualidad entre Berlín y Alemania y Rusia. Por él se dirigen a la U. R. S. S. calzado, vestidos, estilográficas, mecheros... La actividad de semejante mercado ha debido de alcanzar tales proporciones y tan singular éxito que el mismísimo Malenkov ha debido de confesar que para gran vergüenza, de los obreros de la industria soviética, el consumidor prefiere muchas veces adquirir artículos de producción extranjera sólo por estar mejor terminados.

LA ECONOMIA SOVIETICA PIDE BIENES DE CONSUMO

He aquí algo singularmente grave. Millones y millones de hombres, que vivieron hasta aquí engañados, comienzan a despertar. Saben que en el extranjero abundan artículos de consumo y que ellos no los tienen. Y, lo que

no es menos importante, que la industria soviética queda muy mal parada en la comparación porque construye mal, cuando realmente construye, que es, añadamos, el caso excepcional. ¡*Bienes de consumo, productos de consumo*!; éste es el grito angustiado de la economía soviética en estos instantes. No importa que desde que acabó la guerra la producción de acero haya pasado de 18,3 millones de toneladas a 38; la de carbón, de 166 a 320; la de petróleo, de 31 a 52, y la de energía eléctrica, de 48.000 millones de kilovatios a 133. ¡Todo este esfuerzo le absorben los armamentos! Faltan, por tanto, los *productos de consumo*. He aquí el problema realmente angustioso del momento para la industria y la política soviética. Para resolver este problema apremiante, ¿qué puede hacer Moscú? Pues, sencillamente, tiene un único camino: *importar*. Que es justamente lo que está haciendo a ciencia y paciencia de los países occidentales, más atentos al comercio que a la paz, como ha dicho el Caudillo. La revista soviética, «Comercio Exterior», pongámosla como fuente más directa y autorizada, ha explicado apenas hace unos pocos meses que durante el año próximo pasado Rusia ha importado productos de consumo por valor de 1.000 millones de rublos, que al cambio oficial son unos 250.000.000 de dólares. La misma revista se felicita de la buena disposición de los países occidentales para realizar este comercio. Para ello no importa nada la estructura política de los negociantes. La revista termina, cínicamente afirmando que este comercio *aguda a preservar y fortalecer la paz en el mundo*. Francia, Finlandia, Suecia, Noruega, Dinamarca, Persia, Islandia, Argentina e Italia están citadas expresamente en este intercambio, al mismo tiempo que un tratado de pagos con Egipto.

Ciertamente, algunos países que en realidad comercian también, parecen faltar en esta relación. Pero, en todo caso, cálculos de ciertos informadores que parecen documentados, nos dan estas cifras de compras de la U. R. S. S. al «odioso capitalismo occidental» durante los últimos ocho meses del año anterior y el primero del actual: *Mantequilla*, por valor de 40 millones de dólares, de Holanda, Dinamarca, Suecia, Australia y Nueva Zelanda; *tocino*, 2.000.000 de dólares, de Argentina y Dinamarca; *queso*, 3.700.000 dólares, de Holanda y Argentina; *arenques*, 15.000.000 de dólares, de Islandia, Noruega, Gran Bretaña, Holanda y Dinamarca; *carne*, 22.000.000 de dólares, de Argentina, Dinamarca, Holanda y Uruguay; *azúcar*, 1.400.000 dólares, principalmente de Inglaterra; *productos textiles*, 28.000.000 de dólares, principalmente de Francia y Bélgica; *agrios*, 7.000.000 de dólares, de Italia y de Israel.

Rusia ha importado de Europa durante el año 1953 más de 325 ó 350 millones de dólares. De esta cifra, la mitad, al menos, corresponde, precisamente, a *productos de consumo*. Durante ese año bajó un tercio el comercio de importación soviético. Sin embargo, aumentaron, no obstante, las importaciones de productos de consumo. Nada como estas cifras explica la penuria y la dificultad de la economía rusa en estos instantes en lo que se refiere a dichos bienes.

Para el mundo occidental el momento es propicio. La ocasión no debe de ser fallida. Un bloque de este comercio, regulándole entre sí los países occidentales, sin pasar el «telón de acero», empujaría fatalmente a la U. R. S. S. a una *crisis económica* tan grave en su interior y en el ámbito de sus satélites, que la repercusión política no tardaría en llegar. Occidente ganaría entonces la *guerra fría*. Sólo entonces, y de este modo, puede ganar también la *guerra caliente* futura sin derramar una gota de sangre, sin combatir, ni lanzar bombas atómicas para apuntalar este o aquel frente militar que se derrumban.

Esta victoria de la *guerra fría*, justa y exactamente tal como lo explica el Caudillo a la Prensa americana, evitaría la *guerra caliente* de mañana. ¡Occidente habría vencido sin disparar un tiro!

Tal es el plan, tal es la operación. La idea ha sido lanzada desde El Pardo. La repercusión de la voz de nuestro Generalísimo ha logrado ecos explícitos y concretos en todo el Occidente. Dios querrá que las palabras de nuestro Generalísimo —el único soldado acreditado con una indiscutible victoria sobre un Ejército de comunistas, subraya Howard—sean esta vez, tras de escuchadas, puestas seguidamente en práctica. Porque no hay tiempo que perder...

José DIAZ DE VILLEGAS

Purificadores de Agua, S. A. de BARCELONA

ha presentado en su "stand" de la Feria de Muestras de Barcelona los últimos adelantos realizados tanto en tratamiento de aguas como en protección y detección de incendios. Ha mostrado a los visitantes planos y fotografías de las grandes instalaciones últimamente efectuadas, entre ellas, la nueva Central Depuradora de Agua del Río Llobregat para el abastecimiento de la capital catalana, considerada como una de las mayores de Europa y la más moderna en procedimientos, así como los equipos de tratamiento del río Ebro para la desmineralización total del agua para la Central Térmica de la Empresa Nacional Calvo Sotelo en Escatrón.



Entre las distintas patentes que explota PURIFICADORES DE AGUA, S. A., figuran las de la firma francesa Phillips & Pain-Vermorel.

*Cabello sano
y vigoroso...*

GARANTIA
FARMACEUTICA
INTERNACIONAL



CON



Diplona

EXTRACTO BIOLÓGICO ANTISEBORREICO



"DIPLONA" contiene, además de numerosos ingredientes químicos de orden vitamínico, el complejo "K 1" (KERATOL), descubrimiento de la casa Walter Erlemann & Cie. K.-G., el cual penetra profundamente en el cuero cabelludo, nutriendo las raíces capilares.

LA VICTORIA DE LA CIENCIA ALEMANA
SOBRE LA
CALVICIE

EFICACIA EXTRAORDINARIA

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EL PAPA

Por el Príncipe Constantino de BAVIERA



KONSTANTIN
PRINZ VON
BAYERN

EIN LEBENSBIID

LA blanca figura de Pío XII se recorta con nitidez en el claroscuro de mutuos celos, de encontradas violencias, en el clima de inseguridades y odios que enmarcan nuestro tiempo. Sus manos se han alzado y se alzan de continuo hacia Dios, implorantes; bienhechoras para con toda la humanidad, sin distinción de credos, razas o doctrinas políticas. El es, en verdad, el «Pastor Angelicus»; el «Dei consul», que no se cansa de ofrecerse como mediador. Crece y se dilata la misión pacificadora de Eugenio Pacelli, aun ya desde antes de su pontificado. Sobre la doliente geografía de Europa y del mundo entero se yergue la dulce, la consoladora serenidad del Papa, convocando incessante y persuasivo a la paz entre los hombres.

El libro «Der Papst», cuyo autor es el Príncipe Constantino de Baviera —hijo del Príncipe Adalberto, actual embajador de Alemania en Madrid—, no es una biografía más, sino una obra de excepcional valor e interés histórico; una pintura ricamente matizada, con innegable maestría y sentido de periodista, que se revela en cada trazo y en el más leve perfil anecdótico. Su objetiva y penetrante serenidad, servida por la ajustada fluidez de la narración, en una prosa correcta y firme, registra sin acritud ni apasionamiento las zonas más íntimas y veraces —e incluso inéditas— que delimitan y contienen a una de las más difíciles etapas del Papado y del mundo. Con limpia agilidad recorre Constantino de Baviera el recinto del Vaticano y sus noticias nos asaltan directas, vivas, entrañables. Desde las primeras páginas, hasta la última línea, se mantiene la tensión y el dinamismo de esta serie de vertebreados reportajes que constituyen la obra «El Papa».

«DER PAPST EIN LEBENSBIID». — Von Konstantin Prinz von Bayern. — Kindler und Schiermeyer Verlag. — Bad Wörishofen. 1952. — 392 páginas.

UNA EJEMPLAR Y LIMPIA TRAYECTORIA

FILIPPO Pacelli, padre de Eugenio Pacelli, era abogado, miembro de la Comisión Codificadora del Derecho Canónico del Vaticano. Más tarde, Eugenio, joven cardenal de la Iglesia, sería, por sus especiales conocimientos jurídicos, secretario de dicha Comisión. Pacelli había empezado su carrera en 1901 en la Congregación para Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. En 1903 es catedrático de Derecho Canónico en el Seminario de Roma. Durante cinco años es profesor de Diplomacia Eclesiástica en la Pontificia Academia «Dei Nobili Ecclesiastici». En 1905, prelado doméstico del Papa. En 1911, segundo secretario, y en 1912, secretario de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios.

Puede un hombre estar preparándose desde

muy temprano para el desempeño de una misión especial y luego los designios de la Providencia, segar su vida o trasplantarlo a otro medio diferente. No es éste el caso de Eugenio Pacelli. Todo confluye y está como dirigido al posterior cumplimiento y pleno desarrollo de una auténtica vocación. El lema de su pontificado: «Pastor Angelicus», posee una entrañable adecuación de circunstancias, un sostenido vínculo donde se escalonan por etapas progresivas y marcadas por el dedo de Dios, la sólida y remota preparación del Eugenio adolescente; su talento y sosegada prudencia; el dominio de varias lenguas europeas, de modo intachable, entre ellas el alemán.

Llegamos a 1917. Una dura guerra. La sangre borbotea, ensangrentando a Europa. ¿Dónde está la paz? ¿Qué es la paz? Fuerzas igualadas: de un lado, la «entente cordiale», los aliados; del otro, Prusia, las potencias de Centroeuropa. Benedicto XV elige a Pacelli para entablar negociaciones de paz entre los beligerantes. Fuera del orden normal, es consagrado obispo titular de Sardes, para que pese más de este modo su personalidad en Munich. El arzobispo Aversa, anterior nuncio, había muerto en el momento preciso en que se intentaban, por su mediación, las negociaciones pacificadoras de Su Santidad. En Berlín no había Nunciatura, debido a la oposición prusianoprotectora. El tiempo urge. Por otra parte, se requiere un tratamiento delicado: una prudencia cuidadosa, tangible. Los ánimos están en carne viva en Alemania; el Kaiser... ya no es el de «Nosotros, los alemanes, tememos a Dios y nada más en el mundo»; pero sigue siendo el brazo belicoso y armado.

PACELLI, NUNCIO EN MUNICH. ENTREVISTA CON GUILLERMO II

Aunque destinado a Munich, las órdenes de Pacelli van dirigidas hacia el Gobierno del Reich. Pero Munich es la piedra de toque en la plena formación diplomática de Pacelli; allí aprende con rica flexibilidad el idioma. Munich es el eje cardinal de Baviera y Baviera es el corazón católico de Alemania.

26 de junio de 1917. Bethmann-Hollweg inquiere: —¿Qué posición adopta el Vaticano con respecto a la cuestión de las indemnizaciones de guerra, y cuál es su punto de vista sobre la evacuación de territorios ocupados?

—El Papa propone la renuncia mutua y plena y la devolución de los territorios ocupados por ambos beligerantes. Bélgica, el norte de Francia y, de igual modo, deberían restituirse las colonias—dice Pacelli.

—Hay hostilidades que son más fuertes que una opinión.

—El Papa cuenta con que los partidos beligerantes estarán dispuestos a examinar el desarme con espíritu de conciliación, por las enormes ventajas que aporta una paz a la que aquél vaya unido.

Es fuerte la renuncia, por parte de Alemania, a Alsacia-Lorena, a Bélgica. Sin embargo, Bethmann manifiesta hallarse de perfecto acuerdo con los deseos de Su Santidad, en lo referente a una paz rápida. El Canciller prometió al nuncio una entrevista con el Emperador.

Pacelli se esfuerza por enterarse de los fines de guerra alemanes y la posición del gabinete en re-

lación con las cuestiones de Alsacia-Lorena y Bélgica. Resbalan las evasivas, las frases que a nadie comprometen.

El 29 de junio se entrevista Pacelli con Guillermo II. Una compañía de honor monta la guardia ante el cuartel general del Kaiser. Presentan armas ante el nuncio. En la sala de audiencias, Pacelli entrega el mensaje de Su Santidad. Le transmite sus deseos de que, tanto el Emperador como su familia, gocen de buena salud. «El Papa —sigue— se esfuerza sin cesar por lograr que los pueblos beligerantes rindan las armas fratricidas.» «Renunciar... ¿Una paz con renunciaciones? No ha sido Alemania quien ha desencadenado la guerra. Alemania se ha visto obligada a defenderse contra la pérdida Inglaterra. Sin embargo, me he adelantado con una proposición de paz a la que, incluso, el Presidente Wilson ha considerado digna de contestación. En cambio, el Papa, ¿qué ha hecho el Papa? El Papa ha callado.»

Pacelli se levantó de su asiento. También el Kaiser.

Cualquier manifestación pública del Papado a la oferta de paz de los alemanes, hecha en diciembre de 1916, no sólo habría sido un fracaso, sino que, además, hubiera podido perjudicar cualquier intervención posterior de la Santa Sede en favor de la paz. Pero el Kaiser entiende que las potencias centrales, «tras la insolente repulsa de su sincera oferta de paz», deben proseguir la lucha hasta la aniquilación del adversario.

Entre tanto, el socialismo se extiende y su influencia es cada día mayor en todo el mundo. La Iglesia debe dar una prueba de su fuerza y de su cohesión internacional, de modo que la paz o, al menos, la posibilidad de tratar sobre ella, arranque de Roma.

El informe acerca de su entrevista con el Kaiser y el juicio crítico de esta conversación, lo manda Pacelli desde Munich al Vaticano. El cardenal-secretario de Estado, monseñor Gasparri, diría: «Como de costumbre, ha coincidido el Papa con la opinión de Pacelli, impresionado por la brillante claridad de sus exposiciones.»

Entre tanto, el Canciller del Reich, Bethmann-Hollweg, es sustituido por Michaelis. A él le entrega Pacelli una nueva propuesta de paz. Las condiciones que envía Benedicto XV al Kaiser constaban de siete puntos, de los que cuatro eran decisivos: Inglaterra devuelve las colonias alemanas; Alemania se retira del territorio francés ocupado; restituye la independencia a Bélgica; se garantiza la neutralidad militar, política y económica de Bélgica, por parte de Alemania, la Gran Bretaña y Francia, conjuntamente.

Michaelis dice a todo «sí, sí»; pero quiere decir «no». Quiere retardar la contestación al Papa, hasta que llegue el momento en que se pueda culpar a las potencias aliadas del fracaso de las negociaciones. «Mejor ninguna paz que una paz por medio del Papa, es la opinión reinante por entonces en Alemania. El día 24 de septiembre de 1917 recibe el nuncio en Munich el último documento en este sentido. Al leer Pacelli esta contestación negativa, se le saltan las lágrimas. Dice a Erzberger, diputado católico que entra en ese momento en sus habitaciones: «Todo está perdido; incluso la pobre patria de usted.»

7 de noviembre de 1918. Munich. En lugar de una paz de transigencia como la que quería el Papa, Alemania recibe una paz dictada por la mano de los vencedores. El populacho se vuelca en las calles. Se espera la proclamación de la república. Todos los representantes diplomáticos cerca de la Corte de Baviera, habían huido de Munich, incluso el propio Rey. Pero el nuncio apostólico se queda. Un grupo de espartaquistas (los primitivos comunistas alemanes) asalta la Nunciatura y amenaza a Pacelli con sus revólveres. Pero el nuncio se mantiene firme, los nervios templados; toda su figura respira serenidad, lo que llega a perturbar a los asaltantes, que, indecisos, dan lugar a que un dirigente revolucionario, italo, por cierto, contradiciendo la salida de la Nunciatura, en virtud de la extraterritorialidad de que aquel edificio y sus habitantes gozan, antes de que los espartaquistas detengan a Pacelli como «espía» al servicio de una potencia extranjera: el Vaticano.

Más tarde, una vez restituido el orden en Munich por la Policía, se le preguntó al nuncio por la identidad de sus agresores. El secretario contestó por él. «El nuncio está rezando ahora y no puede recibir a nadie.»

Es el primer embajador acreditado cerca del Gobierno alemán. El Papa está dispuesto a man-

tener un representante ordinario cerca de la República alemana. Doce años, de 1917 a 1929, sería Eugenio Pacelli nuncio en Alemania.

EL PAPA Y LA GUERRA

Los ciento cincuenta y seis primeros días del pontificado de Pío XII están cargados de tensión nerviosa, política, que reinaba por entonces en toda Europa. El embajador italiano cerca de la Santa Sede le escribe a Ciano: «El Vaticano sigue con preocupación los informes que le llegan de Alemania: el deseo claro de Hitler de hacer la guerra.»

Terminada la lucha en Polonia, el Papa volvió a intentar la paz convocando a aquellos que en Alemania, Francia e Inglaterra la querían íntimamente. Esta época se llama la «guerra blanca». Uno de los intentos que se realizaron fue la «acción Pétain». El héroe de Verdún era por entonces embajador en Madrid. Se conocía en el Vaticano su acendrado catolicismo. El embajador español cerca de la Santa Sede, Yanguas Messía, se encargó de ser mediador entre Alemania y Francia. Tomaron parte en las negociaciones, del lado alemán, el embajador Von Bergen y, de parte francesa, el mariscal Pétain, y se llevaron a cabo en la «Villa Bonaparte», en Roma. De parte alemana fueron llevados estos tratados sobre un posible armisticio por el secretario de Estado Weizsäcker, sin conocimiento del ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Von Ribbentrop. Esto es cuanto se puede publicar por ahora sobre la «acción Pétain».

Después de muchos preliminares llevados con gran secreto para la realización de una entrevista entre Su Santidad y Von Ribbentrop, se llevó a cabo el 11 de febrero de 1940. Pío XII empezó por preguntarle sobre la situación del clero y de los católicos alemanes. Pero el ministro del III Reich elude la contestación diciendo que a él no le compete hablar de eso y que, además, le sería preciso demandar informes a las autoridades correspondientes. Von Ribbentrop había saludado a Su Santidad, al entrar, con más arrogancia que nunca. Pero el Papa notó bien que esta arrogancia era sólo apariencia externa, con la que pretendía cubrir su inseguridad. Cuando el Pontífice, al margen de la conversación, lanza la palabra «paz», expuesta con sumo cuidado, Ribbentrop le interrumpe: «Antes de que toque Su Santidad ese tema, tengo que exponerle la opinión del Gobierno alemán. Base de cualquier conversación de esta clase sería una oferta de paz por parte de Inglaterra y Francia.» El Papa, con mucha calma, le arguye: «Quizá la suerte puede cambiar.» Von Ribbentrop le interrumpe: «Este mismo año todavía Inglaterra y Francia harán una oferta a Alemania. Para nosotros no hay cambios en la suerte de las armas. Esta es la opinión del Führer y del pueblo alemán.» Estas palabras condujeron a Pío XII a renunciar a todo intento mediador entre Alemania y las otras potencias.

Hitler había dicho que si se destruye Berlín, ¿por qué no se ha de destruir Roma? Y Mussolini se había expresado en estos términos: «O se combate por Roma, y ello demuestra que es la capital de Italia, o no se lucha por ella, y entonces es porque es la capital del Papa.» Por mediación de Von Weizsäcker, interviene el Papa cerca de Von Kesseling en favor de la no destrucción de Roma. Y así, el 5 de julio de 1944, entran los norteamericanos en la Ciudad Eterna sin disparar un tiro. Había entonces en Roma aproximadamente un cuarto de millón de fugitivos alemanes, que se refugiaron, en parte, en conventos, Seminarios, etc. El Vaticano no los entregó a los vencedores, siguiendo la misma línea de conducta que anteriormente, cuando protegió a los perseguidos por Hitler.

El general de la S. S. Wolf había venido haciendo una política pro-vaticana. Quería ganarse las simpatías del Santo Padre. Le había concedido sacar de las cárceles a personas por cuya suerte se interesaba Su Santidad. Wolf entabló relaciones con el embajador Weizsäcker, quien le facilitó la entrevista con Pío XII. Se presentó de incógnito a una audiencia particular, secreta. El Papa le pregunta por Munich, por la Alta Baviera, que recuerda con cariño de sus tiempos de nuncio apostólico. Hablan de la guerra. Wolf dice: «En el caso de que se nos hagan ofertas aceptables, haré todo lo posible por acortar esta guerra contra el Occidente, incluso sacrificando mi vida si es preciso.» El Papa

¡SEÑORA! Una cucharada de LEDA vale solamente unos céntimos

Sin embargo, con este maravilloso producto podrá realizar todas las faenas domésticas, al igual que millones de amas de casa del mundo entero



LEDA es único

ES UN PRODUCTO KLINOXIL

Oficinas: Vía Layetana, 57.—BARCELONA

The advertisement is for 'ATRACCIONES LAGUNA'. It features a large, dark-colored billiard table in the foreground. Above the table, the text 'ATRACCIONES LAGUNA' is written in a stylized, cursive font. Below that, in a smaller font, it says 'TALLERES: Trav. de las Cortes 76 Tel. 305192' and 'OFICINAS: VIA LAYETANA 57 Tel. 228867'. A small diamond-shaped logo with the word 'KLINOXIL' inside is positioned to the left of the table. At the bottom of the advertisement, the text 'PATENTADO POR ATRACCIONES LAGUNA' and 'BARCELONA' is displayed in bold, block letters.

consideró como un obstáculo la exigencia de los aliados a una rendición sin condiciones. Estos intentos no llegaron a tener validez por la entrada de los aliados en Roma, por no poder tener nuevos contactos Su Santidad con Wolf, y por las bases ofrecidas por éste, que las potencias aliadas rechazaron. Sólo un efecto se consiguió de la intervención Wolff: la capitulación del ejército sur, el 29 de abril de 1945, con lo cual se evitaba la lucha en la «fortaleza alpina». «Gracias a Wolff», dice el Papa. «Gracias al Papa», dice Wolff.

En el Vaticano no fué una sorpresa la caída de Mussolini. El cardenal-secretario de Estado, Magliane, aguardó normalmente la hora usual de audiencia el día 25 de marzo de 1943, para darle la noticia a Su Santidad. El Vaticano sólo le atribuyó importancia desde el punto de vista de una posible paz. La destitución del dictador sólo servía si con ello se conseguía la paz, porque lo odiado por el pueblo italiano no era la persona de Mussolini, sino la guerra.

WASHINGTON Y EL VATICANO. STALIN AL ACECHO

El cardenal Pacelli visita Norteamérica en octubre de 1936. Consigue de Roosevelt la promesa de que, en adelante, y en caso de ser reeligido presidente de nuevo, no estarán situados en un mismo plano de inferioridad los católicos, junto a los negros y judíos. Finalmente, dialogan acerca de un comienzo de relaciones diplomáticas entre Washington y la Santa Sede, imposible, por el momento, ya que no hay mayoría de votos, en este sentido, en el Congreso.

Tres años después es Pacelli Papa y Roosevelt Presidente. Hay guerra en Europa. La confianza mutua entre Pacelli y Roosevelt puede dar fruto ahora. El 23 de diciembre de 1939 nombra el Presidente de los Estados Unidos a Myron Taylor su «encargado personal cerca de la Santa Sede». Para eludir el entorpecimiento del Congreso, se había encontrado esta fórmula, en lugar de embajador, y Pío XII la aceptó. El día 27 de febrero de 1940 abandonan los Estados Unidos su política de ignorar al Vaticano oficialmente.

Roosevelt le escribe al Papa: «Las masas confían en que, con la ayuda de Su Santidad, se podrá poner término a las hostilidades, y que sólo gracias a Su Bondad se podrá reparar la injusticia cometida. Por tanto, tengo el honor de comunicarle a Su Santidad que enviaré un representante personal para favorecer nuestras fuerzas unidas en pro de una solución de este conflicto.»

En el otoño de 1941 se acentúan las divergencias de opinión entre Roosevelt y Pío XII respecto a Rusia y su política. El Presidente norteamericano escribe: «Informaciones que me llegan de Rusia me confirman que allí se han vuelto a abrir las iglesias al culto. He llegado a convencerme de que el Gobierno ruso reconocerá, como resultado del actual conflicto, la libertad religiosa.» La respuesta del Pontífice es: «La Santa Sede condena el ateísmo comunista, condena la doctrina soviética referente a la libertad individual; en cambio, hacia el pueblo ruso siente paternal cariño.» Algunos acontecimientos escondido tras este «intercambio de opiniones», siguen siendo desconocidos hasta hoy.

La Gran Bretaña y la U. R. S. S., atacadas por el III Reich, planeaban un pacto de ayuda mutua, pese a las protestas del Vaticano en Londres y Washington: «Tal pacto ofrece directamente la Europa cristiana a los soviets», dijo el Papa. No obstante lo cual, se firmó este convenio en 1942, con validez de veinte años...

Roosevelt aconsejó al Papa que acudiese directamente a Stalin para conseguir la garantía de las libertades religiosas. Pío XII rehusó. Roosevelt intentó luego, en la primavera de 1943, inducir a Stalin hacia un acercamiento al Vaticano. El dictador soviético contesta: «La guerra actual no tiene el propósito de extender el comunismo ni el territorio ruso. Rusia no piensa imponerle a otro Estado, por la fuerza, un orden social.» Asistido por Londres y Washington, se dice que pretendió Stalin «normalizar las relaciones entre el Kremlin y el Vaticano». El Papa se acordaba de Polonia, soviétizada por la fuerza; la dura suerte de los prisioneros de guerra internados en la U. R. S. S. La negativa del Vaticano no se hizo esperar.

MARTE, EL OBJETIVO SONADO

GUIA TURISTICA DE
LO QUE EN SU
SUPERFICIE SE
PUEDE HALLAR

Un parador de nylon a 1.730 Km. de altura sería el punto de partida para los viajes interplanetarios

“SUBIMOS a la esfera de Marte, que es el quinto cielo, contando desde la Tierra. Este es el planeta caliente y seco, igneo, masculino, nocturno y enemigo de la naturaleza humana.” Sin otro lazarillo que su fantasía, viajando a caballo de su imaginación desenfundada, don Diego Torres Villarreal, el «Gran Piscator» salmantino, definió así al lucero que más ha dado que hablar. Algo acertó con su fórmula pintoresca: Parece indiscutible que si un hombre pretendiese caminar por las buenas sobre las llanuras marcianas moriría antes de dar el primer paso. De todas formas, los aventureros cósmicos que dentro de algunos años —quizá no demasiados— intenten desvelar con miradas directas el misterio de Marte, hablarán de otra manera. Llevarán trajes especiales y defensas adecuadas. Puede que encuentren allí algún bicho extraño y testarudo, empeñado en seguir viviendo en un ambiente inhóspito. Pero lo indudable es que se ha de aprovechar para emprender el viaje una situación relativa de la Tierra y Marte, similar a la que se dará el próximo día 2 de julio. Entonces la distancia entre ambos planetas será solamente de 65 millones de kilómetros. Unas tres mil doscientas veces la longitud del ecuador. Marte brillará más. Su resplandor fijo se comerá el lustre de las estrellas próximas. Y en todos los observatorios del mundo las largas miradas de los telescopios estarán pendientes de él.

SOLO CUESTA MAS DINERO

«No me sorprendería que muchos lectores considerasen como cosa temeraria la construcción de enormes navios del espacio, llevando personas a bordo y utilizarlos para instalar una esta-

ción en el espacio; quizá también la llamarían fantástica. Pero permítaseme decir que nosotros, los que abogamos por su realización, nos enfrentamos con menos problemas básicos que los que se oponían a los hombres que en 1940 emprendieron la fabricación de la bomba atómica.» Quien esto escribió, no hace todavía un año, es todo lo contrario de un soñador. Antes dirigió el gran centro de investigación alemán de Peenemünde, donde se crearon las armas V. Ahora trabaja en el arsenal de Redstone, al servicio de Norteamérica. Su nombre ha dado la vuelta al mundo: es el doctor Werner von Braun. Las dificultades le parecen solubles con un auxilio nada más: el financiero. «No es más difícil construir un cohete mayor, como no lo es el construir un aeroplano mayor. Sólo cuesta más dinero.» Y antes de averiguar cómo habría de ser el navio, veamos qué es lo que en Marte se puede encontrar.

MARTE, EL OBJETIVO SONADO

Al pueblo ha llegado el eco de una verdad científica: Marte se parece un poco a la Tierra. A partir de aquí, se han llevado las cosas a sus extremos más opuestos. Para unos, los marcianos nos van a invadir cualquier día, bajándose tranquilamente de sus «platicos volantes». Para otros, el viaje hasta el quinto planeta es sencillo, inmediato e interesante. De las dos hipótesis, parece que la segunda es la más próxima a la realidad. Porque sería difícil, aunque quizá no imposible, que Marte tuviera habitantes parecidos a nosotros. Allí, en los polos, la temperatura es de cien grados bajo cero en invierno. En las regiones templadas oscila desde los cuarenta grados bajo cero en la estación fría a los diez grados



Para ir a Marte será necesario vestirse de esta manera. Instrumentos de respiración artificial, trajes contra las bajas y las altas presiones y telas impermeables al frío y al calor componen el equipo

sobre cero en la canícula. Y en el ecuador marciano, cuando el sol alumbraba, hay un ambiente malagueño: de veinte a treinta grados. Pero al llegar la noche el salto asusta: ochenta y cinco bajo cero, alcanzados casi de golpe, son capaces de matar a cualquiera.

Pero esto no es lo peor. Además, el agua escasea tanto que Marte puede considerarse como un planeta casi seco. Las viejas ideas de que allí había estensos mares han tenido que ser desechadas. En las zonas polares, ciertamente, hay una capa de hielo que cubre seis millones de kilómetros cuadrados. Mas no se trata de gruesos témpanos como ocurre por aquí abajo: la corteza helada tiene solamente algunos centímetros de espesor.

Y en la atmósfera marciana, enrarecida y tenue, es imposible practicar esa costumbre que los hombres llamamos respirar. Los exploradores irán embutidos en trajes herméticos con escafandras transparentes.

Esta es una parte de lo que los aventureros cósmicos podrán ver. Los astrónomos, con la ayu-



da de aparatos exactísimos y de las matemáticas, lo han ido averiguando pacientemente.

UNA INMENSA DESOLACION

Cuando echaran pie a tierra, los descubridores verían inmensas extensiones llanas y áridas. En el lugar de los antiguos océanos sólo quedan desiertos rojizos con restos de vegetación poco exigente. Quizá, musgos y líquenes. El viento sopla en ellos, llevando un poquito de humedad. El agua de que Marte dispone está acumulada casi exclusivamente en los polos. Y allí, como antes hemos dicho, bien poca hay. Un tono negrozco predomina en las plantas. Un cielo de nubes violeta contribuye a oscurecer lo que los ojos contemplan. Pero estas nubes, de una materia desconocida, contribuyen a hacer un poco menos inhóspitas las llanuras. Ellas absorben los rayos ultravioleta, más mortíferos y peligrosos que el mismo frío. Su acción es semejante a la de la capa de ozono que rodea la Tierra, sin la cual no hubiera podido mantenerse la vida en nuestro planeta. De todas formas, los hombres que a Marte lleguen no tendrán por qué alterar sus horas de sueño. Allí el día dura media hora más que aquí. Y en el cielo podrán ver dos hermosas lunas brillantes y pálidas como la nuestra.

EL MISTERIO DE LOS CANALES

A pesar de todos los avances de la ciencia, hay algo que no se ha podido aún aclarar desde los observatorios: el significado de lo que se ha convenido en llamar «los canales marcianos». Fue Schiaparelli, un astrónomo italiano, el primero que los vio. En 1877 anunció que había contemplado sobre la superficie de Marte unas finas rayas que se entrecruzaban como una red. La noticia causó sensación. Hasta se llegó a construir un observatorio dedicado exclusivamente a estudiarlos. El hecho se dió en Norteamérica y su promotor, hombre de ciencia también, se llamaba Percival Lowell. Percival Lowell se dejó llevar de la fantasía. Comenzó a dar conferencias y a publicar libros donde explicaba que aquellos canales estaban contruídos por seres inteligentes con intenciones utilitarias. Est no ha habido manera de demostrarlo. Para unos se trata de restos de civilizaciones extinguidas. Para otros, coinciden con las vaguadas húmedas donde la vegetación se acumula. Lo mejor, para aclarar las dudas, es llegar hasta allí y curiosear directamente. Mientras no se haga parece difícil salir en este asunto de lo discutible.

Esto es, más o menos, lo que se sabe sobre Marte. Con ello se podría redactar una guía turística destinada a reclutar viajeros. Seguramente antes de decidirse a tomar los billetes, habría muchos que esperarían a que regresaran sanos y salvos los primeros.

EL PRIMER PASO: UN SATELITE ARTIFICIAL

Tendrán mucho que estudiar los que se atreven a ocupar una plaza en la astronave. Y tendrán también tiempo sobrado para aburrirse por el camino. Diecientos cincuenta y ocho días

volando en condiciones extrañas son suficientes para hartar al más tranquilo. Y hasta para destrozarle los nervios. Por eso no podrá entrar cualquiera en la expedición. Habrá que seleccionar cuidadosamente sus miembros. Y una vez dentro del bólide, serán sumidos en un estado de semiinconsciencia mientras el recorrido transcurre. Zapatos imantados les mantendrán fijos al suelo. Si no tropezarían con el techo al menor descuido, al quedar fuera de la acción de la gravedad. Será difícil lavarse, porque el agua saldrá disparada en cuanto las manos intenten llevarla a la cara. Será inútil, por la misma razón, pretender afeitarse. La vida en las astronaves, según los hombres que se preocupan por el tema, ha de estar sometida a una disciplina rígida, de la que casi no se escaparán ni los estornudos de los tripulantes.

Pero no se podrá partir directamente desde la superficie terrestre. Se gastaría mucho combustible en vencer de una vez la atracción de la gravedad. Por eso, como estación previa, habrá de ser utilizado un satélite artificial. Su construcción la considera fácil y posible el doctor Werner von Braum.

UN PARADOR DE NYLON A 1.730 KILOMETROS DE ALTURA

Sólo falta hacerlo. Los cálculos han sido ya terminados y hasta comprobados en parte. A 1.730 kilómetros de altura se puede instalar una especie de estación interplanetaria confortable, segura y práctica. El satélite artificial tendría forma circular: sería una enorme rueda girando alrededor de su eje para crear una fuerza centrífuga que sustituyese a la gravedad. Estaría constituido con segmentos de nylon reforzado. Dentro de él se crearía una atmósfera artificial. De vez en cuando se acercaría un navío cohete aprovisionador de oxígeno y alimentos. La temperatura se mantendría aprovechando el calor recibido del sol, buscando, por medio de «persianas» adecuadas, un equilibrio entre la energía recibida y la radiada. La energía eléctrica se engendraría por medio de una central térmica alimentada también por el calor solar.

«Hemos calculado que una estación satélite de 75 metros de diámetro podría acomodar una tripulación de 200 hombres —asegura el doctor Braum—. Pesaría unas cuatrocientas toneladas. Y podría montarse en el curso de 12 a 14 vuelos de cohete a la órbita.»

UN COHETE DE SIETE MIL TONELADAS

Los cohetes precisos para montar el satélite no serían pequeños. Con ochenta y un metros de altura y siete mil toneladas de peso transportarían seis mil ciento cincuenta toneladas de hidracina y ácido nítrico, los combustibles más aptos según los entendidos. Y estarán constituidos por tres pisos. El inferior tendrá cincuenta y un reactores, que producirán un impulso de catorce mil toneladas. Gracias a él el cohete podrá llegar a una altura de cuarenta kilómetros en ochenta y cuatro segundos. Su velocidad se habrá puesto en los ocho

mil setecientos cuarenta kilómetros por hora. Cuando se ha agotado el combustible de esta parte del proyectil entran en acción los motores de la segunda. En los ciento veinticuatro segundos siguientes la velocidad crecerá aún más, poniéndose en los veintitrés mil kilómetros por hora. La altura alcanzada entonces será de sesenta y cuatro mil metros. Por último, el trozo final del aparato se quedará solo. Poco a poco irá elevándose, dando vueltas en torno a la Tierra, hasta quedar estabilizado a una altura de mil setecientos treinta kilómetros. Allí será donde hombres encerrados en trajes de plástico inflados emprenderán la tarea de construir el satélite artificial.

LA IDA Y LA VUELTA

Los trabajadores flotarán en el espacio. Unirán los segmentos de plástico trasladados en el cohete. Los inflarán luego y se meterán dentro. Desde allí mirarán a la Tierra desde encima. Curiosearán cuanto pase en su superficie y proporcionarán un punto de apoyo a las astronaves que partan camino de Marte o de cualquier otro planeta.

Las astronaves no serán aerodinámicas ni tendrán por qué serlo. En los espacios interestelares no hay aire. Por tanto, no se opondrá resistencia a su caminar. En el extremo de los armazones metálicos, algo así como enormes esqueletos dotados de depósitos de combustible, irá una cabina, donde los hombres viajarán. El choque con un aerolito puede producir una catástrofe irreparable. Cuando lleguen a un millar de kilómetros de Marte comenzarán a girar a su alrededor, haciendo el papel de satélites artificiales. De ellos se destacarán pequeños cohetes donde descenderán los primeros hombres que pisen el suelo de Marte. Una vez en tierra, y si no hay sorpresas, prepararán el terreno para que se posen los cohetes mayores. Allí estarán los expedicionarios quince meses. Luego emprenderán el regreso. Cuando lleguen traerán, sin duda, muchas cosas sorprendentes que contar.

UN PROYECTO DE INTERES MILITAR

Los cálculos y las previsiones de Von Braum buscan la construcción de un satélite artificial en torno a la Tierra. Quizá con ánimo de que sus sueños se hagan pronto realidad, ha presentado su idea como proyecto de interés militar. La vigilancia que desde los satélites artificiales se pudiera ejercer sería total. Su capacidad ofensiva sería gigantesca. Desde allí se podrían enviar proyectiles dirigidos contra cualquier lugar de la Tierra sin posibilidades de fallar la puntería. Quizá por esto sea pronto un hecho real la aparición de lunas nuevas y diminutas. Las astronaves y los fantásticos trajes para sus tripulantes vendrían después. El espíritu aventurero del hombre no se detiene ante nada. La Luna y Marte son objetivos tentadores. Un día cualquiera habrán llegado seres como nosotros a los lejanos luceros. La prudencia pone hoy bridas a la fantasía. Pero dentro del corazón llevamos todos una voz que nos empuja diciendo: «Más allá»

F. CARANTONA

TRAJES FRESCOS...

Otra nueva colección de TRAJES para caballeros, realizados en Muselinas, Alpacas y Otomán de importación suiza

- 525
- 675
- 825 pts.

Ofreciendo en los tres precios, un completo surtido de los más modernos colores.

PLANTA TERCERA

ENVIOS A PROVINCIAS



El Corte Inglés

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

MARTE, EL OBJETIVO SOÑADO

GUIA TURÍSTICA DE LO QUE EN SU SUPERFICIE SE PUEDE HALLAR



VEA PAGINA 61